Guillem
Sánchez
EL
ESTAFADOR
PENÍNSULA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
El encargo
Primera parte
- 1. Vitoria
- 2. Castelldefels
- 3. Soraluze
- 4. Zaragoza

Segunda parte
- 5. Burgos
- 6. Barcelona

Tercera parte
- 7. Vitoria
- 8. La cárcel

Láminas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

En 2017, David entabla relación con una chica de Barcelona a la que a los pocos días acaba estafando ochocientos euros con la promesa de un viaje juntos. David, como así se hacía llamar Francisco Gómez Manzanares, es un tipo carismático, con don de gentes, seductor, que dice tener buenos contactos y que se hace pasar por sargento de Salvamento Marítimo. La denuncia por ese pequeño fraude acaba destapando un caso sin precedentes: el de un profesional del engaño que ha ido acumulando más de cincuenta denuncias y un montante aproximado de tres millones de euros estafados por toda la geografía española.

Siguiendo la trayectoria vital de este estafador, Guillem Sánchez, premio Ortega y Gasset de periodismo, construye una obra que nos sumerge en una España de pelotazos urbanísticos, máquinas tragaperras, adoración por el éxito y obsesión por las apariencias de las redes sociales. Un viaje al dolor real de las estafas sentimentales y un intento de ahondar en un personaje tan perturbador como fascinante.

El estafador

Guillem Sánchez

ediciones península

A mis padres, a mi mujer, a mi hijo

Varios de los nombres y algunos lugares o establecimientos han sido modificados para proteger la intimidad de las personas citadas en esta historia real.

El encargo

Otoño de 2019

El rescatador

—¿Te hacía ilusión conocer a David?

—Sí. Pero también me daba miedo.

—¿Por qué te daba miedo?

—Porque volvía a tener una cita con un hombre. A mis cuarenta y seis años.

—¿Te arreglaste mucho?

—Claro que me arreglé.

—¿Mucho?

—Supongo que me puse un vestido bonito y un poco de perfume.

—¿Por qué elegiste a David?

—En la foto de la aplicación de citas no era feo y se describía como sincero, humilde y con valores. Trabajaba en Salvamento Marítimo, en la unidad de rescatadores. Y decía que adoraba viajar. Había colgado dos imágenes que me gustaron: una tabla de surf apoyada contra la pared de una cabaña de playa y un paisaje de la sabana africana. Mi exmarido odiaba viajar. Me dije que yo también tenía derecho a encontrar a un buen tío... ¿Cómo se apaga esto?

Interrumpió la entrevista, se incorporó en la silla y miró mi teléfono móvil, que registraba la conversación apoyado sobre la mesa de la cafetería, junto a una expendedora de servilletas de papel y un cenicero. Lo cogí y detuve la grabación.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Que quiero que me des tu palabra otra vez: mi nombre real no va a aparecer.

—Tranquila. Tu nombre en el libro será el mismo que salió en la

noticia de *El Periódico*: Esther. Así habíamos quedado. Casi todos apareceréis bajo un nombre falso. ¿Era solo eso?

Esther se echó hacia atrás, pegando de nuevo su espalda contra el respaldo de la silla y meneó la cabeza para pedirme que no activara todavía la grabadora. Si de verdad quería comprender por qué acudió a aquella primera cita dispuesta a enamorarse de David, era necesario que habláramos de su exmarido. La animé a hacerlo. El exmarido de Esther era hijo de una familia saturada de titulaciones universitarias y ella siempre se creyó inferior a ellos por no tener ningún diploma en la pared y, sobre todo, inferior a su esposo, que la engañó con regularidad y que acabó agrediéndola. Puso énfasis en subrayar que no pidió el divorcio cuando descubrió su infidelidad, ni tampoco el día que la golpeó. Quiso separarse más tarde, cuando vio que disculpando ambas cosas lo único que había logrado era que su marido la despreciara todavía más.

Tras el divorcio, se deprimió y se sintió «una mierda» durante meses. Hasta que sus amigas la arrastraron a una aplicación de citas para pasar página. Shakn era una empresa de contactos sentimentales que se promocionaba ofreciendo a los clientes «encontrar pareja conociendo a gente de verdad». En la web se insistía en que se trataba de un lugar para solteros que desearan una relación de verdad, destacaba que se revisaba «manualmente» cada perfil para comprobar que detrás había una «persona real» y aclaraba a los que solo buscaran «sexo» que se abstuvieran de inscribirse porque aquello no era «Tinder». Le pareció adecuada. Allí dio con David.

—Ya puedes ponerlo en marcha.

No lo hice. Había venido a buscar cosas como esta. E intenté convencerla de que era importante que me dejara incluir lo que acababa de contarme. Le prometí que buscaría la manera de escribirlo sin que nadie la identificara y omitiendo los detalles que exigiera. Incluir lo de su exmarido, tal y como ella me había advertido, era importante. Esther dudó unos segundos, resopló y acabó aceptando. Pulsé el botón rojo de *rec*, dejé el teléfono sobre la mesa y le pedí que me llevara de nuevo al mes de septiembre de 2016, cuando, no lejos del bar de Sant Joan Despí en el que nos encontrábamos, Esther vio por primera vez a David.

—Llegó tarde. Y la primera impresión no fue buena. Su pelo era de otro color, más moreno que el de la fotografía de Shakn, y

aparentaba más años de los que decía. Tuve la sensación de que había venido «otro». Tampoco me gustó cómo vestía.

—¿Cómo vestía?

—Zapatillas deportivas de marca, bermudas vaqueras, un polo y gafas Ray-Ban modelo Aviator. Parecía un pijo que quería asegurarse de dejar claro que era un pijo. Enseguida vi que era un poco fanfarrón, pero también que era un chico agradable. Lo primero que dijo al verme fue que en persona yo era «incluso más guapa que en las fotos de perfil». Y ya no paró de hablar.

—¿Por qué era un fanfarrón?

—Le había faltado tiempo para soltarme que ese domingo había estado navegando en el velero que su familia tenía en el puerto de Sitges y que su padre era directivo del Barça, un tío importante.

—¿Te habló de su padre?

—Dijo que no se llevaban muy bien. David había jugado en las categorías inferiores del Barça y, cuando estaba a punto de debutar con el primer equipo, su padre le obligó a abandonar el fútbol y lo mandó a estudiar a Estados Unidos. Seguía doliéndole no haber podido llegar a primera división...

—¿En el Barça?

—Supongo. Seguía muy vinculado al club. Salía a correr con Luis Enrique, el entrenador, y veía los partidos desde el palco del Camp Nou.

—¿Y de su madre, qué dijo?

—Que estaba muy unido a ella. También a su hermana, la modelo.

—¿Dijo que su hermana trabajaba de modelo o que era tan atractiva que podría serlo?

—Dijo que trabajaba de modelo. Me explicó que era guapísima y que tenía una hija, su sobrina, que era la niña de sus ojos. Para él la familia, a pesar de la tensión que había con su padre, era lo más importante en esta vida y quería formar la suya cuanto antes. No estaba en la aplicación para buscar relaciones de una noche, quería algo serio.

Aquel día, David le propuso a Esther seguir con la cita dando un paseo. La guio por una promoción de pisos nuevos que están junto a la carretera que separa Sant Joan Despí de Sant Feliu de Llobregat. Pasaron por unos bloques en construcción y, señalando su parte más

alta, le dejó caer que uno de los áticos era de su padre pero que pronto sería suyo porque iba vendérselo a buen precio. Su padre no solo formaba parte de la junta del presidente Bartomeu, también era el jefe de un bufete de abogados de Barcelona, aclaró. El promotor de esa construcción era uno de sus clientes que, en pago por los servicios prestados, le había dado uno de los pisos: el ático. Era un dúplex. La planta de arriba sería su habitación, un espacio abierto sin tabiques. David tenía claro cómo iba a ser la distribución, aunque todavía estaba buscando el modo de reunir el dinero que pedía su padre, una ganga en comparación con el valor real del inmueble.

—Hablaba por los codos. No se quedó callado ni un momento. Imaginaba que al principio de la cita los dos estaríamos un poco cortados y tal... pero no, se arrancó en cuanto se sentó y ya no paró.

El paseo que dio la pareja fue circular y acabó muy cerca de donde se habían conocido, en el aparcamiento de los campos de entrenamiento del Barça. Se hacía de noche y David la acompañó hasta su coche. Después, se sentó en el asiento del copiloto para alargar un poco más la cita. Esther pensó que era una buena señal. Allí dentro David le habló de su exnovia, la relación más importante que había tenido y que se había acabado días antes de la boda. Era una mujer del Opus Dei que quería llegar virgen al matrimonio, un deseo que David había respetado, y con quien había construido una casa a medias en la que vivir tras el enlace. Con la ruptura, David dejó que su exnovia se quedara con la casa, le subrayó a Esther que prefería no pelear con una mujer con la que había estado a punto de casarse. La ruptura fue un mal negocio económico y una inversión de muchos días célibes a cambio de nada. Ahora vivía en casa de sus padres, hasta que pudiera mudarse al ático que habían visto en construcción durante el paseo. Esther sintió lástima. David se bajó del coche y se despidieron. No hubo beso.

—¿Te acostaste con él?

—Joder con las preguntitas del periodista...

—Ya...

—Sí.

—¿En la segunda cita?

—Era mucho más que una segunda cita. Después de aquella despedida, David me escribía a todas horas. Si sabía que tenía que conducir, me pedía que tuviera cuidado y que avisara al llegar. Si

llevaba al médico a alguno de mis hijos, preguntaba cómo había ido. Me mandaba fotos desde la cubierta de un barco de Salvamento Marítimo y canciones de Pablo Alborán y me decía que me echaba de menos. Cada noche se interesaba por el día que había tenido y me hacía saber que deseaba verme de nuevo. Me cuidaba, me hizo sentir que tenía a alguien que se preocupaba por mí, lo que mi exmarido no había hecho jamás.

—¿Dónde fue esa segunda cita?

—Pasó a recogerme y me llevó al cine.

—¿En qué coche?

—Un Audi A5. Dijo que se lo habían dado en el Barça y que era el mismo coche que tenía Messi. Fuimos a ver *Bridget Jones 2*, en el Cinesa Diagonal. Cuando acabó la peli le pregunté si quería coger comida china para llevar y cenar en mi casa. Dijo que sí. Fue una cita agradable, aunque casi la estropea una llamada de su hermana.

—¿La modelo?

—Sí. Llamó para avisar de que su marido iba a vender un Mercedes por 13.500 euros, y David enloqueció. Que cómo hacía eso, que 13.500 euros no eran nada, que si era un cochazo de lujo, que si eso era tirar el dinero. Acabó suplicando que le diera un par de días para encontrar a un comprador más decente. Y el cabreo no se le pasó después de colgar, siguió con la canción de los «13.500 euros» y el «cochazo de lujo» hasta que llegamos a casa.

Antes de subir al piso de Esther, la pareja pasó por el restaurante chino. David pidió arroz blanco, pollo agridulce y gambas. Esther puso otra película en la televisión: *Money Monster*. Cuando terminó, se había hecho tarde. Esther le dijo que si quería, podía quedarse a dormir. David aceptó y bajó a buscar una mochila con ropa que guardaba en el maletero del Audi. En su interior llevaba una muda entera para el día siguiente y el conjunto que usaba para dormir: camiseta y calzoncillos de la marca Calvin Klein. También traía un neceser del Barça que contenía un cepillo de dientes, un peine y un frasco de perfume de Dolce & Gabbana. David se puso cómodo, junto a Esther. Y se acostaron.

—A partir de esa segunda cita comencé a llamarle «mi amor». ¡Mi amor! Yo esa palabra no la había utilizado con nadie, ni siquiera con mi ex. Me parecía cursi. Pero por una vez quería darme el gustazo de ser cursi. Planeamos hacer dos viajes, uno a Canarias y otro a San

Sebastián, porque David iba a correr la Behobia.

—¿Estabas enamorada?

—Creo que sí. A mi madre le dije que la cosa iba en serio. Y a la psicóloga que visitaba desde que me había divorciado, que ya no iba a volver más a terapia porque acababa de conocer a alguien que iba a ser importante en mi vida.

—Y lo fue...

Esther miró al suelo y levantó las cejas en un gesto simultáneo que, sobre todo, fue de resignación. Se quedó callada. Le propuse pagar y terminar la entrevista dando un paseo, el mismo paseo que ella y David habían dado meses atrás, durante la primera cita. Le pareció una buena idea. Salimos del bar y nos dirigimos hacia los bloques en construcción, que entonces ya casi estaban terminados. En el ático que iba a ser para David había luz.

—¿Cuándo supiste que David era Francisco Gómez Manzanares?

—Cuando me llamaron los Mossos d'Esquadra.

—¿Fue después de denunciarlo?

—Sí.

—¿Y qué pensaste al descubrir quién era Francisco?

—Que a quién coño había metido en mi casa. Eso pensé, que había abierto la puerta de mi casa, la casa de mis hijos, a un puto delincuente que había fingido nuestra relación sentimental de principio a fin solo para estafarme.

—Ya...

—No, ya, no. No basta con reducirlo todo al concepto de «estafa». Lo grave es que fue un actor que interpretó un papel. Que nunca me quiso. Que la primera cita que tuve con un hombre después de mi exmarido fue con un estafador. Que fue capaz de escuchar, de acariciar, de besar o de follar sin ganas de escuchar, de acariciar, de besar o de follar. Hay veces que sigo sin poder creer que no sintiera nada de lo que sentía yo. Que yo fuera la única que se estaba enamorando.

—¿Te sorprendió que actuara incluso en el sexo?

—¿Incluso? Lo preguntas como si las parejas de verdad fueran siempre sinceras en el sexo...

—Visto así... Lo que quiero preguntar es si no notaste nada raro ni en la cama.

—No.

Esther inspiró con fuerza, como si sus pulmones se hubieran quedado sin aire.

—Es que no lo sé... Yo disfruté del sexo con él. Tengo que reconocer que en la cama se aplicó a fondo...

—¿Te refieres a que no era un mal amante?

—Creo que para él se convirtió en un reto personal que yo llegara al orgasmo. Y mi estado anímico no era el idóneo. Tuvo que esmerarse mucho y lo logró. No me di cuenta de si estaba actuando o no... Como faltes a tu palabra y alguien llegue a saber quién soy yo, te juro que te mato.

Apreté los labios y, haciendo una pinza con los dedos, simulé que los cerraba con una cremallera.

—¿Te culpas por no haberte dado cuenta?

—Claro que sí. Nadie me ha hecho sentir nunca tan tonta. Por eso tampoco quiero que nadie sepa mi nombre real. Me da vergüenza. Estoy segura de que la gente pensará que hace falta ser ingenua para caer en algo así. Pero no es verdad. Si hablaras con mis amigas te dirían que incluso soy desconfiada.

—No creo que seas ingenua.

Esther sonrió, fatigada.

—Ni te imaginas lo insegura que me siento desde entonces, sabiendo que alguien puede engañarte hasta ese extremo. Lo hizo muy bien. En todas las citas dominó las conversaciones y las condujo hacia donde quería para sacarme información o para proponerme negocios de forma indirecta. Todo el rollo que soltó el primer día, cuando me contó que iba a quedarse con el ático a un buen precio y que buscaba una forma de pagarlo... o cuando me habló del Mercedes de su cuñado.

—Eran anzuelos...

—Ni su padre era abogado, ni trabajaba en el Barça, ni había ningún ático. Y lo de la discusión con su hermana sobre el coche... no había ningún coche... Seguramente ni siquiera hubo llamada. Supongo que tampoco habría ninguna hermana modelo.

—Simuló la llamada...

—Seguro que la simuló. Debió de fingir esa llamada y también otras con su madre o con su sobrina en las que se mostraba muy tierno.

—¿Cuál crees que era el motivo?

—Supongo que dar la imagen de que era un tipo familiar, como decía. Y cariñoso. Alguien en quien se podía confiar. Ese día en concreto además estaría tratando de que yo me ofreciera a quedarme con el Mercedes. No mordí ese anzuelo, pero sí el de los viajes. Es un tío muy hábil: la milonga de la escapada a Canarias con la que acabó estafándome la creó de la nada. Durante una de las citas, no recuerdo cuál, le dije que nunca había estado en Canarias y que me moría de ganas de ir allí. Él puso cara de sorpresa y me soltó que él y sus amigos tenían una tradición anual: hacer un viaje juntos. ¿Adivinas a dónde planeaban ir ese año?

—¿Canarias?

—Canarias. Y el viaje ese año iba a ser en pocas semanas, a finales de octubre. El plan incluía alquilar un catamarán y comer una paella en una cala. Se lo inventó todo sin apenas margen de tiempo. Y no paró de enredar con aquella casualidad y de lo genial que sería que lo acompañara. Puse reparos en ir con sus amigos, no los conocía. Pero insistió tanto que, al final, me convenció.

—¿Y lo de la Behobia?

—Fue el rollo de la carrera. Que le haría ilusión que fuera con él a Euskadi para animarlo mientras la corría y después pasar el fin de semana juntos y de pinchos por San Sebastián.

—¿Te pidió el dinero por adelantado?

—Y en efectivo. Setecientos euros por Canarias y ciento cuarenta euros por San Sebastián. Me dijo que las reservas las hacía él a través de una agencia de viajes de confianza de su familia y que los hoteles serían buenos y baratos, baratos no, tirados de precio. Con lo de la Behobia yo estaba delante cuando llamó. Pidió que reservara dos noches. Para él y para su «pareja». Nunca se había referido a mí como su «pareja» hasta entonces y me hizo ilusión oír eso.

—Viajes que nunca existieron...

—El primero, el de Canarias, lo anuló porque se puso enfermo. Cuando faltaban pocos días me dijo que estaba ingresado en la clínica Corachan, que le dolía mucho la tripa y que los médicos no sabían qué era. Quise visitarlo, pero no me dejó porque no quería que lo viera en ese estado.

—¿Y el de la Behobia?

—Es que no volví a verlo. Poco después de recuperarse del susto de la tripa, me llamó cuando sabía que yo estaba en el trabajo. Estaba

muy acelerado, que tenía que irse a Madrid para invertir en unas acciones que había encontrado Fran...

—¿Fran?

—Su mejor amigo. Hablaba de Fran a todas horas. Trabajaba en la bolsa y le había hecho ganar millones a su padre. Él también se había forrado con Fran.

—Fran es el diminutivo de...

—Sí... de Francisco.

—Joder...

—Joder, sí. Su nombre real. ¿Por dónde iba?

—Se marchó a Madrid a comprar acciones...

—Exacto. Y quería que yo también comprara. Le dije que no y se enfadó muchísimo. Que si no confiaba en él y que él solo se preocupaba por mí... Yo le decía que no era falta de confianza, sino que simplemente no tenía dinero para invertir. Era absurdo. Acabé rogándole que habláramos cara a cara, tranquilamente.

—¿Y no quiso?

—No. A partir de esa discusión, comenzó a darme largas. Y desapareció. Supongo que me dio por amortizada porque intuyó que no iba a sacarme ni un euro más. Lo de las acciones sería un último intento antes de facturarme.

El paseo con Esther terminó junto a su coche. Antes de despedirnos, le di las gracias. Había aceptado que aquella segunda entrevista fuera más exhaustiva. Y a pesar de que algunas de las preguntas la incomodaron, sobre todo las que atañían a su intimidad, las había respondido. Había descubierto cómo, deprimida por un matrimonio fallido, creyendo que también tenía derecho a conocer a un buen tío, acabó enamorándose de David. O de Francisco Gómez Manzanares, creyendo que se enamoraba de David.

Era la segunda vez que la entrevistaba, porque ya lo había hecho antes para *El Periódico*, cuando se publicó el primero de la serie de reportajes que acabé publicando sobre un estafador que sedujo y arruinó a una cifra desconocida de víctimas, que no era nada pero que podía fingirlo todo, que se ocultaba dentro de uniformes de grandeza y que era capaz de intimar sin sentir. Al recibir el encargo de escribir un libro quise citarme de nuevo con Esther, la mujer que cambió el curso de los acontecimientos con su denuncia, para preguntarle si estaba de acuerdo y, si lo estaba, para que en esta ocasión me lo

contara todo. Para tratar de explicar quién era Francisco Gómez Manzanares y comprender de qué iban sus estafas sentimentales había que ir más lejos. Más adentro.

Primera parte

1

Vitoria

Los orígenes

El hijo del panadero

Francisco Gómez Manzanares nació en Vitoria el 18 de abril de 1974. Fue el sexto hijo de un matrimonio entre un panadero y un ama de casa, que dio a luz en la clínica Arana. Paquito, así lo llamaban de pequeño, se crio junto al casco viejo, en un paso estrecho de nueve portales. Bloques de ladrillo rojo y balcones de metal habitados por cincuenta familias de clase trabajadora. Pisos austeros atrapados entre el corazón de la ciudad y edificaciones para bolsillos más pudientes.

La primera vez que viajé a Vitoria para intentar saber más del estafador no me atreví a tocar al timbre de su domicilio familiar. En su interior estaría, si todavía vivía, un padre de más de noventa años al que tampoco sabía muy bien qué preguntar. Preferí merodear por el barrio y hablar con vecinos, comerciantes y camareros y clientes de los bares más cercanos. La mayoría había olvidado al estafador. También fui al Colegio Samaniego, el centro de referencia de la zona. Era día de clase y la escuela, un edificio de dos plantas de aularios, bullía. La directora me recibió en su despacho y me contó que no estaba segura de que Francisco hubiera estudiado allí. Fue amable, se interesó por el *procés* catalán y lamentó no poder ayudarme, porque veía inapropiado consultar los archivos y entregar a un periodista información sobre uno de los exalumnos, hubiera acabado o no convertido en un delincuente. Antes de irme, le pedí que me pusiera

en contacto con profesores que dieron clase en los ochenta. Prefirió no hacerlo.

Entre el Colegio Samaniego y el domicilio familiar había una parroquia, Nuestra Señora de la Esperanza. Llamé a su puerta y abrió un religioso a quien pareció divertirle mi visita y se prestó a averiguar si el hombre al que yo buscaba había sido bautizado allí. Me hizo pasar y pidió que esperara sentado en una habitación presidida por un crucifijo. Regresó con el tomo de todas las hojas bautismales de los críos nacidos en 1974. La abrió, pasó un par de páginas y posó su dedo sobre la siguiente. Sonrió. «Aquí está», dijo.

En aquel documento redactado con tinta de pluma, encuadernado, con cientos de hijos de Vitoria, consta que la familia paterna de Francisco procedía de Ávila y la materna, de Haro (La Rioja). Que la de su padre ya se trasladó a la ciudad vasca antes de que este naciera, pero no así la de su madre, que creció en Haro y recaló en Vitoria tiempo después. Lo poco que logré contrastar entre los vagos recuerdos de vecinos, comerciantes y camareros y clientes de los bares más cercanos es que el padre de Francisco se pasaba las noches en la panificadora y que su madre era un ama de casa dulce, de las que convierten un piso minúsculo en un buen hogar.

El matrimonio tuvo seis hijos. Tres varones y tres mujeres. Años después de alumbrar al quinto, la madre fue devastada por una depresión salvaje y el padre la ingresó en el asilo de Las Nieves, el frenopático más famoso de la ciudad, construido en 1907. Según recordaba una noticia de *El País* escrita cuando el centro psiquiátrico cumplía el siglo de vida, era un lugar en el que terminaban «uno de cada cien alaveses» por su condición «de pobre, alienado, loco, desvalido, abandonado, ido, dejado, madre soltera, impedido o expósito y sin recursos». Las terapias hasta los años sesenta, cuando aparecieron los primeros fármacos, «no pasaban del electrochoque, la lobotomía y, para los más tranquilos, la laborterapia». Su madre fue ingresada allí a principios de los setenta. Salía a cuentagotas de Las Nieves. En una de esas escapadas, períodos a veces largos durante los que regresaba temporalmente a su domicilio, se quedó embarazada por sexta vez, de Paquito. Así llamaban a Francisco.

Paquito estudió en el Colegio Samaniego. Sospecho que la directora ya lo sabía y que optó por no mezclar a la escuela en la historia que yo perseguía. Confirmé que se educó en este centro

porque, aunque no resultó sencillo, di con un exprofesor que lo recordaba. Fue el único que aceptó hablar conmigo. El resto de antiguos docentes o estudiantes que encontré, que no fueron muchos, rechazaron colaborar «en algo así». El paso de Francisco por el Samaniego está sustentado sobre la memoria de este maestro que exigió contarme cuanto sabía a cambio de que en el libro se salvaguardara su identidad.

Como alumno, Francisco no destacó por un alto rendimiento ni por dar guerra a sus profesores. De mirada traviesa, inteligente, pasó por la escuela sin dejar una huella imborrable. Tal vez Paquito sería más recordado si hubiera participado en alguna de las decenas de actividades extraescolares de música, teatro, lectura o deporte. Pero, según este maestro, no lo hizo.

El Samaniego era en aquella época un centro concertado de titularidad municipal, lo que significaba que había comenzado a integrar su base religiosa dentro de la democracia, que ya contaba con clases mixtas y que la familia Gómez-Manzanares no tuvo que pagar para escolarizar a Paquito. Logros sociales derivados de la gestión de la monja Ángeles Álvarez, una directora sólida en los tiempos convulsos que impregnaban el ambiente, como la masacre del 3 de marzo de 1976, cuando la policía franquista disolvió una asamblea de trabajadores en Vitoria con gases lacrimógenos y fuego real: mató a cinco manifestantes e hirió a más de cien. La población escolar era de 1.500 alumnos y el modelo educativo —tan avanzado que recibió la atención de equipos docentes de otras escuelas— atraía a hijos tanto de trabajadores de la empresa Michelin como de médicos. Ni se educó en un mal colegio ni se crio en un mal barrio. Pero algo no andaba bien dentro de Francisco, porque abandonó el Samaniego sin el graduado escolar.

El guardaespaldas

En aquel primer viaje a Vitoria no logré averiguar por qué Francisco decidió hacer del engaño su forma de vida. Porque eso es a lo que se dedicó tras salir del Samaniego: a estafar a sus vecinos de forma discrecional. Estoy seguro de esto último gracias a una trabajadora de

la Audiencia Provincial alavesa, que accedió a buscar sentencias tan antiguas que ya han desaparecido de las causas más recientes en las que se ha investigado a Francisco. Para la justicia no existe este pasado, porque considera que atañe a delitos prescritos que no deben tenerse en cuenta. Aunque carezcan de valor jurídico, y tampoco ayuden a explicar por qué comenzó a estafar en lugar de buscarse un trabajo, estos textos contienen episodios aislados que, en conjunto, componen un álbum que revela cómo Francisco franqueó la ley en la década de los noventa.

En dieciséis meses, entre mayo de 1994 y octubre de 1995, Francisco explotó como estafador. Acababa de cumplir los veinte años. Los primeros timos los hizo para procurarse vehículos por los que suspiraba y que escapaban a su poder adquisitivo: no trabajaba y no tenía ningún sueldo. Enredó a los dueños de Automóviles Desamparados, de Motocicletas Bujo y de la empresa Alavesa de Vehículos de Vitoria. A pesar de no tener carné de conducir, salió de todos aquellos concesionarios al volante de un Mercedes Benz valorado en 1.600.000 pesetas, de una Honda de 750 cc que costaba 620.000 pesetas y de un Opel Vectra a la venta por 1.500.000 pesetas. Lo logró entregando a los tres propietarios documentos bancarios falsificados con los que aparentaba haber ingresado tales cantidades en las cuentas corrientes de los negocios.

Con una estrategia parecida se llevó gratis una videocámara de 126.000 pesetas en la tienda de electrodomésticos Teleconfort y engatusó también al propietario de la pastelería El Caserío, a quien encargó nueve cestas de Navidad con productos de lujo por valor de 290.000 pesetas. En lugar de pagarlas, dejó los datos fiscales de una empresa navarra para la que afirmó trabajar. Cuando las cestas estuvieron preparadas, Francisco acudió a recogerlas y se escabulló de abonar el pago ordenando que le prepararan otras diecisiete, iguales. El pastelero no volvió a verlo y, al comprobar los datos de la supuesta empresa navarra, descubrió que eran falsos.

A comienzos de 1995, Francisco pareció elevar sus pretensiones y evolucionó como estafador. Pasó de engañar a vendedores, con el fin de llevarse sin pagar productos que ansiaba, a elaborar mentiras cada vez más sofisticadas, para quedarse con el dinero de quienes sí tenían un sueldo. Según declararon las cinco víctimas a las que estafó a continuación, Francisco, más o menos por entonces, también se

convirtió en un impostor. Por los bares y establecimientos comerciales que frecuentaba, todos de Vitoria, comenzó a identificarse como agente de la Ertzaintza. No vestía de uniforme, pero daba a entender que pertenecía a la policía autonómica vasca. El 23 de enero de aquel año, la banda terrorista ETA había asesinado en Donostia al diputado popular Gregorio Ordóñez. No fue un crimen más, fue la vía que la organización tomó para dejar claro que a partir de ese instante los políticos volvían a ser un objetivo. El efecto más inmediato que tuvieron los disparos contra la cabeza de Ordoñez fue que la figura del escolta de personalidades políticas amenazadas se multiplicó a finales de los noventa y se convirtió para Euskadi en un recordatorio permanente del conflicto. A Francisco, en aquel contexto, no le hacía falta ningún uniforme para fingir que era miembro de la Ertzaintza, los agentes de paisano —de información o de la unidad de guardaespaldas— eran habituales. Es probable que él, que andaba lejos de cualquier entorno abertzale, percibiera a aquellos policías como profesionales que imponían respeto a su paso. Comenzó a moverse como ellos, a comportarse como ellos, a fingir que era uno de ellos. El de *ertzaina* fue el primer disfraz profesional que usó. Una identidad profesional espuria pero coherente con los tiempos que, además, le otorgaba un plus de credibilidad para sus propósitos.

Que Francisco estaba atento a su entorno para usarlo en su beneficio queda claro en estas sentencias. A mediados de los años noventa, Andorra era un lugar al que la gente acudía a menudo para comprar tabaco, licores o electrodomésticos a un precio inferior al que se vendían en España. Francisco aprovechó la circunstancia para llevar a cabo la primera estafa acreditada judicialmente que le permitió conseguir dinero en efectivo. A un camarero del restaurante chino La Gran Muralla, un local en el que comía cada dos por tres, le dijo que iba a viajar pronto a Andorra para realizar «diversas transacciones comerciales» y le ofreció traerle algunos artículos. El camarero aceptó la propuesta y, en sucesivos pagos, le dio en mano 91.000 pesetas para que le comprara una motocicleta, una radio portátil y una defensa eléctrica —una porra—. Repitió esa estrategia con el dueño de una tienda de fotocopias. A este segundo le prometió un ordenador portátil, por el que este le entregó 145.000 pesetas. También con una tercera víctima, un mesonero, a quien le propuso adquirir un equipo de música con lector de *compact disc* por 40.000 pesetas. Ni siquiera

consta que hiciera de veras esos viajes al país de los Pirineos. Sí llegó a probarse que se quedó con el dinero.

De las rebajas andorranas pasó a ofrecer algo mucho más preciado en aquella época. España andaba inmersa en una grave crisis económica que acabaría siendo decisiva para que el PP de José María Aznar relevara al frente del gobierno al PSOE de Felipe González. Consciente de que para los jóvenes como él no resultaba fácil lograr un buen puesto de trabajo, convirtió ese contexto en otra oportunidad. Francisco, en junio de 1995, citó en el bar La Bodeguilla a dos mujeres a quienes había prometido un empleo ficticio. Las sometió a un interrogatorio para comprobar cuál encajaba mejor en el puesto, eligió a una y la convocó a otra reunión para redactar el contrato laboral. En ese segundo encuentro informó a la ganadora de que los gastos en gestiones burocráticas para obtener la plaza ascendían a 55.000 pesetas. Y la mujer las pagó. Una trampa similar preparó para otro joven de Vitoria al que seleccionó para un puesto de recepcionista. Como había ocurrido con la aspirante anterior, volvió a requerir una buena suma para formalizar el contrato. En su caso serían 37.000 pesetas para darlo de alta como autónomo en la Seguridad Social. Y el joven también las pagó.

Por aquellas mentiras se sentó varias veces en el banquillo de los acusados, pero solo en una ocasión lo hizo frente a una jueza, el resto de los togados fueron siempre varones. Lo interesante del texto que redactó esta magistrada, Elvira Múgica, es que ella fue la única que escribió que Francisco tal vez sufriera un «trastorno de conducta con personalidad múltiple». En el resto de fallos que Francisco ha acumulado a lo largo de su vida no aparece ninguna alusión a este trastorno.

Para la causa de la jueza Elvira, que investigó los engaños a los vendedores de coches, el supuesto trastorno se aceptó como una «eximente incompleta», porque la condena aclaraba que tal afección no anulaba por completo la «capacidad intelectiva y volitiva» de Francisco. Es decir, no ignoraba lo que hacía. La sentencia obligó al embaucador a someterse a tratamiento médico durante seis meses. Como esta condena se ejecutó a finales de 1996, es posible que Francisco visitara a un psicólogo a lo largo de 1997.

Aunque desconozco si acató el mandato judicial, parece que ese año detuvo la actividad delictiva febril que había mantenido durante

los dieciséis meses anteriores. No constan sentencias contra él en ese período.

En 1998 reincidió. Y lo hizo reinventándose. A la impostura de agente de la Ertzaintza le otorgó de forma explícita la especialización de guardaespaldas. Quienes cayeron en sus embustes afirmaron que decía ser miembro de la unidad de protección de autoridades de la policía vasca. Lo más interesante de esta recaída aparece al leer con atención quiénes eran estas víctimas: su novia y tres amigos.

A los veintitrés años, Francisco dio un paso más y se demostró a sí mismo que era capaz de entablar relaciones sentimentales o de amistad y usarlas como plataformas desde las que podía acometer retos económicamente más ambiciosos. A su novia, con quien vivía en un piso en el centro de Vitoria, primero le ofreció un equipo de música de Andorra —otra vez— y la joven le dio 52.000 pesetas. Después le pidió 175.000 pesetas para inscribirse a un curso de vigilante y otras 16.000 pesetas para obtener una licencia que le valdría para realizar prácticas de tiro. Por último, le sacó medio millón para pagar el IVA de un piso nuevo y los gastos de la notaría que implicaría la transacción inmobiliaria.

Para los tres amigos diseñó tres trampas distintas. A uno le propuso comprar en Andorra otro equipo informático por 600.000 pesetas. Al segundo, montar a medias un negocio de telefonía móvil, un mercado nuevo que se abría paso de forma prometedora en España. La idea era asociarse y afrontar a medias la inversión inicial para alquilar y adecentar un local. El amigo puso su parte, 1.100.000 pesetas. Francisco la cogió y se la gastó. Al tercero le birló otro millón de pesetas convenciéndolo de que serían para invertir en una empresa americana que convertiría esa suma en 1.400.000 pesetas en cuestión de pocos meses.

Esta novia con la que residió en el centro de Vitoria es la primera víctima acreditada que, además de ser estafada, también fue engañada sentimentalmente. El inicio de una práctica parasitaria que iba a emplear sin descanso a partir de entonces: seducir a mujeres que dispusieran de casa para procurarse un nido. Mantener una relación con ellas le permitía, además de esquivar la intemperie, dominarlas y saquearlas. A ellas y a su entorno. Los tres amigos son la prueba de esto segundo.

A principios del año 2000, Francisco ya estaba preparado para

estafar a sangre fría, pero había llegado el momento de huir de Vitoria. Tenía poco más de veinticinco años y ya casi todos sus vecinos sabían que era un farsante. El alumno discreto del Samaniego, sin que yo hallara un motivo que lo explicara, se convirtió en un joven que menospreciaba la ley porque ya había comenzado a mantener una relación liberal con la realidad, a creer que las mentiras abrían puertas que la verdad dejaba cerradas.

2

Castelldefels

Juventud

El piloto de avión

Francisco aún no era David, pero ya no era Paquito. Al escapar de su ciudad natal cortó un cordón umbilical que le mantenía conectado con su pasado: el de un joven que no conocía ningún oficio, que no tenía estudios y que arrastraba un historial delictivo precoz. Una verdad desagradable de la que no suponía un problema despojarse. Volar a otros lugares le brindaba esa oportunidad: convertirse en un desconocido que podía ser cualquier cosa. También un ciudadano normal, algo que nunca entró en sus planes. Entre los años 2000 y 2003, Francisco recorrió España estafando. Corriendo. Sin mirar atrás.

Para saber qué ciudades visitó durante esos tres años seguí el rastro de migas que había dejado: las denuncias por estafa. Había indicios de que ciudadanos de Madrid, Galicia, Valencia, Barcelona y Andalucía acudieron a comisarías de estas comunidades autónomas afirmando haber sido engañados por un tal Francisco Gómez Manzanares. Durante ese período de tres años fue perseguido o incluso detenido por agentes de la Policía Nacional de Sevilla, Algeciras, Jerez de la Frontera, Madrid, Alicante, Ourense, Barcelona y Castelldefels. Siempre por estafa y, en ocasiones, también por falsificación documental. Un cúmulo de antecedentes policiales que, salvo en el caso de Ourense, no llegaron nunca a juicio y, en consecuencia, no dejaron sentencias públicas que dieran información acerca de lo

ocurrido. Al tratarse de sumarios sobreseídos, los respectivos juzgados se negaron a revelarme su contenido por respeto al derecho a la intimidad de Francisco.

Por fortuna, sí pude consultar las diligencias que la Policía Nacional instruyó contra él en Barcelona. Son unos treinta folios, casi legajos, que contienen las pesquisas de los investigadores del Grupo 3 de la comisaría de Via Laietana y que muestran dos cosas. La primera es que, tras escurrirse de Vitoria, pasó el grueso de aquel período itinerante en Cataluña. Fue su casa durante dos años, entre 2000 y 2002. La segunda es que Francisco, en Barcelona, cambió de «profesión» —de qué iba a servirle decir que era *ertzaina* fuera de Euskadi— y se puso, esta vez literalmente, un uniforme de piloto de aviones de Iberia.

Igual que en la película de *Atrápame si puedes*, basada en la vida de Frank Abagnale Jr. —un estafador adolescente que llevó de cabeza al FBI y que encarna en la ficción Leonardo DiCaprio—, Francisco aparentaba ser piloto de vuelos comerciales. Lo más llamativo de esa similitud es que Francisco usó la misma estrategia que Frank Abagnale Jr. antes de que se estrenara la película, a finales de 2002. Un detalle que pasé por alto en alguna de las noticias que escribí sobre Francisco para *El Periódico*, en la que di por sentado que habría elegido esa profesión inspirado por la cinta de Spielberg. Con los documentos del Grupo 3 entre las manos me di cuenta del error: sigo ignorando por qué eligió ese uniforme, pero no pudo hacerlo deslumbrado por DiCaprio.

En los escritos los nombres de estas víctimas catalanas estaban tachados con un rotulador negro. Sin embargo, al poner el papel a contraluz, algunos se adivinaban. Había dos hombres que aparecían juntos porque eran pareja en el año 2000. Se llamaban Mariano y Cesc. Uno de ellos tenía un negocio familiar en Molins de Rei y así pude localizarlos. Ambos aceptaron hablar conmigo. Extrañados ante el interés que suscitaba una estafa ocurrida hace veinte años, pero dispuestos a recordarla.

El Francisco que conocieron Mariano y Cesc era un hombre de veintiséis años y se hacía llamar «Fran». Los presentó una amiga en común que el embaucador había conocido por internet. Fran hablaba con acento del norte de la península. Era un hombre alto y corpulento, casi obeso. De los que manifiestan el exceso de kilos más en las

mejillas que en el abdomen. Un rostro hinchado que gobernaban dos ojos infantiles. Mariano y Cesc conectaron desde el primer día con Fran. El piloto siempre estaba dispuesto a ayudarlos.

—Cuando supo que acababa de comprarme un piso en el Raval y que necesitaba muebles y electrodomésticos, quiso regalarme los de su cocina.

—¿Sabes dónde vivía?

—Decía que tenía un piso en la avenida de la Diagonal pero que no lo usaba casi nunca porque le resultaba más cómodo alojarse en hoteles. Además, planeaba reformarlo, la cocina no le gustaba y quería cambiarla entera. Me ofreció quedarme con lo que quisiera de la antigua para mi piso del Raval: encimera, grifería, armarios.

—¿Llegaste a verlo?

—No.

Aquel piso del que les habló Francisco tenía unas vistas extraordinarias de la ciudad y estaba junto al centro comercial de la Illa Diagonal. Les prometió que les dejaría un juego de llaves para que, mientras él se encontraba en el extranjero, volando de aquí para allá, pudieran ir los dos a pasar un fin de semana, disfrutar del piso y, de paso, ver la cocina y decidir qué querían aprovechar para la vieja casa del Raval. Mariano y Cesc, que no llegaron a pedirle nunca las llaves, se sintieron reconfortados con gestos como ese. No es que en la Barcelona del año 2000 una pareja homosexual tuviera que esconderse, pero tampoco era una ciudad en la que abundaran ese tipo de muestras de complicidad.

—Cuando lo conocí acababan de despedirme de la fábrica de cables de metal en la que había estado empleado casi quince años. No me vino mal que me echaran, porque me pilló terminando los estudios de auxiliar de enfermería. Fue un empujón para buscar trabajo en un hospital y me dejó un buen finiquito. Invertí una parte en el anticipo del piso del Raval.

—¿Y Fran te propuso qué hacer con el resto?

—Sí. Un negocio cojonudo.

En los aviones que pilotaba viajaban de forma asidua peces gordos a quienes Fran dejaba mantener el teléfono móvil en marcha durante el trayecto. A cambio, estos le daban información privilegiada para invertir en bolsa. Le soplaban en qué compañías había que meter dinero días antes de que sus acciones se dispararan. El tren de vida

que llevaba —hoteles, piso en la Diagonal, restaurantes caros— no lo sostenía el sueldo de piloto de Iberia, salía de esas operaciones bursátiles que siempre afrontaba como un juego de mesa con las cartas marcadas. A Mariano y Cesc les dijo que cuando surgiera una nueva oportunidad, contaría con ellos. Esta no tardó en aparecer y Fran propuso aprovecharla invirtiendo un millón de pesetas. A Cesc le pareció una buena idea y le animó. Mariano respondió que pondría dos millones.

—Nos citó en el hotel Royal de La Rambla el 2 de agosto de 2000, a primera hora de la mañana. Yo me pasé antes por el banco, una sede que el BBVA tenía junto al Mercat de Sant Antoni, y saqué de mi cuenta corriente dos millones de pesetas en billetes grandes. Me metí el sobre con el dinero en el bolsillo interior de la chaqueta y me fui, acompañado de Cesc, a reunirme con Fran.

Francisco esperaba en la entrada exterior del hotel y los invitó a subir a su habitación para recoger el dinero. Mariano todavía recuerda que al cruzar el *hall* un trabajador saludó por su nombre al piloto y que del armario de su habitación, enfundado en una bolsa transparente, colgaba un traje de Iberia al completo: gorra, americana y pantalón.

—Saqué el sobre, se lo di y se lo metió en el bolsillo. Como no me daba nada a cambio, le recordé que acababa de entregarle dos millones y que necesitaba algún tipo de recibo. Fran propuso redactar un contrato en un folio con el membrete del hotel. Yo lo escribí y él lo firmó. El acuerdo era que iba a doblar esa inversión en pocas semanas: cuatro millones de pesetas. Eso fue todo...

Mariano me enseñó una copia de aquel contrato apócrifo. Para firmarlo, el impostor había cambiado las últimas tres cifras de su DNI y había usado los apellidos de su padre: Gómez Gómez. Los suyos son Gómez Manzanares. El documento, veinte años después, se ha convertido en una prueba que recoge los primeros cambios que el estafador introdujo en su identidad. Un tanteo inicial, un coqueteo con la construcción de algo nuevo.

A las pocas semanas, Mariano denunció a Francisco por una estafa de dos millones de pesetas y el Grupo 3 de la Policía Nacional se hizo cargo de investigarlo. Al saber de la denuncia, Francisco le dijo a Mariano que era «hijo de un comisario» y le advirtió de que si seguía adelante, el que terminaría arrestado sería él por «un delito de

amenazas». Mariano no recuerda haber sentido miedo, solo vergüenza. Tanta como para ocultar en casa que había perdido dos millones en una inversión fraudulenta. Su padre murió sin saberlo.

Francisco no se presentó a ninguna de las sucesivas citaciones del Grupo 3 para tomarle declaración. Los investigadores acabaron mandando a un par de agentes vascos a la casa de su familia, en Vitoria, para comprobar si estaba allí. Les atendió su padre, que les respondió que hacía casi dos años que no sabía nada de su hijo, que cuanto había oído es que ahora Francisco vivía en hoteles de lujo por España. No sería del todo falso. Aquel fue un último intento de los policías de dar con él, antes de aceptar que no tenían la menor idea de dónde se encontraba.

El parásito

Meses después, una denuncia extraña reactivó el caso del Grupo 3. Una empresa de animales de compañía denunció el impago de una factura de 75.000 pesetas por parte del cliente Francisco Gómez Gómez, que se había llevado un «gato persa azul crema» y no había vuelto más. El contrato de compraventa había sido rubricado el 15 de diciembre de 2000. Creo, aunque no estoy seguro, que la información que aportó el vendedor de gatos fue lo que puso sobre la pista correcta a los investigadores que, a los pocos meses, averiguaron dónde había estado Francisco: en Castelldefels, una localidad marítima cercana a Barcelona, atrapada entre el delta del Llobregat y el macizo del Garraf y asomada al Mediterráneo desde una playa infinita, cómodamente instalado en el apartamento de su novia, Estefanía. Una mujer venezolana que ya se había cansado de él.

Tan turbulenta había sido la convivencia con el piloto de aviones que Estefanía había intentado echarlo de casa en dos ocasiones antes de que la Policía Nacional llamara a su puerta el 12 de abril de 2001. Y cuando la mujer vio irrumpir a los agentes en su casa para llevarse esposado a su novio por estafar, en lugar de echarse a llorar, pidió turno para denunciarlo.

Esta es la segunda vez que Francisco utilizó a una mujer para lograr un techo, un nido dentro del que seguía trabajando. Si Estefanía

al enamorarse sintió algo en la tripa, no debió de pensar en la metáfora de las mariposas en el estómago, sino en la de una tenia creciendo en el intestino. Según declaró la mujer en la comisaría horas más tarde, también le había pedido un millón de pesetas para invertir en la bolsa. Había insistido tanto en que le diera esa cantidad que la chica había pedido un préstamo a sus padres. Aquel era el plato fuerte de una sangría económica más amplia. Durante los últimos meses, Francisco había estado aspirando cualquier billete que entraba en casa: 50.000 pesetas para pagar el seguro de un coche, 150.000 más para la entrada de un piso de alquiler y otras 230.000 para comprar uniformes de piloto. Días antes de que fuera detenido, la venezolana había recibido la puntilla en forma de factura telefónica: 300.000 pesetas en llamadas que había hecho su novio. Meses antes habían comprado dos móviles de contrato, uno para cada miembro de la pareja. Francisco se había quedado con los dos, pero el contrato de ambas líneas, en una época en la que llamar por teléfono móvil costaba una fortuna, lo había dejado a nombre de Estefanía. En total, casi dos millones. Lo mismo que había perdido Mariano.

Los policías registraron a conciencia el apartamento de Castelldefels y, según se recoge en el atestado, entre las pertenencias de Francisco hallaron una tarjeta de un trabajador real de la compañía aérea Spanair, una copia del contrato de compraventa de animales domésticos del «gato persa azul crema» y ropa oficial de Iberia: una gabardina, dos americanas, dos pantalones, una chaqueta de punto, un par de zapatos, un cinturón, una corbata, cinco pisacorbatas, un pin y una gorra de piloto. Francisco pasó a disposición judicial, salió en libertad con cargos a los pocos días y se esfumó.

El investigador del Grupo 3 que interrogó a Francisco llamó a Mariano para ponerle al corriente. En esa conversación, el policía sintió la necesidad de compartir con él algo que le desconcertaba del estafador. En su declaración, Francisco había seguido afirmando que trabajaba de piloto de aviones incluso después de que los agentes dejaran claro que habían contactado con la compañía Iberia y que su dirección había indicado que eso era falso. «Es un mentiroso que se cree sus propias mentiras.» Mariano no ha olvidado esa expresión.

Huyendo de Barcelona, Francisco halló un nuevo hogar en Galicia. Repitió por tercera vez la misma jugada: sedujo a una mujer de Ourense y se instaló en su casa. A Rebeca también la conoció en un

chat. La pareja vivía en un apartamento de la plaza de San Antonio, un edificio que daba la espalda al Colegio Santa María, de los Maristas. Era un bloque nuevo, provisto de viviendas pequeñas y modernas que, en buena parte, acabaron convertidas en despachos profesionales. Sobre el mueble principal del salón, Francisco colocó un retrato en el que aparecía vestido de piloto.

Incapaz de no estafar en su propia casa, propuso a Rebeca abrir a medias una agencia de viajes aprovechando sus contactos con Iberia. La mujer, que le dio casi 11.000 euros para montar el tinglado, acabó denunciándolo a los pocos meses. Pero, a diferencia de muchas de las víctimas, ella no amenazó con denunciarlo antes de hacerlo. Lo hizo y no se lo dijo. Agentes gallegos de la Policía Nacional acudieron al domicilio y lo arrestaron. En la edición de Vitoria del diario *El Correo Vasco*, el 10 de julio de 2002, aparecía el siguiente breve:

> Un joven alavés que reside temporalmente en Ourense ha sido detenido en esa ciudad por estafar al menos a ocho mujeres de diversas zonas de España, tras hacerse pasar por piloto de aviones o ingeniero aeronáutico, informó ayer la Subdelegación del Gobierno en esa provincia gallega. F. G. M., de veintiocho años y con antecedentes policiales por hechos similares, fue arrestado el martes. El supuesto timador contactaba con las victimas a través de un chat de internet. A continuación, conseguía citarse con ellas y aparecía vestido con el uniforme reglamentario de los pilotos de Iberia, o bien les mostraba fotografías donde podía vérsele en algún aeropuerto junto a un avión Jumbo. Una vez que se ganaba la confianza de las mujeres, trataba de conocer a sus familiares y amigos. Y más tarde, proponía a todos ellos invertir en Iberia, adquirir para ellos billetes a precios más bajos que los del mercado, comprar en el extranjero material fotográfico e informático de alta tecnología o incluso abrir una agencia de viajes en régimen de franquicia. [...] Las pesquisas realizadas han permitido comprobar que ha cometido timos en Ourense, Madrid, Algeciras, Sevilla y Jerez de la Frontera. No obstante, la investigación continúa abierta al sospecharse de la existencia de más casos.

Ocho mujeres entre las que se cuenta Rebeca, pero no Estefanía. Por algún motivo que desconozco, no se citan en esta noticia los antecedentes policiales de Barcelona y de Alicante. Por algún motivo que intuyo —la mala comunicación entre policías y jueces—, tras declarar por la detención de Ourense, Francisco quedó otra vez en libertad con cargos. Salió del juzgado sin hacer preguntas, recogió su traje de piloto de Iberia, lo metió en una maleta de ruedas con cierre de combinación y desapareció de Ourense. Hasta luego. Ser tan escurridizo agotó casi todas las causas que se abrieron contra él aquellos años. El juzgado de Vilanova i la Geltrú, que terminó

aglutinando las denuncias de Mariano, de Estefanía y del dueño del «gato persa azul crema», decretó el archivo del sumario porque nadie volvió a saber de él antes de que los delitos prescribieran. Eso fue lo mismo que ocurrió con las denuncias presentadas en comisarías de Sevilla, Algeciras, Jerez de la Frontera, Madrid o Alicante, aunque solo constan causas judiciales sobreseídas en juzgados de la capital de España y en Sant Vicent del Raspeig (Alicante).

Entre 2000 y 2003, Francisco recorrió la península ibérica de punta a punta, alojado en hoteles de lujo o parasitando una cifra desconocida de casas vacías de mujeres que estaban solas. Un itinerario por etapas que siempre terminaban con la policía en los talones. Un viaje que también fue interior. Rebeca fue probablemente la última estafa que perpetró bajo su nombre real. Culminó así la transformación que arrancó con Mariano, cuando se alejó con timidez de su identidad cambiando su segundo apellido y alterando los tres últimos dígitos del DNI, y que concluyó tras quedar en libertad en Ourense. Con la siguiente víctima, una mujer de Soraluze (Euskadi), estrenó un nombre falso: David.

Es normal que buscara la comodidad de una identidad postiza para seguir estafando. A Francisco lo perseguían demasiados. Y aunque no volvía a Vitoria sino a un lugar rodeado de montañas que lo distanciaban de su tierra natal, iba a instalarse en el domicilio de una mujer que vivía en Euskadi, regresaba a casa. Por qué eligió el nombre de David es una incógnita. Aunque quizás pesara mucho que a finales de 2002 había dos artistas, David Bisbal y David Bustamante, que encarnaban el modelo de éxito social que envidiaba: ricos y deseados por legiones de fans españolas. Es solo una conjetura.

Soraluze, que tal vez suene más por su nombre castellano, Placencia de las Armas, fue el primer pueblo pequeño en el que recaló Francisco, que hasta entonces había preferido el ruido y la discreción de las grandes ciudades. También fue lo más parecido a un hogar estable.

Vestido con su traje de piloto, apareció en el valle del río Deba sin más explicación que la que ofrece un pájaro tropical que se posa a descansar sobre el cable eléctrico que ocupan aves autóctonas y uniformes. Una especie invasora de plumas de colores dispuesta a alimentarse de un municipio industrial de Guipúzcoa de hombres y mujeres vascos que se visten por los pies y que eligen la chaqueta

según cae la lluvia. Para sus nuevos vecinos era solo un animal exótico, por lo que siguieron ocupados en las fábricas de metal con pasado de armerías, ignorando que también era un depredador que había enloquecido. En Soraluze, Francisco se zambulló en la fantasía de David.

3

Soraluze

Madurez

El derecho al olvido

Para no pocos vecinos de Soraluze, Francisco sigue siendo un mal recuerdo, una historia en la que, sin importar quién la cuente, aparecen siempre como la comparsa de ingenuos cuyo orgullo pisoteó el embaucador.

Las dimensiones reducidas del pueblo multiplicaron el daño que causó Francisco a sus víctimas, que sintieron que cargaban con la misma vergüenza social que sonroja al cornudo, que suma al dolor de su engaño la inquietante sensación de estar en el centro de corrillos y habladurías. Y cuando por fin los años habían empujado la pesadilla lo bastante lejos, un periodista de Barcelona se había encaprichado del estafador y quería devolverlo al presente. ¿Por qué iban a hablar conmigo y contarme lo que ocurrió cuando hacerlo iría justo en la dirección opuesta a sus intereses?

Harto de darle vueltas a si tenía derecho o no a presentarme en Soraluze, llené una bolsa de ropa con una muda interior y subí al coche. Conduje de una tacada las más de cinco horas que separan Barcelona de Guipúzcoa y llegué cuando casi anochecía.

Soraluze es un pueblo rodeado de montes verdes y partido en dos por el río Deba. A ambas orillas se extiende un casco urbano cosido por puentes en el que habitan poco más de tres mil personas. Es también el lugar que los productores de la serie *Patria*, basada en la

novela de Fernando Aramburu, escogieron para representar el corazón dividido de Euskadi. Aparqué al final del pueblo, en el extremo norte, en una zona de fábricas abandonadas. Cogí el abrigo, la bolsa con el ordenador y me dirigí al bar Goiko, propiedad de Elsa, la mujer que Francisco usó para instalarse en la localidad. Elsa había dejado claro, a través de intermediarios, que no quería hablar conmigo por teléfono ni mucho menos que la visitara. Una mala experiencia con la televisión años atrás, cuando su caso estalló, había puesto las cosas muy complicadas. Cuando me faltaban apenas unos metros para llegar al Goiko, desperté el interés de dos hombres vestidos con polares oscuros que fumaban junto a la puerta del local y que me calaron enseguida como un forastero. Pensé que presentarme allí sin avisar antes a Elsa había sido una idea casi de mal gusto.

Los saludé con la cabeza y entré en el Goiko. Era un antro pequeño, que comenzaba y terminaba en una barra sobre la que languidecían pinchos de tortilla. Había solo una pareja de clientes, con la mirada perdida en el televisor. Salió la camarera y me dije que tenía que ser Elsa. Pedí una cerveza y señalé uno de los pinchos. Después, deseando que aquello no se convirtiera en una situación incómoda, le pregunté directamente si se llamaba Elsa. La camarera me miró sorprendida y respondió que no. «¿La conoces?», repregunté, casi aliviado. Ella dijo que sí. «¿Dónde puedo encontrarla?» Me miró un segundo y después aclaró que Elsa ya no era la dueña del Goiko, lo había vendido y ahora trabajaba en otro bar que quedaba al otro lado del río.

Crucé el Deba y me dirigí al segundo bar. Era más grande y estaba más lleno de gente. El surtido de pinchos expuestos también era más elaborado que el del Goiko. Había dos camareros: un hombre y una mujer. Pedí un vaso de vino blanco y otro pincho. Me animé a abordar a la mujer y le pregunté directamente si se llamaba Elsa. También respondió que no, pero ella, sin darme tiempo a repreguntar, quiso saber quién era yo. Interrumpí el sorbo que iba a darle a la copa y aclaré que era periodista y que buscaba a una mujer que se llamaba Elsa porque me habían dicho que trabajaba allí y porque tal vez podría ayudarme en una historia sobre la que estaba escribiendo.

—¿Qué historia? —quiso saber sin más rodeos.

—Es sobre Francisco Gómez Manzanares.

La camarera torció el gesto.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que a ella no le hará ninguna gracia que la busques por el tío ese?

—Sí.

—Ella no quiere saber nada de eso, lo ha pasado muy mal, no sé cómo se te ocurre presentarte así a buscarla.

—Ya, no sé, era por si había cambiado de opinión.

Saliendo del bar descarté la última bala que me quedaba: presentarme en casa de Elsa. Lo que sí hice fue abordar por la calle a vecinos desprevenidos y preguntarles si sabían algo del piloto de aviones que estafaba. Solo conseguí aprender una palabra nueva: «cristonas». Si no entendí mal, las cristonas eran una forma local de describir jaleos como los que Francisco montaba.

De regreso al coche, arrepentido y tomando conciencia de que ni siquiera había buscado un lugar para dormir, observé que del interior de la comisaría de la policía local salía luz. Entré, me acerqué al mostrador y pregunté si había alguien. Salió a recibirme el jefe, un hombre afable, provisto de gruesas patillas. Escuchó que era periodista y me invitó a pasar para charlar en su despacho. A diferencia de la camarera del segundo bar, cuando oyó el nombre de Francisco Gómez Manzanares, él sonrió.

—Claro que lo recuerdo. Era un artista. ¿Cómo iba a pasar desapercibido en Soraluze conduciendo un Ferrari y vestido de piloto de Iberia? Los críos lo rodeaban en cuanto salía del coche. Nosotros apenas tratamos con él porque nunca tuvo ningún problema. Lo que pasa es que hizo cosas que son para que lo colgaran del puente. Menudo pájaro. Engañó a mucha gente, incluso a un *ertzaina* que es amigo mío.

—¿Crees que el agente hablaría conmigo?

—Por supuesto.

El jefe de la policía local, henchido de un optimismo irracional, sacó su teléfono y llamó al *ertzaina*. Comenzó saludándole y avanzándole que iba a contarle algo gracioso. Ese prólogo fue respondido al otro lado del teléfono con algo que desató la risa entre los dos policías. Por un momento creí que tal vez hablar con esta víctima de Francisco resultaría tan sencillo como auguraba el jefe. Un espejismo. Las risas se serenaron y pasó a detallar el motivo de la llamada, le explicó que frente a él había un periodista catalán que había venido hasta Soraluze por lo del estafador de aviones. La

reacción al otro lado del teléfono tuvo que ser rotunda, la sonrisa del jefe se esfumó y en su lugar apareció una mueca de afectación. Comprendió que había metido la pata hasta al fondo. Antes de despedirse, se disculpó con su amigo y colgó el teléfono. Muy serio, volvió a dirigirse a mí.

—No quiere hablar. Me pide que yo tampoco hable contigo.

El piloto de Fórmula 1

El despertador sonó a las 7:30 horas. Sobre el tejado del hotel Villa de Ermua, el lugar más económico y próximo a Soraluze en el que había encontrado una habitación para pasar la noche, caía un aguacero. Desconocía que Ermua estuviera tan cerca de Soraluze. Ignoraba casi todo de este territorio de puertos verdes de montaña y de trabajadores del metal que, ubicado demasiado lejos de Bilbao y de San Sebastián, en el centro de Euskadi, mezclaba a familias de ocho apellidos vascos o de ninguno, como la de Miguel Ángel Blanco. De Ermua sí había oído hablar porque era el municipio de este concejal asesinado por ETA en julio de 1997, una ejecución anunciada, una cuenta atrás retransmitida con un lazo azul en las pantallas de todos los canales que cambió el rumbo del conflicto terrorista. Sin paraguas, me tocó correr hasta el coche. Tenía intención de salvar el viaje encontrándome con Silvio y con Rosana, dos personas con las que ya había contactado telefónicamente para el diario y que ahora quería ver en persona.

Silvio fue el mejor amigo que Francisco tuvo en esta etapa y alguien que presenció casi en directo cómo abandonó su trabajo de aviador para convertirse en piloto probador de Fórmula 1, la tercera piel profesional que habitó. Me citó en la parada de bus de la carretera de Matiena. A la hora acordada, encontré allí a un hombre enfundado en un impermeable con capucha que se protegía del diluvio bajo un paraguas oscuro. Con los limpiaparabrisas enloquecidos en el cristal, acerqué el coche, bajé la ventanilla y grité su nombre. El encapuchado asintió. Silvio era un hombre de unos sesenta años que hablaba dando círculos, a ratos, exasperantes. También era el dueño de una memoria consistente que conservaba miles de detalles de Francisco y una de las

pocas personas que no tenía reparos en quedar conmigo porque creía en los periodistas para que todo esto se supiera.

Conduje hasta Matiena y, siguiendo las instrucciones de Silvio, detuve el coche junto a una cafetería. Aparqué y a los dos nos tocó apretar el paso hasta la puerta del local bajo el chaparrón. Silvio dejó el paraguas al lado de la puerta, se quitó el chubasquero y se sentó en una mesa de madera. Pidió un café con leche en vaso de cristal y me miró para que yo encargara lo mío. «Un cortado», pedí. Saqué la libreta y le pregunté si podía tomar apuntes. Asintió. Le pregunté también si podía grabarlo y también asintió.

—¿Cómo conociste a Francisco?

—En el Urko, un salón de juegos de Eibar. Vivía en Soraluze con Elsa, pero se pasaba el día por aquí. Creo que la conoció en una página de citas por internet, o en un chat, o algo así. Recuerdo el primer día que lo vi en el salón porque estaba montando uno de sus numeritos. Tuvo que ser a principios de 2003, porque el Urko abrió esas navidades.

—¿Qué numerito?

—Se reía de un cliente que jugaba en una de las máquinas dando voces. Siempre hacía eso: aleccionar a alguien en público para dar la impresión de que sabía mucho. Era incapaz de no llamar la atención porque, por encima de todo, odiaba pasar desapercibido. Ese día, cuando se cansó de burlarse del cliente, se acercó a la barra, donde yo charlaba con una camarera. Me escuchó decir que esa tarde me había costado mucho aparcar y dejó caer, sin previo aviso, que si volvía a pasarme podía dejar el coche en un *parking* privado que estaba cerca del Urko. «Tú di solo que vienes de parte de David, el piloto, ellos sabrán.» Guiñó un ojo. Tenía ese tipo de talento para romper el hielo. En pocos días se convirtió en el puto amo del Urko. A él incluso le guardaban máquinas durante un fin de semana entero.

—¿Le guardaban máquinas?

—Eso ahora está prohibido. Pero antes... bueno, antes se hacía. En los salones, a los clientes habituales, les guardaban las máquinas. Si habías echado mucho dinero a una en concreto, y tenías que irte un rato, para evitar que otro entrase y se quedara con todo el bote, los trabajadores te la desconectaban hasta que regresabas. Y si no aparecías en el tiempo acordado, la volvían a conectar. A él, en el Urko, podían apagarle una máquina un fin de semana entero.

—Sería porque también se dejaba más dinero que el resto de clientes...

—Él perdía mucho dinero, porque no tenía ni idea de jugar. Por eso se interesó por mí, cuando se percató de que yo no perdía.

—¿Tú no perdías dinero?

—No... bueno, a veces perdía algo, pero a menudo me iba con más dinero del que había echado.

Silvio se incomodó. Se ajustó el jersey y echó una ojeada al resto del bar. Era un día laborable a primera hora de la mañana y en el exterior la tormenta no daba tregua, estábamos solos. Las mesas y el suelo olían intensamente al agua del cubo de la fregona.

—Como vas a escribir que me llamo Silvio —un nombre falso—, puedo explicártelo todo tal y como fue —prosiguió—. En el salón había un tipo de máquinas, las Gnomos, que yo sabía petar. Incluso hubo chinos que me llamaron para preguntarme cómo lo hacía. No era un truco tan complicado. Las tragaperras tienen un depósito y, cuando se llena y no pueden coger más monedas, sueltan premios gordos para liberar espacio. Si sabes detectar cuándo están empachadas, puedes anticipar los premios.

—¿Cómo se detectaba eso en la Gnomos?

—Daba algunas señales. Y cuando las daba lo que tenías que hacer era jugar sin subir a los sorteos superiores. Y ya está. Comenzaban a salir los tres sietes rojos, siempre en diagonal, siempre de izquierda a derecha. Una vez, otra vez, otra vez. Los tres sietes rojos... Las Gnomos podían dar premios de hasta mil euros. Jugando así podía sacarle seiscientos u ochocientos euros. El problema es que luego me liaba con otras tragaperras. En fin... que por eso Francisco se interesó por mí, porque vio que yo ganaba. Me pidió el teléfono y comenzó a perseguirme como si fuera un trovador. Me llamaba y me mandaba mensajes a todas horas, también de madrugada. Quería saber si iba a ir al Urko y a qué hora... Era incómodo, porque me sentía como si fuera una mujer a la que pretendiera. En cierto modo, la sensación tenía sentido.

—¿Os hicisteis amigos?

—Este tío no tiene amigos. Es un puto psicópata.

—Lo que quiero decir...

—Sí, nos hicimos amigos. Aunque ya veía que era un fantasma. ¿Sabes? Al principio creía que era un agente secreto de la Ertzaintza.

Él nunca dijo que fuera policía, pero lo medio insinuaba y daba a entender que estaba bien conectado con la Ertzaintza. Lo hacía para distinguirse de la gente corriente, esa era su verdadera obsesión, aparentar que era mucho más de lo que era. Por ejemplo, en marzo de 2006, cuando ETA anunció un alto al fuego permanente para que comenzara un proceso de negociación, fue él quien dio la noticia en el Urko. Recibió un mensaje en el teléfono y nos lo leyó en voz alta al resto. Seguro que tenía contratado un servicio de mensajería que mandaba SMS con los principales titulares, pero en lugar de decir que lo acababa de publicar tal diario insinuó que le habían pasado esa información contactos de la Ertzaintza. Es que incluso a ratos parecía querer hablar como un policía, metiendo con calzador palabras técnicas que no pintaban nada en las conversaciones. Se notaba que habría oído esas palabras por ahí y que las colaba sin tener ni idea de qué significaban. Le metía unas patadas al diccionario terribles.

—¿Y las mujeres?

—¿Qué pasa con las mujeres?

—¿Le gustaban de verdad?

—A él lo que de verdad le gustaba era el dinero. En realidad, era un machista de mucho cuidado. Jugaba con ellas, las manipulaba, disfrutaba dominándolas como disfrutaba dominando a cualquiera que se le acercara, siempre a través del poder y del dinero que fingía tener. Supongo que con las mujeres descubrió un filón, se dio cuenta de que si las enamoraba era más fácil dominarlas y sacar mayor tajada. Eso es todo.

—Pero ¿sexualmente le interesaban?

—Que no. Lo que quería era dominar a las personas. Y nunca dejaba de trabajar para lograrlo. A este tío deberían darle la medalla del mérito al trabajo, porque no descansaba nunca. Siempre cavilando la manera de ganar más influencia en el Urko o donde estuviera. Lo que hizo el primer día que lo conocí, humillar al cliente delante de todos, esa era su forma de comportarse. Enmarañar, mentir, intoxicar, criticar. Era algo compulsivo, el típico que te deja de vuelta y media con tus colegas en cuanto te ausentas para ir al baño. Y era listo, muy listo. Un día lo pillaron metiendo mano a la caja registradora del Urko y salió del apuro asegurando que pretendía demostrar lo descuidadas que eran algunas camareras y lo fácil que era robar durante su turno. Un maniobrero que sembraba la discordia entre los clientes y entre las

camareras. Así se hacía un lugar en el grupo, fracturando la confianza que nos teníamos y después seduciéndonos a cada uno por separado: invitándonos a cenar, regalándonos cosas, comiéndonos la oreja para sacar información. Un mal bicho.

—¿También estafó a su pandilla del Urko?

—A uno le contó que volando a Nueva York había conocido a un encargado de seguridad de casinos en Las Vegas. El tío este, al parecer, había detectado una nueva manera de trucar las Gnomos. Un anillo que tenía dentro un dispositivo que, al acercarlo a la máquina, detectaba cuándo la máquina estaba cargada y emitía una vibración. El encargado de Las Vegas tenía uno de esos anillos que había interceptado en un casino. Todavía funcionaba y estaba dispuesto a venderlo por 36.000 euros. Le propuso comprarlo a medias y aceptó.

—¿Y a ti?

—Sí, a mí también me estafó...

—¿Cómo?

—Prefiero no contarlo...

—¿Tú te creías que trabajaba de piloto?

—Sí, eso sí. Me creí que trabajaba en Iberia y también que después cogió una excedencia para meterse en la Fórmula 1. Nunca imaginé que mintiera en todo eso. Él pasaba a recogerme por casa con el coche, decía que venía del aeropuerto y llevaba la americana y la gorra de piloto en el asiento trasero. A menudo me explicaba qué maniobras había que hacer para aterrizar en el aeropuerto de Loiu (Bilbao) si había tormenta o soplaba mucho viento. No decía tonterías, lo habría leído en algún sitio. Según contaba, él se ocupaba de los vuelos a Tel Aviv y, de forma ocasional, a Nueva York. Siempre con escalas en Madrid. Esto te interesará. Un día en el Urko se enganchó tanto con la Gnomos que se le hizo tarde. Me había dicho que tenía un viaje a Tel Aviv y, cuando vi que no iba a llegar a coger su vuelo, le avisé. Estaba poseído, dándole golpes a la máquina, vestido de piloto. Me miró desorientado y respondió que no importaba, que iría directamente en coche hasta Madrid y que allí subiría al avión de Tel Aviv. Con el juego perdía los papeles.

—¿Cómo pasó de ser piloto de aviones a piloto de Fórmula 1?

—Coincidió con el boom de Fernando Alonso, cuando ganó los dos mundiales en 2005 y 2006 con Renault. En el Urko poníamos los entrenamientos, las rondas clasificatorias y las carreras de los grandes

premios. Hablábamos más de coches que de fútbol. Incluso hacíamos una porra. Un día se enfadó muchísimo porque ganó un cliente que se inscribió cuando él ya se había marchado y no tenía controlado su resultado. Se puso colorado de rabia. Que no había derecho...

—Pero, Silvio, lo del cambio a la Fórmula 1, ¿cómo fue?

—Sí, el cambio. Supongo que vería que había más glamur en la Fórmula 1 que en Iberia. Y lo arregló. Entró un día en el Urko hablando por teléfono, dando voces. Fingió que le contaba a un colega de Iberia que se había pedido una excedencia para irse a trabajar con Fernando Alonso. Lo hacía constantemente...

—¿Cambiar de trabajo?

—Fingir que hablaba con la gente, siempre con famosos. Que si ahora estoy hablando con Florentino Pérez, que si me ha llamado Pedro de la Rosa para contarme no sé qué historia...

—Pero ¿cómo justificó el salto de los aviones a la Fórmula 1?

—Pues así, sin más. Colgó el teléfono y me dijo que hablaba con un compañero de Iberia para avisarle de que había firmado como probador de coches en McLaren. El marido de su hermana trabajaba en esta escudería de ingeniero y le habían propuesto ser uno de los probadores de Alonso. Se hizo un traje y un casco a medida. Más o menos por entonces comenzó a hacer deporte y a perder peso. En esa época comía mucho y había engordado. Alguien le dejaría caer que con ese culo no entraba en un monoplaza...

—Elsa no ha querido hablar conmigo...

—Ella lo pasó muy mal. Es un maltratador. Me contó que llegaba a casa cargado con tres o cuatro bocatas distintos que había comprado en bares de la zona. Se tumbaba en el sofá y picoteaba un trozo de cada bocata. Cuando le entraba el sueño, dejaba los restos sobre la mesa y se acostaba. Elsa intentaba volver del trabajo cuando él ya estuviera durmiendo. Le tenía miedo. Sufrió mucho, muchísimo.

—¿Crees que es mala persona?

—Sí, creo que es un auténtico hijo de puta, que deja a sus víctimas tan rotas que no saben reaccionar y que disfruta haciéndolo. Hay gente que no piensa así. Yo sí. Estar con él es como meterse dentro de una secta. Acabas creyendo lo que te cuente y para salir necesitas un proceso de desintoxicación.

Silvio se quedó callado un instante, atento a lo que escribía en mi libreta. Intuyendo que iba a dar la entrevista por acabada, quiso

añadir algo.

—Engañó a mucha gente aquí. A mucha gente. No solo a los ocho que lo denunciaron. Dicen que alquiló un minibús para llevar a grupos hasta La Rioja y hasta Zarautz para mostrar apartamentos en construcción sobre los que tenía opciones de compra gracias a sus contactos familiares. No sé si es verdad, pero podría serlo.

—¿Tú a cuántos crees que pudo estafar?

—A más de cien personas. Lo que ocurre es que casi nadie lo admite. Están demasiado avergonzados. Porque al final él lo que te estaba proponiendo eran negocios con dinero negro.

Salimos de la cafetería de Matiena casi al mediodía. Seguía lloviendo. Insistí en acompañarle hasta su casa, pero Silvio no cedió y quiso regresar en tren. Me preguntó qué planes tenía y le respondí que había quedado con Rosana en Eibar para comer. Rosana había sido camarera del Urko. Nos despedimos con un apretón de manos. Desde el interior del coche vi cómo se alejaba a pie debajo de su paraguas, como una tortuga que huye de un aspersor. Lo imaginé años atrás jugando una partida a medias con Francisco en el Urko, venciendo a la Gnomos. Me invadió una sensación de nostalgia que no supe descifrar.

La vocación

De camino a Eibar para reunirme con Rosana, me llamó una trabajadora del Ayuntamiento de Soraluze. Había solicitado formalmente una entrevista con el alcalde para saber cómo había vivido el pueblo el trance de Francisco. La funcionaria me explicó que el edil no tenía nada que decir sobre el estafador, porque Francisco había actuado durante el mandato municipal de otro equipo de gobierno. Solicité entonces hablar con el alcalde que coincidió con Francisco. Obtuve la misma respuesta, la confirmación institucional de que Soraluze no quería recordar el mal trago de Francisco.

Encontré aparcamiento junto a la estación de autobuses del centro de Eibar. Rosana me había propuesto vernos en el Paulaner, un irlandés que quedaba justo al lado y al que se accedía descendiendo unas escaleras. El mobiliario era de madera cálida, un lugar agradable. Rosana no tardó en llegar. Era la única víctima que quería aparecer

con su nombre real. Me pregunté por qué.

—Para mí siempre fue David y era un amigo. Decía que era de Madrid, pero no hablaba de su familia. Tenía un acento raro, pero lo atribuí a que viajaba mucho.

—¿De qué hablabais?

—De casi todo. Sabía conversar y sabía escuchar, pero evitaba profundizar en temas personales. Nos pasábamos horas discutiendo de Fórmula 1, de cine o de política. Pero con la política divagaba, nunca se mojaba. Ni siquiera con respecto a ETA. No llegué a saber si era de izquierdas o de derechas, porque se metía con todos los políticos. Decía que eran unos mangantes. Yo me lo pasaba muy bien con él porque te hacía reír, a menudo por gilipolleces.

—¿Sabía de cine?

—El cine le gustaba mucho. No conocía a muchos actores ni directores, pero era muy bueno reteniendo los argumentos de las películas, era curioso porque las tramas de algunas que había visto hacía años seguían grabadas a fuego en su cabeza. Aunque lo que de verdad le gustaban eran las tragaperras. Se tiraba el día entero en el Urko y como mucho podía estar una hora sin jugar, un tiempo que invertía en sacar información a clientes y camareras. Después, volvía a echarle.

—¿Qué información buscaba?

—Quería saber quién había jugado en cada máquina y cuánto podía haber echado para averiguar si había alguna caliente. Eso era información confidencial que no debíamos darle porque perjudicaba al resto de los clientes. Pero si no lo hacíamos, se enfadaba dando a entender que él era un cliente especial y que debíamos hacer una excepción. Cuando entraba al Urko quería que le sirviéramos el cortado con leche natural sin que tuviera que pedirlo. Le irritaba tener que venir a la barra y pedirlo como los demás. Después, su botellín de agua. Nunca bebía alcohol, ni una gota de alcohol. Ni fumaba, odiaba el tabaco. Cuando alguien salía a fumar lo ponía del revés y cuando volvía le decía, fuera quien fuera, que apestaba.

—¿Adónde ibais?

—A comer, a cenar. A veces los dos solos y otras con mi novio, los tres. Siempre pagaba él. La condición que ponía era elegir los sitios, porque le gustaba repetir, ir de manera enfermiza a los lugares donde lo conocían. Adoraba que lo saludaran por su nombre en el

restaurante, en el aparcamiento, que no lo trataran como a uno más. Cuando estábamos solos, yo le comentaba a menudo los problemas que tenía con mi novio y él me escuchaba con atención y durante los días siguientes me preguntaba cómo estaba el asunto. Me dio buenos consejos, se comportó como un buen amigo.

—¿Llegó a abrirse contigo alguna vez? ¿A pedirte un abrazo?

—Jamás. No tengo el recuerdo de haberlo visto triste o débil.

—Silvio me ha dicho que no era mujeriego...

—No perdía el culo por un par de tetas. Nunca lo vi babear al cruzarse con una tía buena. A él le interesaba más el dinero.

—También podría haberlo ganado legalmente. Habría sido un comercial cojonudo...

—Pero es que eso implicaría trabajar de algo que no le gusta. Y a él le encanta lo que hace. Tiene vocación de estafador. Nunca dejará de hacerlo.

—¿Cuándo te estafó?

—Mi novio y yo íbamos a casarnos. Él se puso muy contento con la noticia. Sin embargo, minutos después, oyó que comentábamos con alguien que antes de la ceremonia queríamos buscarnos una casa para vivir juntos y se ofendió. No entendíamos por qué se mosqueaba y se lo pregunté directamente. Me soltó que parecía mentira que sabiendo que él tenía contactos con constructores estuviéramos pensando en comprar una casa sin contar con él, pero que si creíamos que íbamos a encontrar un buen piso sin su ayuda pues nada, que adelante. Nos pareció una chiquillada de las suyas. Un mes después nos preguntó cómo estaba el tema y nos dejó caer que tenía algo que podría interesarnos, un piso de nueva construcción en el centro de Eibar.

—¿Dónde exactamente?

—Date la vuelta —Rosana señaló unos apartamentos nuevos, con terrazas semicirculares, que quedaban justo detrás del irlandés—, justo ahí. Actualmente estos pisos valen 300.000 euros, mucho más de lo que nos planteábamos mi novio y yo. Pero Francisco nos dijo que, si nos hacía ilusión, podía intentar algo. ¿Cómo no iba a ilusionarnos un apartamento así? Al día siguiente, se presentó con los planos. Los desplegó y comenzó a proponernos una distribución para nuestra casa: dónde iría el comedor y dónde la habitación de matrimonio. Luego nos explicó que podía sacarlo por 80.000 euros si nos decidíamos pronto. Mi novio y yo nos miramos y nos dejamos llevar. Primero le

dimos un adelanto de 6.000 euros y después llegó el día de entregarle 60.000 euros en mano, que no fueron fáciles de encontrar. En esa época, David se dejaba ver cada vez menos por Eibar porque, según contaba, el trabajo en la escudería de Alonso se había vuelto más y más intenso. Costaba mucho quedar con él. A mediados de febrero me llamó y me dijo que ya estaba todo listo pero que tenía que hacerse ya. Me propuso que nos viéramos en Madrid. Él no podía venir a Eibar esa semana, pero estaría en Madrid y tendría un rato para comer y coger el dinero. Quedamos en la parada del metro de Príncipe de Vergara de Madrid y me acompañó a una cafetería. Me dijo que tenía una caja de seguridad en un banco y que podría dejar el dinero allí. Le entregué el sobre, lo cogió y se marchó a guardarlo. Esperé en aquella cafetería unos diez o quince minutos, hasta que volvió y nos fuimos a comer a un restaurante italiano. Después se marchó. A los pocos minutos, mi hermana me llamó enloquecida para avisarme de que no debía darle nada a David porque era un estafador. Había leído una noticia en *El Diario Vasco* sobre un timador y creyó que tenía que ser David; resultó no serlo, pero aquel aviso erróneo, si hubiera llegado antes, nos habría salvado. Colgué a mi hermana y llamé a David con el corazón en un puño. Ya no me cogió el teléfono.

—¿No te asustó darle tanto dinero en mano?

—No, era David, era la persona a la que había confesado un millón de secretos. Mi amigo.

—¿Eso hizo más difícil aceptar que te había estafado?

—Sí. —Rosana se acarició la frente en un gesto de agotamiento —. Es que si por lo menos el dinero hubiera sido solo mío... Pero esos 70.000 euros los habíamos reunido pidiendo prestado a mis padres, a los padres de mi novio y a nuestros amigos. Y él lo sabía y le dio igual. Acabé sintiendo que era yo la que los había estafado a todos. Sigo debiendo gran parte de ese dinero y, a menos que me toque la lotería, no voy a poder devolverlo. Nunca. Alguno incluso me ha llevado a juicio.

—¿Pudisteis casaros?

—Nos casamos con muchos problemas y acabamos divorciándonos al cabo de poco tiempo. No fue por David, aunque lo que nos hizo siempre quedó ahí. Si pudiera, le rompería las piernas. Le deseo todo el mal de este mundo. Todo. Ha hecho tanto daño a tanta gente... Yo cogí una depresión y estuve medicada durante dos años.

Los antidepresivos me calmaron, pero seguía recordando una y otra vez conversaciones que habíamos tenido, momentos en los que podría haberme dado cuenta de algo y no reaccioné y que me hacían pasar las noches en vela. Tuve que añadir a los antidepresivos los medicamentos para dormir. Fue horrible. Y sigue siendo horrible. La gente no alcanza a comprender de qué va todo esto de las estafas, de que lo que hizo es mucho más que quedarse con nuestro dinero.

—¿Por qué quieres aparecer con tu nombre real?

—Porque no quiero esconderme. Aunque se rían de mí.

Las mujeres anónimas

Rosana denunció a David en la comisaría de la Ertzaintza en Bergara. Su declaración fue enviada al grupo de investigación de Eibar y el jefe de la unidad puso a un agente, Manfo, a cargo de las pesquisas. El caso de Francisco, al que este *ertzaina* dedicó más horas de las que le pagaban, se convirtió en la investigación más apasionante que ha liderado. Di con él después de freír a llamadas al servicio de prensa de la policía vasca. Aceptó que nos viéramos meses después de los encuentros que mantuve con Silvio y con Rosana. Cuando entró en el bar de Eibar, lo reconocí de inmediato. A punto de convertirse en un pensionista, seguía pareciendo un policía.

—Manfo no es tu nombre de verdad, ¿no?

—Es un alias, eran muy comunes cuando los agentes de la Ertzaintza eran objetivos de ETA.

Las patrañas de Francisco seguían interesando a Manfo, que había seguido las noticias que había publicado en *El Periódico* y que traía una carpeta llena de recortes, sobre todo de *El Diario Vasco*. Recordaba nítidamente lo sucedido a partir del mes de febrero de 2008, cuando a través de Rosana arrancó el caso. Manfo me explicó que lo primero que hicieron fue repasar las últimas denuncias por estafa que se habían presentado en la zona. Encontró las que dos empresarios de Soraluze habían interpuesto hacía pocos días en la comisaría de Azkoitia. Lo que contaban ambos, que también acusaban a un tal David, coincidía tanto con el amigo de Rosana que obligatoriamente tenía que tratarse del mismo personaje. A uno de

ellos le había sacado 18.000 euros y a otro, 42.000 euros. Según habían declarado, David les había vendido apartamentos presentándose como el hijo de empresarios hoteleros afincados en Brasil conectados con Florentino Pérez, el presidente del Real Madrid. Los pagos que hicieron eran por el derecho de adquisición de dos chalets en Zarautz, una localidad costera preciada y vecina de San Sebastián. Manfo comprendió que David era un profesional del fraude inmobiliario al que convenía retirar de la circulación. Según había contado Rosana, David era novio de una mujer de Soraluze, dueña del bar Goiko. Manfo y un compañero fueron a su encuentro.

—¿Cómo reaccionó Elsa cuando os vio llegar?

—Al principio se quedó pasmada. Pero no reaccionó mal, al contrario, pasó a responder lo que le preguntábamos enseguida y a colaborar. Nosotros queríamos saber solo dónde estaba David. Elsa nos dijo que llevaba varios días sin pasar por casa, pero que eso era normal debido a su trabajo en la Fórmula 1, que le obligaba a ausentarse. De David teníamos su nombre, pero no sus apellidos. Así que se los pedí a Elsa. Dijo que se llamaba David Hernández García. Pasamos esos datos por emisora y la respuesta que nos llegó es que no había nada. No porque el tal David Hernández García no tuviera ningún antecedente, sino porque no existía ningún David Hernández García que encajara con su novio. Al saberlo, como si estuviera confirmando una sospecha antigua en tiempo real, Elsa meneó la cabeza y compartió con nosotros un recuerdo que dio un vuelco a la investigación.

Manfo hizo una pausa para echarle azúcar al café.

—Nos explicó que David, cuando se instaló en su casa en el 2003, llegó a Soraluze arrastrando únicamente una maleta Samsonite con cierre de combinación y que nunca le dejó ver su contenido. Ese secretismo incrementó la curiosidad de Elsa y, cuando la relación comenzó a deteriorarse, la mujer echó horas muertas moviendo la combinación, probando series al azar. Un día, tras miles de intentos, la maleta se abrió. En su interior había un DNI con la cara de David, pero con otro nombre. Elsa se asustó, pero también se enfureció. Y esa noche esperó a David con el DNI en la mano para pedirle explicaciones. Cuando entró en casa, saltó sobre él. «¿Qué es esto, David? ¿Quién eres? ¿Por qué tienes un DNI con este nombre?»

»Fíjate bien en los reflejos y la sangre fría que tiene este tío. Casi

nadie sabría salir de una situación así. David le contó que ese DNI pertenecía a una identidad falsa que le había proporcionado el Ministerio de Interior porque había llegado a ser piloto de Iberia a través del ejército, es decir, haciéndose militar para estudiar aviación. Un recorrido que tenía que llevar en secreto porque los militares como él estaban amenazados por ETA. Ese DNI lo utilizaba solo para salir al extranjero por indicación de los servicios de inteligencia españoles. Jugó con tal aplomo ese farol que Elsa acabó disculpándose por haber invadido su intimidad. Sin embargo, no olvidó el nombre que aparecía en ese carnet: Francisco Gómez Manzanares. Y nos lo dio para ver si podía sernos de ayuda. Al meter esa nueva identidad aparecieron los antecedentes reales, vimos que era un prófugo de la justicia con un juicio pendiente por estafa en Ourense, donde fue arrestado en 2003 por el Cuerpo Nacional de Policía. Avisamos a Elsa.

—¿Qué dijo al oír la palabra «estafador»?

—Cobraron finalmente sentido todas las sospechas que había ido incubando y que se había negado a ver para no tener que aceptar lo inaceptable. David no solo había seducido a Elsa, también había encandilado a sus padres y a unos amigos de sus padres. Los estafó a todos.

—¿Los padres del *ertzaina*?

—¿Cómo sabes eso?

Noté que a Manfo le ponía en un compromiso al preguntarle por un compañero.

—Lo publicó *El Diario Vasco* y me lo comentó también un policía local. También en los atestados. Si no recuerdo mal, acabó enredando a las dos familias.

—A todos, sí —admitió.

La relación entre la familia de Elsa y la del *ertzaina* era tan estrecha que David cruzó por ese puente afectivo sin apenas dificultad. Se movió durante años en ambas casas como si fuera un hijo adoptado. Con el agente vasco había cultivado un vínculo que para el funcionario era casi de sangre. Sentirse aceptado, acogido y querido no fue algo que distrajera a Francisco de su propósito. Al contrario, le dio más tiempo para observarlos a todos. Como las dos parejas de ancianos eran originarios de La Rioja y soñaban con comprarse algo en su tierra, Francisco preparó la trampa: trajo planos de unos apartamentos adosados que se iban a construir detrás de la plaza de

toros de Haro (La Rioja), unos domicilios que permitiría a los jubilados ser vecinos y compartir un jardín comunitario con piscina. A los dos matrimonios les pudo la ilusión. A sus suegros les sacó 100.000 euros y a los del *ertzaina*, 121.111 euros. A Elsa, además, le encasquetó un chalet en Marbella por 42.000 euros y al *ertzaina*, un terreno edificable por 50.000 euros.

—Era un auténtico desastre. La investigación acababa de arrancar y las cifras ya se habían disparado. Días después de saber que su novio era un impostor, Elsa nos contó también que su padre había descubierto que David había puesto a su nombre dos de los coches que se compró en Soraluze, el Ferrari de 90.000 euros y el Fiat Bravo de 22.400 euros.

—¿Cómo hizo lo de los coches?

—Llevó a los concesionarios una fotocopia del DNI del suegro y un documento, con la firma falsificada del anciano, que le apoderaba.

—¿Por qué hizo eso?

—Porque no tenía carnet de conducir. El piloto de Fórmula 1 ni siquiera había pasado por una autoescuela. ¿Sabes que tuvo un accidente grave sin carnet y salió indemne del entuerto?

—¿Cómo?

—No lo sé. Se pegó una hostia con el primer Mercedes que tuvo. El siniestro dejó el coche inservible y consta en la base de la Dirección General de Tráfico (DGT). Como el coche no estaba a su nombre, estoy seguro de que Francisco se hizo pasar por un familiar de Elsa y diría que se había dejado la cartera en casa. Se libró de eso como se ha librado siempre de tantas cosas que atrapan al resto de las personas.

Manfo me preguntó si quería un segundo café, lo acepté. Mientras él acudía a la barra a pedirlo, yo comencé a ordenar los apuntes que había tomado a toda prisa. La entrevista acabaría durando dos horas más y mi interés siguió creciendo hasta el final. Cuando tomó asiento de nuevo, me acercó mi taza y regresamos al febrero de 2008, concretamente al día 2, cinco días después de la denuncia de Rosana. Según me contó, ese día el grupo de Manfo citó en Eibar a todas las víctimas para que identificaran fotográficamente el rostro de Francisco Gómez Manzanares. Más de uno, al ver la cara de David en el sospechoso número 4 del archivo policial, se echó a llorar.

Durante aquellos días, la noticia de que David, el piloto, era un

estafador corrió como la pólvora por la comarca del Deba. No tardó en acudir a una comisaría de la Ertzaintza una octava y última denunciante, una vecina de Eibar, de origen madrileño, a la que David había cazado en el taller de coches donde llevaba el Ferrari. El vehículo de la mujer se estropeó y coincidió con David, que a menudo echaba la mañana en el local de reparaciones, curioseando, hasta que llegaba la hora de ir a comer con el mecánico al Borda, un bar cercano. Una de esas mañanas conoció a la octava víctima. Entabló una conversación con ella y jugó la baza de que los dos eran de Madrid. Eso es lo que David contaba en Soraluze, que sus padres residían en la avenida Arturo Soria de la capital española. Se ganó la confianza de la madrileña y le dejó caer que tenía contactos en una constructora y que podía conseguirle un piso cerca de Vallecas, en el «ensanche», por 19.000 euros. Ella se mostró interesada, pero dejó claro que no tenía ese dinero. David, que quería el dinero como fuera, buscó la solución. Le propuso simular que se iba a comprar un coche en ese taller y pedir a la financiera con la que trabajaba la empresa de reparaciones un crédito de 19.000 euros. La mujer respondió que ella no pensaba gestionar ningún chanchullo. David insistió: él se encargaba de todo. Preparó con el dueño del taller un contrato de compra de un vehículo que incluso tenía un número de bastidor. Después, con ese documento logró un talón de préstamo de la entidad financiera a nombre de la vecina y lo ingresó en una cuenta de la denunciante abierta en la sucursal de un banco de Eibar. Lo único que tuvo que hacer ella fue ir a su oficina, sacar el dinero en efectivo y entregárselo a él. Del piso en Vallecas y de David la mujer no volvió a tener más noticias, pero del crédito que había firmado sin saber muy bien cómo para adquirir un coche inexistente, sí las tuvo puntualmente cada mes porque las letras iban a su nombre.

La Ertzaintza, con la mujer del coche, había reunido en menos de una semana a ocho víctimas distintas que tenían un relato consistente y que no estaban conectadas entre sí, lo que evaporaba la posibilidad de que actuaran concertadamente contra Francisco. También había podido averiguar que el sospechoso era un impostor dueño de antecedentes en Vitoria —y en el resto de España— que concordaban con las estafas del presente. Bastaba para encontrarlo y arrestarlo. El problema es que hubo una filtración antes de que Francisco regresara junto a Elsa.

La versión más extendida acerca de lo que ocurrió fue que, como la noticia de que David era un estafador ya corría por Soraluze y Eibar, una de las víctimas alertó a David sin querer al llamarlo para comprobar si era cierto el rumor. Aunque tal aviso no fue una gran revelación para Francisco, que sabía que las cosas se estaban torciendo en Soraluze y llevaba tiempo preparando su huida. Lo prueba el hecho de que desapareció con los coches que tanto amaba: el Mercedes, el Fiat y, por supuesto, el Ferrari. No pudo llevárselos los tres a la vez, logísticamente tuvo que emplear varios días en coordinarlo.

—Cuando aceptamos que ya no iba a volver junto a Elsa, pedimos permiso al juez para pinchar su teléfono. Sabíamos que Francisco usaba varios números distintos y confiamos en que alguno nos revelaría su posición. Fue una esperanza inútil. El tío sabía lo que hacía y durante las primeras semanas los mantuvo apagados. Solo alguna noche, de madrugada, los encendía para leer los mensajes. ¡Y qué mensajes! Al tenerlo pinchado, los SMS también nos entraban a nosotros: «¡Vuelve, hijo de puta!», «¿Dónde estás?», «¡Devuélveme mi dinero, estafador!». Los repetidores indicaron que esos mensajes habían sido descargados cerca de Lleida. Decidimos probar suerte y contactamos con los Mossos d'Esquadra para ver si lo encontrábamos. Montamos un equipo mixto para buscarlo en esa zona de Cataluña durante un par o tres de días. Hallamos un posible rastro en un hotel. Pero nada más. Volvimos a Eibar con las manos vacías.

Los teléfonos pinchados revelaron a la policía vasca una segunda ubicación de Francisco a las pocas semanas: Zaragoza. La antena que había dado cobertura al estafador, no obstante, abastecía a media ciudad y, tras el fiasco de Lleida, los investigadores descartaron montar una segunda operación conjunta lejos de su jurisdicción, porque sin una ubicación más concreta no sabían por qué parte de la ciudad aragonesa ponerse a buscarlo. Manfo, frustrado, preparó un dosier con la información recabada hasta entonces —identidad real, fotografías de su aspecto actual, historial delictivo y un informe sobre las denuncias recogidas en Soraluze— y lo mandó a la jefatura de Zaragoza.

A la decepción de aquella persecución infructuosa siguió un giro inesperado en la investigación que redimensionó la figura del fugado. Francisco había sido capaz de huir de Soraluze llevándose los tres coches, pero había cometido un error: dejar entre los enseres

personales que quedaron en la casa de Elsa varios CD con información delicada que la mujer acabó encontrando.

Sucedió de la forma más simple. Elsa se animó a poner en orden el trastero y tirar las cosas de su exnovio, halló los CD y se los entregó a Manfo. El policía metió en su ordenador los discos de datos y, con ojos como platos, descubrió miles de fotografías de mujeres. Eran mujeres normales y corrientes, algunas muy jóvenes, que sonreían a la cámara. No todas ellas habían sido fotografiadas en el mismo contexto.

Había un primer grupo de imágenes, el más numeroso, que se correspondía con autorretratos o capturas de *webcam* de mujeres que posaban en actitud sexi o, en algunos casos, adoptando posturas que no dejaban espacio a la imaginación, contenido explícito para adultos. Había un segundo grupo de fotografías que Francisco había captado directamente con su cámara y en las que él aparecía junto a ellas, compartiendo habitaciones de hotel o haciendo excursiones al aire libre. Uno de los lugares naturales escenario de esas citas clandestinas era la Laguna Negra de Soria. Un tercer grupo de las instantáneas halladas en los CD mostraba a Francisco en solitario: escanciando sidra, nadando con delfines, en las gradas del circuito de Montmeló con ropa de la escudería McLaren-Mercedes o participando en un encuentro de propietarios de coches Ferrari. Según los metadatos de los archivos, que las ubicaban temporalmente, todas las imágenes habían sido tomadas en fechas recientes, anteriores a 2008.

En un análisis más reposado del segundo grupo de la colección acababa llamando la atención por encima del resto una de esas mujeres anónimas, bonita de cara, porque había sido fotografiada más veces que nadie. Lo inquietante era que aparecía junto a Francisco en situaciones que encajarían dentro de cualquier álbum familiar. No era ninguna cita puntual, era más que eso. Francisco y ella se habían retratado en escenas cotidianas de una pareja formal tumbada en el sofá, cenando en un restaurante, en una celebración con parientes o incluso jugando con críos. Había una fotografía arrebatadoramente tierna en la que Francisco juntaba su mejilla con la de una mocosa encantadora de uno o dos años, sin poder ocultar una sonrisa de rendición.

Al reparar en esa reiteración, no quedaba más remedio que aceptar que Francisco no solo había tenido decenas de aventuras,

tanto reales como virtuales, también había estado construyendo en paralelo y lejos de Soraluze una relación de pareja formal, una doble vida. En algún lugar, Francisco había encontrado otro nido que parasitar y llevaba meses, o años, alternándolo con el de Elsa. Meditando en qué momento dar el salto de uno a otro. Debía de estar con ella. El problema era que nadie sabía quién era. Ni dónde vivía. No había forma de socorrerla.

Los CD hallados por Elsa revelaron qué hacía en realidad Francisco cuando desaparecía de Soraluze supuestamente para pilotar aviones o participar en los campeonatos de Fórmula 1: citarse con ellas. Las profesiones que había elegido impostar le permitían que resultara verosímil para su entorno que desapareciera durante períodos largos, incluso semanas. Un tiempo que invertía en hacer lo mismo que había hecho desde que huyó de Vitoria: viajar por España para encontrarse con mujeres que atrapaba por internet. Sin embargo, los mismos CD también plantearon nuevas incógnitas. ¿Quiénes eran esas mujeres anónimas? ¿Entre ellas habría amantes o todas habían terminado siendo estafadas? Y, por encima de todo, ¿dónde estaba el siguiente nido ocupado por Francisco?

4

Zaragoza

La primera caída

La llamada

—¿Elsa?

—Sí... ¿Quién llama?

—¿Es usted la hermana de David?

—¿La hermana de David?

—¿Usted no es la hermana de David?

—Yo no tengo ningún hermano que se llamé David... ¿Quién es usted?

—Verá... mi novio dice que se llama David y que tiene una hermana que se llama Elsa y que vive en Soraluze... He encontrado este número en su teléfono y...

Elsa, que había atendido esa llamada mientras conducía, dedujo al instante con quién estaba hablando y comprendió de golpe qué estaba ocurriendo. Casi perdió el control del vehículo. Quien llamaba tenía que ser la «otra». La mujer con quien Francisco había llevado la doble vida, la de las fotografías cotidianas.

Hacía más de medio año que David se había esfumado de Soraluze y, aunque todavía seguían muy activas las llamas del incendio que provocó, Elsa había aceptado a regañadientes que la policía no podría detenerle. Pero aquel 28 de octubre, al responder a ese número de teléfono desconocido, las dos vidas paralelas que Francisco había mantenido separadas se cruzaron. Una conexión

imprevista entre dos mujeres engañadas que fraguó el final de la escapada del estafador porque, por una vez, situó a sus víctimas un paso por delante. Una llamada que todavía no había terminado.

—Escúchame bien, es muy importante —le rogó Elsa a quien estuviera al otro lado del teléfono—, voy conduciendo y tengo que parar el coche, pero por favor no me cuelgues.

—De acuerdo —respondió la otra mujer, intrigada.

Elsa puso el intermitente, desaceleró el vehículo y lo arrimó al andén de la carretera. Cogió aire y retomó la conversación.

—David no es mi hermano. —Y sin darle tiempo a entender qué significaba eso, añadió lo que necesitaba decirle—. David era mi novio. Y no se llama David. Apunta bien este nombre: Francisco Gómez Manzanares. Este es su nombre real, no David. ¿Tú sabes dónde está ahora mismo?

—Vive conmigo.

—Pues es un estafador, ¿me oyes?, es un estafador muy peligroso. Acude a la policía cuanto antes, pide ayuda, hazme caso, por favor —suplicó Elsa, consciente de que acababa de aparecer una oportunidad de oro para arrestar al hombre que había destrozado a tantas familias en su pueblo—. Yo soy de Soraluze, aquí ha estafado a mucha gente, a mucha gente, ¿sabes?, y la Ertzaintza lo está buscando desde febrero, pero se escapó...

El silencio al otro lado del teléfono dio a entender a Elsa que su mensaje había llegado. Le dejó unos segundos de margen, aunque enseguida necesitó preguntar algo.

—¿Tú cómo te llamas? ¿Y desde dónde llamas?

La otra mujer contestó con voz temblorosa, pero resolvió la duda que había inquietado a Elsa desde que encontró los CD con las fotografías entre los enseres de David.

—Soy Celia. Te llamo desde Zaragoza.

Celia colgó el teléfono. Con el corazón acelerado, miró al agente del Cuerpo Nacional de Policía que tenía justo enfrente. El policía era un buen amigo suyo, el único al que ella creyó que podía recurrir para salir del aprieto en el que se encontraba por culpa de su último novio, David. En realidad, la idea de llamar a Elsa había sido del agente, que pensó que ese sería el camino más corto para que Celia pudiera descartar sus temores. Pero había ocurrido lo contrario: acababa de confirmarlos.

Celia también había conocido a David, su novio, a través de una página de contactos. Chatearon y conectaron. Él era piloto probador de la escudería de Fernando Alonso. Se enamoró y estuvo encantada cuando David planteó instalarse junto a ella en Zaragoza los días que los compromisos con la Fórmula 1 no le mantuvieran viajando por el extranjero. La relación maduró durante la primavera de 2008, mientras la capital aragonesa hervía con los preparativos de la Exposición Universal dedicada al agua prevista para septiembre. Más o menos entonces, David comenzó a sacarse de la manga negocios raros.

Le propuso al padre y al hermano de Celia comprar acciones de bolsa por un valor aproximado de 40.000 euros. David aseguró que eran un auténtico bombón, que reportarían beneficios enseguida. Ambos le dieron el dinero. Sin embargo, el contrato de la transacción financiera no llegaba, los días pasaban y los dos acabaron perdiendo la paciencia. Celia, cuando se quedó sin argumentos para defender a su novio, acorraló a David y le dijo que tenía que devolver hasta el último euro o su familia iba a denunciarlo. Él se ofendió, pero cedió y retornó los 40.000 euros a cuñado y suegro. No fue el único episodio violento al que la había arrastrado.

Durante los últimos meses David había vendido de todo a los amigos de Celia: motocicletas modelo Ferrari, terrenos edificables en Madrid e incluso un piso en construcción en primera línea de mar en Barcelona: 250.000 euros en total. Pero no había entregado nada a cambio. A ninguno de ellos. Solo excusas. Había desplumado a toda su pandilla.

Tal vez presionada por la impaciencia de amigos y familia, Celia debió de aprovechar un descuido de David para husmear en su teléfono móvil y, por algún motivo que desconozco, se quedó con el contacto de Elsa. Él, posiblemente para sortear el aprieto de tener que explicar quién era Elsa, eligió quitársela de encima respondiendo que era su hermana. Pero las cosas que ya no cuadraban eran demasiadas para Celia y, presa de contradicciones que no podía debatir con su entorno, buscó el asesoramiento de un amigo, agente de la Policía Nacional. Por eso había sido idea del funcionario llamar directamente a Elsa y aclarar aquel embrollo. Lo que no esperaba el uniformado era que ese contacto telefónico, lejos de resolver el malentendido, pusiera sobre la mesa un asunto de máximo interés policial.

El agente tomó a partir de entonces el control de la situación y le pidió a Celia que lo acompañara a la comisaría.

Esta tuvo que ser más o menos la concatenación de hechos que pusieron a Francisco de nuevo en el punto de mira policial a finales de 2008. Fue Manfo quien me la contó y no pude contrastarla directamente con Celia, ya que tampoco pude entrevistarla. Sí logré saber más de esta etapa de Zaragoza porque conseguí hablar con dos de los amigos de esta víctima. Víctor y Lola me confirmaron algunos de los hechos anteriores y no me desmintieron el resto.

La tierra quemada

Víctor es otra de las víctimas que llamó a la redacción de *El Periódico* después de leer uno de los reportajes. Por teléfono me explicó que Francisco primero le estafó 20.000 euros vendiéndole una motocicleta Ferrari. No contento con eso, el estafador también lo persuadió para que adquiriera a medias con un amigo un piso en Barcelona en primera línea de mar. Para este segundo engaño, Francisco programó un viaje que hicieron los tres juntos hasta la capital catalana. Se los llevó a comer y a pasear por las obras del domicilio del que iban a ser copropietarios. Estaba en el paseo de Calvell, cerca de la playa de Bogatell, una zona de construcciones cada vez más caras. Víctor y su amigo, fallecido tiempo después, le dieron los 120.000 euros requeridos entre los meses de agosto y septiembre de 2008. Eso es todo cuanto llegué a saber de Víctor, que, poco después de aquella primera conversación, comenzó a darme largas cada vez que le insistí para que hiciéramos una entrevista más a fondo.

Para hacer este libro, traté de reactivar el contacto con él tiempo después. En lugar de mandarle whatsapps, que imaginaba que no respondería, lo llamé directamente. Quizás porque no tenía guardado mi contacto en el teléfono, descolgó. Por su tono, supe que no le agradó la llamada. Aun así, deslicé que ese mediodía podía estar en Zaragoza y que me gustaría tomar un café con él y mantener finalmente la conversación que quedó pendiente para el diario. Inesperadamente, Víctor aceptó el encuentro. Cogí el coche y conduje hasta Zaragoza para cumplir con mi parte del acuerdo.

Sobre las dos del mediodía, entré en el café El Real de la plaza del Pilar. Le mandé un audio a Víctor para avisar de que ya estaba en Zaragoza y de que podía esperar en ese café. No respondió. A la hora, lo llamé. Tampoco lo cogió. A las cuatro de la tarde salí del bar y eché a andar frente a la basílica. La plaza seguía infestada de palomas, la misma fotografía que recordaba de finales de los ochenta. Con la vista perdida en los pájaros, me rendí y di carpetazo para siempre a la entrevista con Víctor. Me dirigí a uno de los accesos al aparcamiento subterráneo de la plaza y, antes de quedarme sin cobertura, mandé un último whatsapp: «Tengo que marcharme de Zaragoza. Un abrazo».

Con Lola, otra víctima de Zaragoza del círculo de Celia, sucedió al contrario. A ella la encontré a través de Facebook. Le escribí un mensaje privado preguntándole si aceptaría que habláramos por teléfono y respondió que sí.

Lola me contó que Celia estuvo saliendo más de un año con el estafador. Tal vez dos. De un día para otro se presentó con él a una cena de la pandilla.

—Nos cayó bien a todos. Se veía que se las daba un poco, pero era muy agradable, muy cordial. Fue viniendo cada vez más y tuvo varios detalles con nosotros. Un día nos marchamos a Madrid y comimos en un restaurante caro. Él pagó la cuenta sin avisarnos.

Durante esa primera parte de la conversación, me pareció que Lola hablaba sin rencor de Francisco y que, precisamente por eso, en su relato apenas habría distorsiones.

—Venía vestido siempre con ropa de marca o de escuderías de Fórmula 1 para las que decía trabajar de probador. Montó un viaje a Cataluña con los chicos y se fueron a Montmeló a ver el Gran Premio. Volvieron entusiasmados.

—¿Cómo te estafó?

—Me propuso comprar un terreno en Madrid. Era una buena oportunidad para invertir, dijo. Costaba 30.000 euros.

A partir de este punto, el relato que hacía Lola de aquel episodio se ensombreció. O por lo menos lo hizo su voz.

—A mí y a mi marido nos sacó 30.000 euros que no teníamos. Y él lo sabía. Era consciente de lo mucho que estábamos confiando en él y de lo mucho que estaba en juego para nosotros. Yo estaba embarazada y mi marido estaba en el paro. No tuvo ningún reparo en estafarnos en esas circunstancias.

Antes de colgar le pregunté si podía convencer a Celia de que hablara conmigo. Me respondió que ya no tenía relación con Celia. Tampoco Víctor la tenía. Comprendí lo que había pasado en aquel círculo de amistades. Francisco no solo los estafó a todos, también acabó provocando que se enfrentaran entre ellos, que desconfiaran los unos de los otros, que se culparan mutuamente de lo ocurrido y que incluso acabaran litigando por separado para lograr recuperar el dinero perdido. Esta era la tierra quemada que dejaba a su paso.

Francisco había alcanzado en Zaragoza un estado de forma cercano a la plenitud. Había reproducido y mejorado el mismo *modus operandi* que en Soraluze: seducir a una mujer (Celia), anidar en su hogar (Zaragoza) y engañar a su entorno impresionándolo con un estatus social inventado (piloto probador de Fórmula 1 conectado con la capa más alta de la sociedad) para acabar estafándolos a todos (250.000 euros). En Aragón, a menos de doscientos kilómetros del País Vasco, a pesar de saberse en el centro de una investigación de la Ertzaintza, Francisco no rehuyó los encuentros sociales. Acudió a comer con los amigos de Celia a restaurantes y organizó salidas en grupo como la del Gran Premio de Montmeló. Si durante esas exposiciones públicas sintió miedo de coincidir con una antigua víctima, nadie lo notó. Tal vez Francisco, que llevaba muchos años siendo David y huyendo de la justicia, cometió el error de creer que era invencible. No lo era.

Después de la llamada a Elsa y de bajar la persiana de la tienda que regentaba, Celia y el policía acudieron a la comisaría de San José. Allí la mujer prestó declaración formal contra su novio, al que identificó por su nombre real. Con aquella denuncia en la mano, se activó al Grupo de Delincuencia Económica de la Brigada de la Policía Judicial, que ya sabía quién era Francisco Gómez Manzanares porque disponía de la información de la Ertzaintza.

Mientras los policías rumiaban la mejor manera de dar con Francisco, sonó el teléfono de Celia. Era él. Llamaba porque acababa de pasar frente a la tienda de la mujer y había visto la persiana bajada. La joven salió del apuro mintiendo. Siguiendo instrucciones de la policía, le dijo que le había surgido una urgencia y que llegaría en cinco minutos. Le pidió que no se moviera y que la esperara frente al negocio. «De acuerdo», respondió Francisco.

A los pocos minutos, una pareja de agentes de la Policía Nacional

se acercó al establecimiento de Celia y vio a un hombre esperando junto a la persiana bajada.

—Buenas tardes, documentación, por favor.

—Buenas tardes, lo siento, no llevo la cartera encima. Estoy esperando a la dueña de la tienda. Soy su novio.

—¿Cómo se llama?

—David.

—Pues tendrá que acompañarnos.

—¿Ocurre algo?

—Que tendrá que acompañarnos.

Los agentes metieron a Francisco en el coche patrulla y lo condujeron hasta la comisaría. Entre las pertenencias que le intervinieron había una cartera sin tarjetas, rebosante de billetes gordos, varios teléfonos móviles y una llave extraña, que entregaron a los investigadores. Celia sugirió que la llave posiblemente serviría para abrir una caja fuerte que David había instalado en su casa. Estaba en lo cierto. La joven acompañó a los policías a su domicilio y abrieron la caja. En su interior aparecieron 50.000 euros en efectivo y varios relojes de gama alta. Los investigadores también acudieron a buscar los tres coches que se había llevado de Soraluze: el Ferrari, el Mercedes y el Fiat. Estaban en un aparcamiento privado de Zaragoza, cubiertos por una lona.

Francisco, en comisaría, se mostró colaborador con los agentes, quizás convencido de que podría resolver aquel malentendido. Posiblemente intuía que alguno de los amigos de Celia lo habría denunciado e imaginaba que podría escabullirse comprometiéndose con el enojado a devolverle el dinero. Pero acabó esposado. Antes de bajarlo a los calabozos, alguien pronunció unas palabras que le hicieron entender que no había ningún embrollo que pudiera desenredar. Unas palabras que llevaba mucho tiempo sin escuchar a nadie y que lo deslumbraron como un foco que se enciende dentro de la discoteca para anunciar el final de la fiesta: «Sabemos que su nombre real es Francisco Gómez Manzanares».

Gracias a la colaboración entre Elsa y Celia, antes de terminar 2008, Francisco entró finalmente en la cárcel. Había estado esquivándola desde que huyó de Vitoria, casi una década dando tumbos por toda España. Estafando. Las denuncias que dejó a su paso indicaban que, al menos, había pasado por diez ciudades de siete comunidades autónomas distintas. Podrían ser más. Seguro que fueron muchas más. Donde más revuelo causó la noticia de su detención fue en Guipúzcoa. Rosana se derrumbó al saberlo. Lloró con tantas ganas que estuvo a punto de orinarse encima. El periodista Alberto Echaluce, de *El Diario Vasco*, publicó un reportaje sobre el paso de Francisco por Guipúzcoa el 4 de noviembre de 2008. Lo tituló «Un estafador muy persuasivo»:

> El presunto estafador detenido en Zaragoza hizo gran parte de su vida en restaurantes de Eibar y parte de su botín fue conseguido por la vía de obtener dinero a eibarreses y otros ciudadanos guipuzcoanos por la vía del engaño. Eso sí, todo el mundo habla de su enorme capacidad persuasiva. A la mayoría les llegó a contar que era piloto de avión, e incluso llegó a ceder un impecable traje de piloto a un vecino de Eibar para ser exhibido en las fiestas de Carnaval. A otros les contó que era piloto de coches de carreras y que tenía contacto directo con Fernando Alonso. «Incluso decía que estaba hablando con él delante de todos o igual se trataba de un doble.» [...] Y, a más de uno decía que «yo tengo un tema que te puede interesar».

El mismo Echaluce acompañaba este reportaje con un perfil de Francisco, «El hombre que cobraba un millón al mes»:

> [...] Francisco nunca ocultó su gusto por el lujo. Conducía un Mercedes descapotable que solía aparcar junto al bar en el que trabaja su compañera. «Era un cochazo. En la casa a la que fue a vivir con la novia hizo instalar un *jacuzzi* supercaro, con una grifería de lujo [...]» Entre las víctimas de la presunta estafa se encuentran la que fue su compañera sentimental, a quien, según aseguran en Soraluze, llegó a regalarle un automóvil. «¿Cómo iba a pensar que le iba a engañar a ella o a su padre?», recordaba ayer una vecina. También se vieron perjudicados por falsas operaciones inmobiliarias familiares de un miembro de la Policía autonómica vasca.

Tras su arresto, ingresó preventivamente en la cárcel de Zuera, Zaragoza. Entre rejas, Francisco fue alcanzado por su pasado y comenzó un periplo que lo llevó durante meses por distintos correccionales de España para responder por las causas que todavía no habían prescrito. El 14 de noviembre de 2008 fue trasladado a la cárcel de Pereiro, en Ourense. Allí pasó entre rejas un mes para garantizar su presencia en el juicio que seguía pendiente desde 2002 en esa localidad por estafar a Rebeca. Fue juzgado cuando faltaban

solo cinco días para que caducara este delito. Así recogía el caso el diario *La Voz de Galicia*:

> Pocas semanas después de que se iniciase la convivencia, el acusado habló a su novia de la posibilidad de abrir una agencia de viajes Iberia en la ciudad de As Burgas. Le dijo que debido a su condición de piloto podía poner en marcha la agencia e incluso se las arregló, nunca se supo de qué forma, para que a la mujer le llegase una documentación sobre el negocio que, ella misma lo dijo durante le juicio, parecía oficial. Así conseguiría el sospechoso que su novia le entregase 10.800 euros, destinados en teoría al pago de la fianza del local y a la compra de diverso material informático.

La sentencia de la Sección Segunda de la Audiencia Provincial de Ourense deja claro que Rebeca creía que Francisco era piloto de Iberia. «Resulta plenamente verosímil si se tiene en cuenta que en el registro efectuado por la policía en el domicilio del acusado se encontró una fotografía del mismo con dicho atuendo. El acusado, en cambio, comenzó por señalar en prueba de interrogatorio que nunca dijo ser piloto, sino que había hecho un curso de aviación civil.»

La abogada de Rebeca me subrayó que no existía ninguna posibilidad de que la mujer quisiera hablar conmigo. Francisco formaba parte de una vida olvidada. Traté de que al menos ella, como abogada, sí aceptara que nos viéramos para saber más cosas de aquella causa. Le pareció inadecuado. Lo único que sí quiso decirme fue que Francisco, mientras duró la convivencia en el piso de Ourense, se comportó como «un chico normal». La noticia de *La Voz de Galicia* aclaraba que Rebeca se animó a denunciarlo porque comenzó a sospechar de él cuando perdía los nervios cada vez que ella le preguntaba cómo iba el asunto de la agencia de viajes.

En enero de 2009, cambió la prisión de Pereiro por la de Martutene, en Donostia, para rendir cuentas por las estafas de Soraluze, donde se reencontró con los vecinos de los que se había reído y a los que durante ese juicio no fue capaz de mirar a los ojos. En la sentencia de la Sección Primera de la Audiencia de Guipúzcoa constaban ocho víctimas. Como decía Silvio, esas eran solo las personas que se atrevieron a pasar el oprobio de denunciarlo. El abogado que defendía a Francisco se acercó a Rosana y le dijo, de parte de su cliente, «que lo sentía mucho». Rosana se mordió la lengua. El juicio no llegó a celebrarse porque este letrado propuso alcanzar un acuerdo, rebajando la pena a cuatro años y nueve meses, que la fiscalía aceptó. Del resto de víctimas, solo una había ejercido el

derecho a acusar formalmente al estafador, Elsa, y su abogada escuchó los términos del pacto y también le aconsejó aceptarlo. En su escrito, la Audiencia de Guipúzcoa consideró probado que, durante su etapa en Soraluze, había usurpado a los denunciantes una suma total de 461.911 euros. A Elsa y a sus padres les quitó 140.000 euros. Al *ertzaina* de Soraluze y a sus padres, 171.111 euros. A dos empresarios de Soraluze, 60.000 euros. A la vecina de Eibar originaria de Madrid, 19.000 euros. A Rosana y a su prometido, 69.800 euros.

Después, regresó a Zaragoza. En la sentencia de la Sección Sexta se concluye que «simuló una actividad profesional y estilo de vida deslumbrantes, exhibió un alto nivel de vida y ostentación de artículos de lujo, se autovinculó con el mundo de la Fórmula 1 como probador de diversas marcas de vehículos, se identificó ante terceros como David, se atribuyó funciones de intermediación en compraventas de inmuebles y vehículos de gama alta para ofrecer bienes de esas características a personas del entorno de su novia».

El periplo no terminó ahí. Lo reclamó un cuarto juzgado, de Sevilla. Este último desplazamiento que hizo Francisco para ser juzgado en Andalucía, que a diferencia de los tres anteriores pasó por debajo del radar de la prensa, es el único que arroja algo de luz sobre las mujeres anónimas olvidadas en los CD del trastero de Elsa. La víctima era una de ellas.

Según su declaración, el hombre que la enredó en 2007 se llamaba David Hernández —el nombre que usaba en Soraluze— y se hacía pasar por piloto probador de Fórmula 1 —la segunda profesión que impostó durante esa etapa—. Se conocieron a través de una página de contactos y él propuso citarse en Madrid. Se vieron solo en dos ocasiones, pero bastaron para que ella le entregara 7.000 euros y una fotocopia de su DNI como entrada de un piso de protección oficial en Sevilla. Francisco ejecutó este engaño sin que conste que llegara a pisar suelo andaluz en ningún momento. La encontró en internet, la sedujo desde la distancia y la estafó en solo dos citas, que se desarrollaron en un punto intermedio, Madrid.

En otoño de 2010, tres años después de aquellos hechos, Francisco llegó a la Sala de lo Penal número 8 de Sevilla muerto de sueño tras un viaje nocturno y agotador en furgón policial. El abogado que lo defendió en aquel juicio era Juan Manuel Carmona, que no tuvo ningún problema en explicarme lo que recordaba:

—Conmigo fue muy correcto. Lo primero que hizo fue agradecerme que hubiera intentado que aquel juicio se hubiera celebrado por videoconferencia. Una petición que el juzgado rechazó a pesar de que había motivos para conceder una declaración a distancia. Francisco a finales de 2010 llevaba dos años encerrado y ya tenía la categoría de preso de confianza.

—¿Francisco era un preso modélico?

—Participaba activamente en varios cursos de rehabilitación que se iba a perder por culpa de ese desplazamiento.

—Vaya... ¿Qué fue lo segundo que hizo?

—Decirme que no quería librar aquella batalla judicial. Tenía intención de reconocer todos los cargos y deseaba «llegar cuanto antes a un acuerdo».

—¿Qué impresión le dio?

—Que no se parecía al tipo que lucía ropa de Fórmula 1 en una fotografía de la causa.

—¿Me mandaría esa fotografía?

—No. Lo siento.

En Sevilla, Francisco no opuso resistencia y salió tan derrotado de aquella sala de vistas como de las otras. Cuatro juicios, cuatro condenas, que le obligaron a guardar encierro. La sentencia que dictó la Audiencia Provincial de Sevilla sumó ocho meses más de privación de libertad para el reo y es importante porque dio credibilidad a lo que había contado la mujer andaluza. Es decir, que el impostor la había estafado mientras residía en Soraluze. La sevillana demostró que muchas de las mujeres anónimas de la colección fotográfica de los CD de casa de Elsa podían ser también víctimas. No tenía sentido que fueran solo amantes. Ninguno. A pesar de que no existieran más denuncias de esa época. Y sobre cómo Francisco coleccionó las fotografías más subidas de tono, las que mostraban a mujeres desnudas, un archivo hallado en el ordenador que confiscaron en casa de Celia también arrojó algo de luz. Era un documento en lenguaje HTML que contenía una conversación que el estafador mantuvo con una mujer a través de un chat de contactos poco antes de ser arrestado. Para diferenciar qué decía cada uno de los dos usuarios tuve que navegar entre un mar de códigos. Limpiarlo fue una tarea laboriosa, pero valió la pena. El diálogo reflejaba que Francisco, que usaba el alias «Si vives sin fijarte en los demás serás feliz», tuvo esa

noche un único objetivo: lograr que la mujer se desnudara para fotografiarla. No dudó en presionarla y en engañarla fingiendo que él a cambio conectaría también su *webcam*, algo que no pensaba hacer.

MUJER: tu k haces exactamente?
FRANCISCO: depende
MUJER: depende?
FRANCISCO: mi trabajo es bastante anarquico. doy soporte informatico doy formacion
MUJER: muy bien...
FRANCISCO: hago informes
MUJER: haces deporte?
FRANCISCO: me gusta hacer bici, natación, correr
MUJER: patinar?
FRANCISCO: no eso no
MUJER: jajajajaj
FRANCISCO: me mataria
MUJER: que va
FRANCISCO: cuanto hace que no tienes una aventura?
MUJER: 10 dias
FRANCISCO: y como fue?
MUJER: pues sali una noche en mayo, fui a tomar una copa y conoci a un chico sevillano destinado aqui por la expo [Expo Zaragoza 2008], empezamos a hablar, y lo tipico
FRANCISCO: osea k poli
MUJER: por que poli?
FRANCISCO: para la expo vinieron... 1000
MUJER: pues si, es policía. Y tú, ¿cuanto hace?
FRANCISCO: 15 dias
MUJER: de aqui?
FRANCISCO: una casada
MUJER: jajajajaj
FRANCISCO: ya sabes... le gusta como me lo monto
MUJER: el sevillano tambien esta casado jjajaja
FRANCISCO: y en la cama k tal?
MUJER: no soy quien para juzgarme en ese aspecto
FRANCISCO: bueno, pero puedes darme una idea
MUJER: bueno, pues puedo decirte que soy muy activa pasional multi orgasmica
FRANCISCO: mmmmmmmmm no suena mal
MUJER: me gusta probar cosas nuevas
FRANCISCO: dime algo k te gustaria probar y k te ponga muchisimo
MUJER: nunca lo he hecho en un probador de estos llenos de espejos
FRANCISCO: uffffffffffffffffff
MUJER: tu si?
FRANCISCO: no, pero me encantaria... venga, ponme un minuto la cámara
M: y tu la tuya?
FRANCISCO: si me la pones, la monto, si. la tengo ahi tirada que la quite para pasar unas fotos porque no tenia otro puerto usb. venga ponlaaaaaaaaaaaa
MUJER: cuando la montes la tuya

FRANCISCO: te estoy esperando
MUJER: y yo a ti, asi que, asi nos podemos pegar toda la noche
FRANCISCO: bueno k creo k estas liada tu
MUJER: no
FRANCISCO: encantado

[La mujer activa la cámara]

FRANCISCO: mmmmmm k guapa
MUJER: bueno, a estas horas, ando despeinada y con cara de sueño. yo a ti no te veo
FRANCISCO: fumas...
MUJER: si mal vicio, lo se
FRANCISCO: dejame verte entera
MUJER: te pones tu camara o no?
FRANCISCO: siiiii
MUJER: bueno, o te pones, o me piro
FRANCISCO: vaya k seria.... con lo encantadora k eras
MUJER: seria no solo cuando hay que serlo
FRANCISCO: anda dejame verte entera
MUJER: madrugo mañana
FRANCISCO: un placer
MUJER: que descanses

Ignoro cuántas de las mujeres anónimas que aparecían sonrientes en la colección fotográfica de Soaraluze acabaron siendo estafadas por Francisco. Cuántas fueron capturadas en páginas de usuarios que buscan pareja formal y cuántas lo fueron en webs que ofrecen aventuras. Si entraba en las primeras buscando víctimas y en las segundas se conformaba simplemente con excitarse. Resultaba imposible saber cuántas víctimas había, porque muchas pudieron rehusar perseguirlo para no tener que justificar públicamente que navegaban por páginas de contactos antes de que aplicaciones como Tinder impusieran la normalidad de los enlaces que empiezan en la red. Silvio me había dicho que no le gustaban las mujeres, que solo le gustaba «dominarlas». Tras leer esta conversación recuperada por la Policía Nacional, supe que Silvio tenía razón y que no tenía sentido seguir insistiendo en distinguir entre víctimas y amantes, porque Francisco solo ansiaba someterlas para que se desnudaran o para que le entregaran sus ahorros. En el historial criminal de Francisco no constan, ni por asomo, todas las piezas que se cobró y guardó en su colección privada, en la que nunca hubo amantes. El estafador no las amaba.

Segunda parte

5

Burgos

La resurrección

El oficio del padre

El baile de cárceles del norte de España se detuvo en la de Nanclares de la Oca (Álava), donde Francisco pidió cumplir el resto de los diez años de condenas arguyendo motivos de arraigo que fueron estimados. Era la prisión más cercana a su familia. Entre esos muros, se comportó durante los primeros años, se ganó la confianza de los funcionarios y disfrutó de varios permisos de fin de semana. Pero se trataba únicamente de otra máscara de cera que no tardaría en fundirse. En Nanclares de la Oca acabó armando tal enredo entre presos y vigilantes que a la dirección del centro penitenciario no le quedó más remedio que sacarlo de sus instalaciones antes de que finalizara 2011 y trasladarlo a la cárcel de Burgos.

En el correccional burgalés circularon dos rumores distintos sobre el incidente de Nanclares de la Oca que había forzado el traslado. Francisco no perdió tiempo en desmentirlos. El primero contaba que los responsables de la prisión vasca forzaron su viaje a Burgos después de que estafara a un grupo de presos vinculados a ETA. El segundo señalaba que a quienes engatusó fue a los funcionarios que lo vigilaban. Aunque los relatos diferían en las víctimas, coincidían en lo esencial: Francisco, tras un inicio de reo aparentemente ejemplar, había vuelto a quedarse con dinero ajeno proponiendo negocios imaginarios. Sus pasteleos crisparon el ambiente carcelario hasta que

el propio centro, en una decisión que priorizó la gobernabilidad del lugar, consideró que lo más idóneo era librarse de Francisco. Son solo rumores. Y serían, además, inverosímiles si concernieran a cualquier otro preso. Porque ningún estafador normal engañaría a víctimas de las que no puede huir porque está encarcelado junto a ellas. Y menos si estas imponen tanto respeto como los condenados por pertenecer a ETA o los guardias del lugar. Pero tratándose de Francisco, no parecen rumores inverosímiles. Ni siquiera parecen rumores incompatibles.

Fueran cuales fueran los motivos que causaron su traslado, Francisco acabó cumpliendo el grueso de su condena en la cárcel de Burgos. Cómo se comportaba el estafador entre rejas era algo que solo había un modo de averiguar: preguntando a los reos que compartieron este encierro con él. A uno en concreto. Chema, un panadero de Burgos penado por violencia de género, creyó encontrar en Francisco un amigo y no se separó de él ni uno solo de los días que ambos pasaron a la sombra. Un aliado que lo apreciaba tanto que, al cabo de dos años, literalmente lo sacó de la prisión convenciendo al dueño de un obrador de Burgos de que debía contratar a Francisco como repartidor para que este pudiera recibir el tercer grado. Carecía de sentido tratar de rellenar este período contactando con instituciones penitenciarias o con sindicatos de funcionarios de prisiones. Yo solo deseaba contar este episodio a través del mejor amigo que tuvo en la cárcel.

Chema descolgó el teléfono, me dejó explicarle quién era y qué quería. Después me interrumpió. Por el móvil no iba a hablar con un desconocido acerca de ese asunto. Si estaba interesado en escuchar su parte de la historia, tenía que ir a Burgos. Respondí entusiasmado que bastaba con que pusiera fecha. «No tan deprisa —atajó—. ¿Eres un periodista de izquierdas o un periodista feminista?»

Noté que dar con la respuesta que Chema esperaba entregaba la llave que abría el capítulo de la cárcel. Y no resultaba difícil intuir qué ansiaba oír, porque sabía que había acabado en la trena denunciado por su exmujer. Mientras meditaba qué contestaba, allanó todavía más el camino: «Yo soy de Vox, así que si eres feminista o de izquierdas...».

Afronté aquella prueba decisiva construyendo un trampantojo argumental basado en dos clichés: la perversidad de los extremismos y la mala relación entre periodismo y activismo. La defensa de aquella tesis más ilusoria que los contratos inmobiliarios de Francisco duró

casi un minuto. Después, guardé silencio. A Chema no le embriagó el carrusel de obviedades, pero supongo que era tan confuso que tampoco halló motivos para estar en desacuerdo. «¿Qué día podrías venir a Burgos?»

El Plaza Nueva de Burgos era un café ubicado en la zona universitaria de El Parral. Pasé la noche anterior en un hotel a las afueras de la ciudad. A las diez de la mañana, justo a la hora prevista, entré en el bar. Estaba abarrotado de estudiantes que hacían novillos para ver en directo cómo las selecciones de España y Australia se disputaban el pase a la final del mundial de baloncesto. Encontré una mesa que seguía vacía porque apenas tenía ángulo de visión a las pantallas y saqué la libreta. A los minutos, entró Chema. Vestía pantalón corto y camiseta a conjunto y del cinto le colgaba una mariconera como las que usaba Francisco. Era un hombre fibroso, con aspecto de tenista, que hablaba desde el estómago, sin poner filtros a lo que sentía.

—Fran es un hombre que no acepta las normas y al que no le gusta trabajar. Él consigue el dinero que necesita engañando. Es un mentiroso compulsivo que tiene carita de «yo no fui».

—¿Cómo lo conociste?

—Compartíamos módulo, el de los malos. Supongo que comenzamos a charlar porque en el patio debió de dejar la mochila en nuestro sitio.

—¿La mochila?

—Una cárcel es como un colegio. A las ocho de la mañana salíamos de la celda y teníamos que llevarnos todas las cosas que íbamos a necesitar: ropa para cambiarnos si planeábamos hacer deporte o libros o lo que fuera. Comíamos a las dos del mediodía y después volvíamos dos horas más a la celda, de siesta. De cuatro a ocho de la tarde, más patio hasta la hora de cenar. Fran era limpio, ordenado, de los que saben estar... Él no iba a poner la mochila junto a los yonquis. Nosotros éramos los que jugábamos al mus.

—¿Era bueno jugando al mus?

—Los grandes jugadores del mus son grandes embusteros. Claro que se le daba bien. Sabía echar buenos faroles. Aunque no jugaba tanto como nosotros, él se pasaba el día haciendo deporte. En el gimnasio y, sobre todo, corriendo. Estaba delgado. En esa época, como tenía tantas canas, iba teñido de rubio y llevaba el pelo largo. Mi

novia lo llamaba «espantapájaros», nunca se fio de él.

—¿Te dijo por qué estaba encarcelado?

—Estafas.

—¿Aclaró cuáles?

—Nadie hace eso en la cárcel. Pero ya que sacas el tema... quiero dejar claro que en una estafa hay dos partes. El estafador y el estafado. Como en el timo de la estampita, también juega la avaricia del estafado y vosotros [los periodistas] nunca habláis de eso.

—Creo que nos desviamos del tema...

—No, no, no. Ese es el tema. Y los periodistas os lo pasáis por el forro. Él no ha estafado a las mujeres, simplemente ha cambiado el rol. ¿Por qué un hombre que es guapo y sabe sacarse partido no puede vivir de las mujeres? ¿Vas a decirme que la mujer de veinte años que va con uno de setenta actúa honradamente? Fran hace creer a sus víctimas lo que ellas quieren creer. Es un zalamero, un hombre detallista, caballeroso, que las invita a cenar, que les regala perfumes y que les abre la puerta del coche cuando las recoge.

—Chema... Es un depredador...

—¡No es un depredador! ¡Es un vividor! ¡Un aprovechado!

Chema se puso nervioso. No quise insistir. Para desayunar él había pedido un cruasán a la plancha, que acababan de traerle. Separó las dos partes, extendió en la base una capa de mantequilla y después otra de mermelada. La semifinal entre España y Australia estaba reñida y continuaban llegando universitarios a la cafetería, que seguían el partido de pie, junto a la barra.

—¿Cómo era dentro de la cárcel?

—Era alguien con quien se podía estar. Aunque no paraba de hacer trapicheos. Al de la lavandería le pasaba tabaco para que hiciera su colada y, no sé cómo, pero siempre tenía un teléfono móvil a mano.

—Eso está prohibido, ¿no?

—Completamente. Pero él tuvo varios teléfonos. A mí siempre me ofrecía uno para llamar a mi novia. «Toma, anda, llámala.» Me mantuve firme y no lo usé porque te puedes buscar un buen lío. Y así fue: al final lo pillaron con un teléfono.

—¿Qué más trapicheos hizo Francisco en la cárcel?

—Le vendió un barco que no tenía a su compañero de celda.

—¿Cómo?

—Compartía celda con un chico muy majo que cumplía condena

por tráfico de drogas. Acabaron mal, y a mí lo que me dijeron fue que Fran le había colocado un velero que, evidentemente, no tenía. Quizás no sea cierto.

—¿Qué decían de Francisco el resto de presos?

—Que era un fantasma, un fantasma obsesionado con simular que pertenecía a la clase alta.

—¿Hablabais de política?

—No solíamos. Había vacile, pero también mucho respeto porque estábamos con presos de ETA. Guasa cuando hacíamos deporte o jugábamos a las cartas. Que si el español tira más que el vasco y tal... nada más. No hablábamos en serio de política.

—¿Contigo tampoco?

—La verdad es que no. No puedo decirte qué ideología tiene. Él decía que había nacido en Vitoria, pero que siempre había vivido en Cataluña porque su familia se marchó a Barcelona cuando era muy pequeño. Supongo que lo diría porque es una región más rica.

—¿Hablaba catalán?

—Algo... pero como yo no sabía nada, pues tampoco me daba cuenta. Sí era muy culé y se iba a ver todos los partidos del Barça. En la cárcel siempre vestía ropa oficial del Barça.

—No había uniformes...

—¿Uniformes? ¿Ves como los periodistas no tenéis ni idea de la cárcel? Veis demasiadas pelis y todavía os creéis que cuando alguien entra en prisión lo agarran, le dan una paliza y lo violan. Mentira. Y tampoco hay uniformes. Cada uno se trae su ropa. Cada quince días te pueden traer una maleta con ropa, que pasa por el escáner. Mi novia perfumaba las camisas y todos daban por hecho que tenía perfume escondido y me lo pedían cuando tenían un vis a vis. —Chema se echó a reír.

—¿Te lo pasabas bien con él?

—Sí, era divertido. Tiene don de gentes y consigue que bajes la guardia. Las mujeres lo ven modosito y caen...

—A ti también te estafó...

—No. A mí no me estafó, a mí me robó. Es distinto.

—¿Qué pasó?

—Yo era el encargado de un obrador de pan que suministra género a panaderías de Burgos. Fran necesitaba un trabajo para que le concedieran el tercer grado. Convencí a mi jefe para que lo contratara.

En Nanclares tenía a su familia, que lo ayudaba, pero aquí no tenía a nadie más. En el obrador cobraba 850 euros y trabajaba desde las ocho menos cuarto de la mañana hasta las tres y media de la tarde. Después tenía que regresar a dormir a la cárcel. Creo que comenzó en enero de 2014 y estuvimos juntos medio año. Cargábamos la furgoneta a primera hora y hacíamos juntos la ruta por las panaderías. Entregábamos el pan recién horneado, recogíamos el pan duro del día anterior, cobrábamos y lo dejábamos todo por escrito en albaranes. Algunos domingos lo dejé solo, a cargo de todo el reparto. Las cuentas comenzaron a descuadrarse. Yo sospechaba de un trabajador al que mi jefe había dado una segunda oportunidad después de que yo lo despidiera por holgazán. Fran alimentó esa teoría. Un día faltaron más de quinientos euros y fue este empleado, un inmigrante, quien me dijo que había visto a Fran minutos antes cogiendo tortas de manteca y la bolsa de recaudación estaba justo al lado de las pastas. A los pocos días, faltó más dinero. Y ese día el empleado bajo sospecha no trabajaba. Los únicos que habíamos tenido acceso a la bolsa éramos Fran, mi novia y yo. No me quedó más remedio que desconfiar de él y ponerlo a prueba. Durante el reparto del día siguiente, dejé a su alcance tres tubos de monedas de 25 euros cada uno, 75 euros en total. Acabó la ruta y se marchó del obrador. Hice los números de la jornada y faltaban exactamente 75 euros. Lo llamé y le dije que no volviera más. Fran lo negó todo, con prepotencia. Pero al rato me volvió a llamar para disculparse y decirme que había actuado así porque estaba pasando una mala época con su novia. Sabía que si lo denunciaba le iba joder el tercer grado. No lo hice. En prisión te quitan la libertad, eso es una putada. Tuve que explicarle a mi jefe lo sucedido y poner más de mil euros de mi bolsillo para devolver lo que Fran estado cogiendo.

—¿Tenía novia?

—No.

—¿Era mujeriego?

—Lo normal. Si se cruza una tía que está buena, el que diga que no mira está mintiendo. Pero no estaba obsesionado con las mujeres. No le gustaba el matrimonio. No soportaba el compromiso. Él solo buscaba presas adecuadas para vivir bien. Nada más. No tiene escrúpulos.

—¿No tiene escrúpulos?

—Con el dinero no tiene ninguno. Es superior a él. Le pierde el deseo de aparentar un estatus.

—¿A ti no te propuso negocios?

—Me tiró indirectas, sí. Como a todo el mundo.

—¿Te dijo que su padre era panadero?

—Ya empezamos, que eso no es verdad.

—Claro que lo es.

—¿Sí?

Asentí con la cabeza. Chema se quedó contrariado.

—¿Crees que quiere rehabilitarse?

—Fran no va a rehabilitarse. ¡Es así! ¡Es su forma de ser! ¡No va a cambiar! No es buena persona. Yo di la cara por él ante mi jefe. Quedé mal yo. Para mí fue una vergüenza. Y porque mi jefe confía mucho en mí, que si no podría haber terminado yo en la puta calle. Quizás Fran no sea una mala persona en algunos aspectos, pero él intenta fingir que es el más bueno de todos. Los presos de ETA lo calaron enseguida. Tendrías que hablar con ellos.

—¿Hablarían conmigo?

—Claro que sí...

Chema, un seguidor convencido de Vox, cogió el móvil y telefoneó a un preso vasco acusado de colaboración con la banda armada. Y el preso vasco respondió al seguidor de Vox. Asistí, pasmado, a una tierna conversación entre dos polos opuestos y noté, por su tono, que Chema no solo apreciaba a su interlocutor, también lo admiraba.

—Hablarán contigo. Puedes llamarlos de mi parte.

Chema se levantó, insistió en pagar el desayuno y nos despedimos. En la televisión de la cafetería Plaza Nueva había comenzado la segunda prórroga que dirimía el pase a la final. Vi cómo el panadero se marchaba del local esquivando a grupos de estudiantes que gritaban a la televisión.

El bluf

Jabier Salutregi y Jesús Felipe Arriaga «Gari» fueron arrestados y condenados en una causa judicial liderada por el juez Baltasar Garzón.

Salutregi era el director del diario *Egin*, un rotativo abertzale clausurado en la misma operación. Gari era el coordinador de las Gestoras Pro Amnistía, encargadas de recibir ayuda para los presos encarcelados y sus familiares. Ambos estaban en la prisión de Burgos cuando llegó Francisco y siguieron allí años después de que el estafador se hubiera marchado. Salutregi cumplió una pena de seis años y medio de cárcel, y Gari, de doce. Los vascos eran dos hombres curtidos que observaban cuanto ocurría en aquella galera desde el rincón de la lectura y que calaron enseguida al estafador, un charlatán ensoberbecido que vestía el chándal oficial del F. C. Barcelona y que daba vueltas al recinto penitenciario corriendo como si la policía todavía lo persiguiera. Que lo calaran no significa que lo detestaran.

GARI: En Euskadi está lloviendo, ¿qué tiempo hace en Canarias?

SALUTREGI: En Canarias está nublado pero abriéndose. Parece que el día se arreglará y la temperatura es estupenda. ¿Y en Cataluña?

YO: Un poco de viento.

(La que sigue es una conversación telefónica a tres bandas debido a que Salutregi residía en Canarias y Gari prefería que el encuentro fuera simultáneo.)

SALUTREGI: Te pediría que si vas a poner que Gari y yo estábamos en esa cárcel dejes clara nuestra condición de presos políticos y recuerdes que después quedó demostrado que el cierre del diario *Egin* fue ilegal. Por lo demás, ningún problema en usar nuestros nombres reales, no somos víctimas de Francisco y podemos hablar con tranquilidad. En realidad, fue divertido coincidir con él.

GARI: Recuerdo bien cuando llegó. Llamaba la atención porque no encajaba en la población carcelaria de España, llena de trayectorias vitales plagadas de desgracias personales, con poca cultura y enganchados a la droga. Francisco parecía lo contrario, una vida rota: alguien integrado en la sociedad que, por algún motivo, ha terminado de golpe en la prisión. Tenía buena presencia, aparentemente poseía un buen nivel cultural.

SALUTREGI: Se cuidaba mucho. Hacia verdaderas carreras de maratón por el patio. Todos los días. Muy disciplinado.

GARI: La mayoría de los presos al final se descuidaban, se aburrían y no sabían qué hacer ni de qué hablar. Él no. Sabía conversar. Aunque eso sí, a veces se basaba en criterios fantasiosos.

SALUTREGI: Estaba en la cocina, en la cárcel comíamos rancho pero

él lo presentaba como si fuera el menú de degustación del Arzak. Convertía las patatas y los garbanzos en un manjar. Qué fenómeno...

Salutregi y Gari no pudieron reprimir en este instante una carcajada.

YO: ¿Él se cree lo que cuenta?

SALUTREGI: Eso lo hacía en broma. Pero quizás sí se crea el resto de las fantasías. Cuando hablaba del Barcelona, por ejemplo. Tenía chándales del Barça, ropa oficial, y daba a entender que había estado en la estructura del club. De otros presos lo sabíamos casi todo, pero de este casi nada. Aunque hablar, hablaba sin parar. Sobre todo de Barcelona, como si casi todas sus experiencias vitales hubieran ocurrido en la capital catalana.

YO: ¿Cuándo salió?

GARI: Creo que el tercer grado lo obtuvo a principios de 2013 o de 2014, gracias al panadero...

YO: Chema, que por cierto habla con mucho cariño de vosotros, dice que ayudabais a muchos presos... Me pilló desprevenido porque antes me había dejado claro que era de Vox...

SALUTREGI: Gari era el gran abogado de la cárcel, ayudaba a la gente a presentar recursos cuando les denegaban permisos. Acabó haciendo unos escritos impecables.

GARI: Es que algunos, con poca formación, estaban muy indefensos. E intentábamos ayudarlos. Todos estábamos viviendo la misma situación, es el lado humano de la prisión. Chema, sin ir más lejos, también ayudó mucho a Francisco... y luego pasó lo que pasó.

SALUTREGI: Eran uña y carne. Discutían mucho, se reían mucho. Hay que ser muy frío para traicionar a alguien con quien mantienes una relación de amistad.

GARI: Chema era otra vida rota. Tenía su vida hecha. Pero según contaba, tuvo diferencias con su exmujer por no abonar ciertas cantidades y acabó en la cárcel, a su modo de ver, de una manera injusta. Creyó que a Francisco, denunciado por mujeres, le habría pasado lo mismo.

YO: Chema dice que vosotros fuisteis los primeros en calarlo...

GARI: Puede ser. Es que se presentaba como piloto de aviación y te contaba una serie de incongruencias... era un bluf.

SALUTREGI: Ese no había volado en su vida. Recuerdo que se vanagloriaba de tener una novia que venía a verlo desde Barcelona

«con un BMW». Me llamaba mucho la atención que siempre subrayara orgulloso el modelo de coche que conducía la mujer. Eso te delata como un fantasma. Nos reíamos un poco de él, pero nos llevábamos bien. Era un tío simpático con el que se podía hablar de muchos temas. E incluso discutir.

YO: ¿También de política?

GARI: Apenas...

SALUTREGI: Ahí no entraba.

YO: ¿Francisco habla bien o utiliza palabras rebuscadas cuando no toca?

GARI: Utiliza un léxico ostentoso. No sé qué formación tiene, pero la exprime al máximo. Aunque en una conversación larga siempre aparecía alguna laguna, una palabra que intuyes que ha colado a la fuerza y que no encaja.

SALUTREGI: Estaba obsesionado con simular que procedía de un estatus social alto, que se movía entre la gente pudiente. Si se hubiera dedicado a ganarse la vida de comercial, habría triunfado. Porque sabe vender muy bien y es atractivo.

YO: ¿La cárcel no pudo con él?

SALUTREGI: Se puso las pilas y mantenía una buena relación con los funcionarios. Estaba bien considerado. Y era muy intuitivo y se acercaba a la gente en función de sus intereses. Como hizo con el panadero. Aunque, por otro lado, también es verdad que Chema tuvo una estancia menos solitaria gracias a él. Con sus habladurías te distraía y conseguía que te evadieras un rato.

GARI: Nunca aburría a nadie, ni se ponía pesado. Venía y tocaba las teclas justas para darse aires de grandeza. Decir que era alguien en la vida.

YO: ¿En el fondo pensaba que no era nadie?

SALUTREGI: Debió de tener una infancia complicada.

GARI: Tendrías que investigar su pasado.

EL SEDUCTOR

Chema no volvió a saber de Francisco después del robo en el horno y de su posterior despido. Pero el estafador no perdió el tercer grado

porque ni Chema lo denunció ni él se quedó sin trabajo. Consiguió que la Taberna del Mirador, un bar del Carrefour de Burgos al que llevaba meses acudiendo a comer tras cada jornada de reparto por las panaderías, lo contratara como camarero. Al dueño del local le contó que tenía planes para dar un giro a su vida y montar un negocio de restauración. Antes de llevarlo a cabo, le subrayó, necesitaba foguearse en un sitio con clase, como su bar. El dueño picó y lo contrató. Tras medio año trabajando codo a codo con Chema, Francisco se metió en la hostelería. Aquel segundo trabajo lo entretuvo durante otros seis meses. Fue el último empleo real que ha tenido.

En la Taberna del Mirador Francisco se encaprichó de una de las camareras, Natalia. Después de hablar con Chema, acudí a comprobar si la mujer aún trabajaba en el bar. Cinco años después, seguía allí. Pero ese día Natalia entraba más tarde. Faltaba casi una hora para que comenzara su turno. Me senté a esperarla en una de las mesas que tiempo atrás habían sido atendidas por Francisco. Me entretuve imaginando al impostor acercándose a los clientes y preguntándoles: «¿Ya lo saben?».

La camarera entró en el restaurante sobrada de energía. Era una treintañera atractiva y de carácter impetuoso. Mientras se quitaba la chaqueta, un compañero le advirtió de mi presencia. Me miró sin acritud, y se acercó. Con la mejor de las sonrisas expliqué que había venido para preguntarle sobre Francisco. Me contestó con un monosílabo: «No». Y comenzó su jornada.

Tan firme fue su respuesta que a punto estuve de recoger las cosas y comenzar en ese instante el viaje de regreso a Barcelona. Sin embargo, decidí quedarme a comer, en la barra. Contra pronóstico, valió la pena. Tras pagar la cuenta, me despedí de Natalia pidiendo disculpas por haberla incordiado y dejando caer que cuanto pretendía era saber cómo se había comportado Francisco de camarero. Nada más. La camarera resopló y rodeó la barra hasta mi taburete. Más por compasión que porque hubiera cambiado de opinión, me contó exactamente lo que había venido a buscar.

En la Taberna del Mirador, que no estaba lejos de la zona por la que se movía como repartidor de pan, Francisco se presentó como un piloto de aviones que había perdido la ilusión por volar. Eso fue lo que contó a Natalia y al resto de compañeros: que tenía plaza en Iberia

pero que se encontraba de excedencia. Y en lugar de confesar que dormía cada noche en una celda, aseguró que vivía en un ático de La Castellana, una zona residencial noble de Burgos. Conducía un BMW X3 de segunda mano por el que pagó entre veinte mil y treinta mil euros, una cantidad que nadie sabe cómo reunió, y que llamaba la atención en el aparcamiento del Carrefour. Vestía ropa muy cara. Su uniforme habitual para trabajar eran vaqueros La Martina y calzado deportivo Nike. El ejercicio físico en la prisión había eliminado hasta el último gramo de sobrepeso. También había consumido su rostro, ya no había tensión en las mejillas y las primeras arrugas habían comenzado a asomar en sus dos ojos infantiles. A cualquier vecino de Soraluze, donde prevalecía el recuerdo del Francisco dueño de un culo demasiado grande para la Fórmula 1, le habría costado reconocerlo. Iba depilado de los pies a las axilas y daba la impresión de vivir tan obsesionado por la imagen como las adolescentes que desarrollan trastornos alimentarios. Acababa de cumplir los cuarenta.

No era un mal camarero porque pilló enseguida el oficio, mucho más rápido que la mayoría. Sin embargo, lo de mostrarse servicial y ceder ante el mantra de «el cliente siempre tiene razón» no iba con él. Con muchos comensales se mostraba prepotente, rozando el desprecio. Con otros, en cambio, por motivos que la camarera averiguaría más adelante, era encantador. Natalia recuerda bien que odiaba fregar el suelo y lavar los platos. Dos tareas humillantes que consideraba impropias de alguien de su talla. Durante aquellos meses, tal y como había ocurrido en el horno de Chema, los números de la caja registradora de la Taberna del Mirador dejaron de cuadrar en más de una ocasión. Y asomó su auténtica naturaleza: a una de las cocineras intentó venderle un piso en un vecindario burgalés acomodado y a Natalia, sin que llegara a saber con qué propósitos, quiso conquistarla por tierra, mar y aire. Inmune a las negativas de la misma mujer que a mí había estado a punto de mandarme a Barcelona con un simple «no», buscó sin descanso la manera de arrancarle una cita: le traía bollos que sabía que ella adoraba, le enviaba enlaces de YouTube con canciones de Pablo Alborán —una en concreto: «Solamente tú»—, le hablaba de las Rias Baixas de Galicia, un lugar del que alardeaba saberlo casi todo, o le proponía apuestas absurdas que se cobraría invitándola a cenar en Casa Ojeda, tal vez el restaurante más reputado de la ciudad. Natalia no se dejó conquistar por dos motivos que

carecían de relevancia para el estafador: estaba felizmente comprometida y no sentía atracción alguna por él.

El cortejo, no obstante, sí comportó que terminara intimando con él más de lo que lo hicieron el resto de empleados de la taberna. Y que, por ejemplo, le hablara de su madre, una mujer enferma de cáncer de quien conservaba fotografías en el teléfono —falsas, con toda seguridad—, o de la infinidad de citas con mujeres a las que había contactado a través de las incipientes aplicaciones de contactos —reales, con toda seguridad—. A Natalia, Francisco no le caía mal. A pesar de que siempre sospechara que no era trigo limpio, o de que llegara a creer que aquel camarero parecía un expolicía expulsado del cuerpo por corrupto. Esta última es una impresión similar a la que habían tenido otros antes, como Silvio en el salón Urko. Un eco más o menos consciente de su primera impostura profesional de finales de los noventa, cuando fingió ser agente de la Ertzaintza, y que asomaba en su gestualidad.

El final de Francisco en la Taberna del Mirador llegó de golpe. Un día, alegando que había sido diagnosticado de una úlcera de estómago, cogió la baja y ya no regresó. El dueño, que no tardó en olerse que no existía tal dolencia, lo despidió. Francisco respondió telefónicamente al hombre que lo había contratado como camarero meses antes —para hacerle un favor— que iba a denunciarlo por no pagarle el último mes. Durante los días inmediatamente posteriores a su marcha, hasta el restaurante se acercaron varios clientes preguntando por Francisco, cada vez más nerviosos. Uno de ellos terminó aclarando que les debía mucho dinero. Por eso había cogido la baja.

Francisco sabía que quebrantar el tercer grado de la prisión de Burgos y traicionar la confianza de sus captores legales significaba exponerse, en caso de ser detenido, a tener que cumplir el resto de la condena íntegramente entre barrotes, sin permisos penitenciarios, hasta el último día del otoño de 2020. A pesar de estar al tanto de eso, volvió a huir. A comprometerse con una vida de prófugo que exigía dedicación exclusiva. Y a cambiar de disfraz.

En la prisión había madurado la conversión de piloto de Fórmula 1 a sargento de Salvamento Marítimo, un puesto para el que se documentó a fondo. Francisco invertía mucho esfuerzo en dotar de verosimilitud cada profesión que interpretaba. Sabía que requería

incorporar una jerga específica, mostrar una determinada actitud gremial y lucir algunos conocimientos básicos. Para convertirse en uno de los rescatadores que se lanzan a mares enfurecidos para salvar vidas, aprendió la jerarquía interna del servicio de Fomento, los nombres de las embarcaciones o las bases que se extienden a lo largo y ancho del territorio español. La nueva identidad profesional, provista de los mismos destellos de bravura que las anteriores, le entregó otra piel. Pero quiso mantener el nombre de David. ¿Por qué insistió en seguir llamándose así? Existían cuatro condenas firmes que lo relacionaban con ese alias. Estaba quemado. Una identidad falsa sirve al propósito de proteger la identidad real y «David» conducía a «Francisco». Solo hay una respuesta posible: le encantaba ser David.

Al volante del BMW X3, con la mirada velada por los cristales de unas gafas Ray-Ban modelo Aviator, dejó Burgos y regresó a Cataluña para desencadenar a David, una entelequia resucitada para cazar. Las audiencias provinciales de Zaragoza y Guipúzcoa, al saber de su fuga, emitieron sendas órdenes judiciales de búsqueda y captura por quebrantamiento de condena. Ambas significaron tan solo que, en caso de ser identificado por un agente policial, Francisco debía ser arrestado. No significaron nada más. Nadie se detuvo a valorar el riesgo que entrañaba perderlo de vista. ¿Qué iba a hacer un hombre huido de la justicia, sin posibilidad alguna de reinsertarse en la sociedad, que lo único que sabía hacer era estafar?

6

Barcelona

La segunda caída

Esther y el cabo Ricardo

A finales de octubre de 2016, Esther, la mujer con la que comienza este libro, la primera víctima que entrevisté para el diario, entró en la comisaría de la capital del Baix Llobregat sumida en un océano de contradicciones. Había escogido aquella sede de los Mossos d'Esquadra, ubicada en un polígono industrial, porque sentía que estaba a punto de contar algo humillante y confiaba en que allí nadie la reconocería. Frente a la puerta de cristal, se detuvo un instante, antes de tomar una decisión de la que no habría marcha atrás. Escribió un whatsapp a David para decirle que el tiempo que le había dado para devolver el dinero de los viajes que le prometió que harían y que no hicieron había expirado. Lo envió. Esther empujó la puerta y se dirigió a la garita, en la que esperaba un agente uniformado.

—Vengo a denunciar a mi novio. Me ha estafado 840 euros. Se los di porque me propuso hacer dos viajes que no existían y ahora se niega a devolvérmelos. Puedo denunciarlo, ¿no?

El agente, con el DNI de Esther en la mano, llamó a un superior, que se acercó al mostrador. De pie, el segundo policía escuchó de nuevo a Esther y respondió que sí podía denunciarlo. Pero añadió que un juzgado acabaría confrontando las versiones de ella y de David y que, si ninguno de los dos aflojaba y ninguno de los dos podía demostrar que el otro mentía, el asunto acabaría en nada. Que

meditara si quería exponerse a eso.

Esther recogió el DNI, dio media vuelta y comenzó a empujar la puerta de cristal, esta vez para salir. Pero se detuvo. Cambió de opinión. Regresó al mostrador y le dijo al agente de la garita que le daba igual cómo terminara. El funcionario le indicó que esperara en el banco de la entrada a que vinieran a buscarla para tomarle declaración. Allí sentada, bajo un cartel con caras de conductores imprudentes que, por inconsciencia o mala fortuna, habían destruido vidas, notó que el aplomo que la había guiado hasta la comisaría la estaba abandonando.

Cinco minutos después, un policía la llamó por su nombre y le pidió que la acompañara. El *mosso* se sentó frente a un ordenador y, con la vista fija en el teclado, la animó a comenzar. Esther respiró hondo, se armó de valor y habló de la empresa de contactos Shakn y de su primera cita con David, un sargento de Salvamento Marítimo, en la Ciutat Esportiva del F. C. Barcelona, en septiembre de 2016. Siguió con lo del viaje a Canarias y también el de Donostia. Continuó con los 840 euros que en total le había entregado en mano a David para pagar dos escapadas de fin de semana inexistentes. Concluyó dejando claro al policía, que seguía aporreando el teclado, que antes de dar este paso, de presentar una denuncia por estafa contra su novio, o contra su exnovio, había intentado convencer a David por las buenas. El agente la miró sin juzgarla y le preguntó si eso era todo. Esther asintió y notó que su caso no sonaba especialmente estimulante al policía, que parecía haberse prestado a escucharla con el mismo interés que pondría un médico internista en atender un rasguño en el codo. Esther se dijo a sí misma que había sido incapaz de explicarse bien e intuyó que se debía a que, en el fondo, ella tampoco lograba comprenderlo. Sabía que no se trataba únicamente de 840 euros, que sobre todo tenía que ver con David. O con el modo en que él había logrado que ella le entregara esa cantidad y lo que implicaba que ahora se negara a devolverla. No había ocurrido nada que justificara que David pasara de adorarla a ignorarla. Eso era lo extraño y lo que no sabía expresar en palabras.

Esther salió de la comisaría con una copia de la denuncia doblada dentro del bolso y, más avergonzada que orgullosa, apretó el paso hacia el coche para huir cuanto antes de allí. Pero su teléfono móvil, al pisar el exterior de la oficina policial, entró en ebullición. Recibió

un torrente de mensajes de WhatsApp y de avisos de llamadas perdidas. Todos de David. En los primeros le pedía que se calmara porque el dinero llegaría. En los últimos le advertía seriamente de que no sabía con quién estaba tratando, de que desconocía el poder que tenía su familia y de que denunciarlo sería un error que lamentaría. A Esther comenzaron a temblarle las piernas y, por tercera vez, entró en la comisaría. El funcionario de la garita arqueó las cejas al verla de nuevo. Pero también vio su cara de pánico y, sin hacer preguntas, la hizo pasar. Así conoció al cabo Ricardo.

El cabo acababa de llegar al departamento de la unidad de investigación de la comisaría y, mientras dejaba sus cosas sobre la mesa, oyó el llanto de una mujer. Salió a comprobar qué ocurría. Vio a Esther, se acercó y le preguntó por qué lloraba.

—Porque me he tirado a una piscina y no había agua —repetía casi compulsivamente sin mirarlo—. Y sabe dónde vivo. Y yo no sé nada de él. ¿Y si se presenta esta noche en mi casa para vengarse?

Ricardo pidió la denuncia al compañero que la atendía y a ella le propuso contar la historia de nuevo, desde el principio. Esta vez Esther se vació. Al cabo le dolió verla tan avergonzada, castigándose por haber dado ese dinero a su exnovio, a quien apenas conocía, casi pidiendo perdón por haber acudido a denunciarlo, aterrada ante las amenazas que acababan de llegarle al móvil.

Esos mensajes, los que David envió cuando supo que Esther iba a denunciarlo, lograron el efecto contrario que perseguían. Si no los hubiera mandado, Esther no habría regresado por tercera vez a la comisaría. Y sin esa última visita, no se habría cruzado con el cabo Ricardo y su denuncia habría quedado enterrada bajo casos objetivamente más urgentes. Pero al verla en ese estado, el cabo Ricardo comprendió que el tipo a quien ella había conocido en Shakn no podía ser solo un jeta, tenía que ser alguien más peligroso, un caso al que había que prestarle atención.

El investigador le alcanzó un paquete de pañuelos de papel a Esther y le pidió que no respondiera a ningún mensaje de WhatsApp de David y que no contestara el teléfono si llamaba. Si necesitaba cualquier cosa —añadió mientras le entregaba también una tarjeta con un número de teléfono móvil—, podía llamarlos. Esther asintió y se levantó de la silla, con el pañuelo de papel estrujado en el puño. Ricardo la acompañó hasta la salida. Y le prometió que lo cogerían.

—Sí, es verdad: Ricardo le prometió a Esther que lo cogeríamos.

El sargento Miquel, responsable de la unidad de investigación de la comisaría de los Mossos d'Esquadra en Sant Feliu de Llobregat y el jefe directo del cabo Ricardo, meneó la cabeza con paternalismo y se explicó mejor:

—Ricardo se implicó mucho en este caso. Desde el principio. Quiso investigarlo cuando ni siquiera le correspondía por zona y a mí me tocó pedir permiso a Cornellà. No debió hacerlo.

—¿Implicarse tanto?

—Prometerle a Esther que lo cogeríamos. A veces la policía no gana.

El sargento lanzó esa reflexión sin esperar que yo respondiera. Seguí con la entrevista.

—¿Por qué tuviste que pedir permiso a Cornellà?

—El caso del estafador competencialmente estaba fuera de nuestro alcance. Esther había venido a pedir ayuda a nuestra comisaría, pero denunciaba algo que había ocurrido en Sant Joan Despí, que pertenece a la jurisdicción de Cornellà.

—¿En Cornellà no hubo ningún reparo en ceder un caso así?

—Nadie sabía todavía que sería un caso «así». Ni siquiera estaba claro que fuera una estafa. Podía quedarse en una disputa de 840 euros entre dos enamorados: menudo caso. —El sargento Miquel se reclinó y señaló las ventanas que quedaban a mi espalda—. Esta es una unidad pequeña que abarca un área grande, aquí viven más de cien mil personas. Dos sargentos, dos cabos, siete agentes y tres policías que compartimos con los de la científica. Catorce en total. Nuestro día a día son los ladrones de casas, las peleas de bar, las plantaciones de marihuana y las agresiones sexuales. Poco más. En Cornellà ocurre exactamente lo mismo. Si el sargento de Cornellà me hubiera llamado a mí pidiendo paso para investigar una estafa de menos de mil euros, yo habría ido personalmente a entregarle la carpeta en mano. Esto ni siquiera es un área regional, aquí estamos acostumbrados a retirarnos y dejar paso a los servicios centrales cada vez que estalla algo gordo.

En cuanto Cornellà cedió el caso, Ricardo y tres agentes de la unidad saltaron sobre la denuncia de Esther. Lo primero era localizar

al exnovio. Ella había aportado su nombre (David), un número de teléfono móvil (al que ya no respondía) y una fotografía del coche que conducía (un Audi A5 que Francisco cambió por el BMW X3 meses después de llegar a Cataluña) en la que se apreciaba la matrícula. Eligieron centrarse en el vehículo. Escribieron un correo a la Dirección General de Tráfico solicitando información sobre el titular del Audi A5. La DGT respondió tres días más tarde: el Audi A5 por el que preguntaban estaba a nombre de una mujer alavesa. A través de la base de datos del padrón histórico, buscaron más detalles de ella: nacida en 1934 con residencia en Vitoria. Tenía ochenta y dos años. En el mismo domicilio constaban también su marido y varios hijos. Uno a uno —de mayor a menor— fueron metiendo sus nombres y apellidos en la base de datos policial. Todos estaban limpios, hasta que introdujeron los datos del más pequeño de la familia: Francisco Gómez Manzanares. Entonces la pantalla comenzó a cargar una entrada tras otra. Una catarata de información que contenía denuncias recogidas por casi todos los cuerpos estatales —Cuerpo Nacional de Policía, Ertzaintza y Mossos d'Esquadra— y dos órdenes judiciales de búsqueda y captura. Todas por estafa. Las dos órdenes seguían vigentes, eran de juzgados de Guipúzcoa y Zaragoza que señalaban que, en caso de ser identificado, Francisco Gómez Manzanares debía ser arrestado y puesto a disposición judicial por quebrantar una condena de cárcel inconclusa.

Ricardo, cuando logró volver a pestañear, metió su nombre en Google y encontró, entre otras noticias, esta de *El Diario Vasco* que firmaba desde San Sebastián el periodista Javier Peñalba, que se titulaba «Un estafador de altos vuelos» y que tenía fecha del 2 de junio de 2010, la crónica del juicio por sus delitos en Soraluze:

> Se hacía pasar por piloto de líneas aéreas, por amigo de Pedro Martínez de la Rosa y Florentino Pérez; decía que cobraba un millón de las antiguas pesetas al mes... Era todo mentira. Ni siquiera su nombre era el verdadero. Todos le conocían como David Hernández cuando en realidad se llama Francisco Gómez Manzanares (Vitoria, 1974). Ayer se sentó en el banquillo de la Audiencia de Guipúzcoa por estafar casi medio millón de euros a una decena de personas.

El cabo imprimió los antecedentes y las noticias de la prensa, que señalaban que antes de simular ser sargento de Salvamento Marítimo había estafado fingiendo ser piloto de aviones, y fue en busca del

sargento Miquel.

—Entró en mi despacho sin llamar y puso sobre la mesa el historial del exnovio de Esther y las noticias que incluían su nombre real y una fotografía de perfil. Lo tenemos, me dijo. Me reincorporé y leí en diagonal aquel rosario de antecedentes policiales. Después cogí las noticias. El exnovio de Esther había pasado de ser un don nadie que se negaba a devolver 840 euros a ser un estafador buscado por todos los cuerpos. —El sargento quiso matizarme estas últimas palabras—. Lo de «buscado» es un decir. Que las órdenes judiciales por quebrantamiento de condena llevaran dos años colgadas también dejaba claro que dar con él no era ninguna prioridad para nadie. Las autoridades exigían que fuera puesto en manos de la justicia en cuanto se cruzara con algún policía, pero no ir a por él. Y a juzgar por las denuncias más recientes, todas puestas por mujeres en comisarías de los Mossos d'Esquadra, llevaba año y medio enredando en Cataluña.

—Y nadie lo estaba buscando hasta que lo denunció Esther...

—Yo no he dicho eso. Nosotros hicimos más de lo que debíamos. Lo cual no quiere decir que los otros no actuaran bien. No todo empieza y acaba en este caso. Te recuerdo que estás hablando de unidades pequeñas que tienen más trabajo del que pueden asumir y que para cualquier ciudadano que acude a una comisaría a denunciar un delito su problema es el más importante.

—Un tipo fugado de la cárcel, un estafador del que ya constaban varias víctimas en Cataluña... este problema debería haber sido también importante para los Mossos, ¿no?

—Cuando recoges una denuncia por estafa, la trasladas al juez y esperas órdenes...

—¿Entonces fueron los jueces los que no le dieron prioridad o los Mossos los que no explicaron a los jueces que debían dársela?

El sargento negó con la cabeza para dejar claro que no iba a hablar de los jueces.

—¿Y a vosotros? ¿Qué os dijo vuestro juez?

—Jueza. Nos tocó una jueza. Y decidió darnos margen para buscar a Francisco, con condiciones: nuestro caso era el de Esther y no iba a conceder pinchazos telefónicos ni geolocalizaciones, que suponen una vulneración grave de la intimidad de las personas, para resolver un delito de estafa tan insignificante: 840 euros. Actualmente, el teléfono móvil te lo cuenta todo de un sospechoso, para empezar, te

dice dónde está. A nosotros nos tocó buscarlo a la antigua. Pero Ricardo es un investigador que cuando está motivado puede ser muy tozudo. Hay policías que necesitan que sus superiores les den confianza y otros que necesitan que los desafíen. Ricardo pertenece al segundo grupo. Después de la identificación me reuní con su equipo para rebajar la euforia. Les dije que el tío al que buscaban no era un delincuente de chichinabo, era un estafador profesional que llevaba más de dos años fugado. Si no lo había trincado nadie era porque tenía que ser muy hábil y ellos eran investigadores modestos de una unidad local. De acuerdo, habían logrado identificarlo, pero esa había sido solo la parte sencilla. El reto de verdad pasaba por encontrarlo. No vais a poder conseguirlo, les insistí.

—¿Para picar a Ricardo?

—Funcionó.

—¿A cuántas mujeres engañó en Cataluña?

—No podemos saberlo. Lo que sí conocemos es cuántas se atrevieron a denunciarlo. Sin entrar en detalles personales de las víctimas, puedo darte las fechas de las denuncias. ¿De acuerdo?

Asentí. El sargento alargó la mano para coger la carpeta que había dejado sobre la mesa cuando comenzó la entrevista. La abrió y pasó un par de páginas.

—¿Apuntas?

Le mostré el bolígrafo para indicarle que podía comenzar.

—La primera denuncia contra Francisco Gómez Manzanares en Cataluña se presentó en septiembre de 2015 en la comisaría de Martorell.

—¿Cómo la estafó?

El sargento lo rumió un instante y aceptó ampliar un poco el trato inicial.

—Está bien. Puedo contarte cómo fueron engañadas y también la duración de la relación. Hasta ahí.

—De acuerdo.

—La primera denunciante comenzó a salir con Francisco en junio de 2015 y, como te decía, lo denunció en Martorell en septiembre de 2015; estuvieron juntos unos cuatro meses. La estafó a través de un fraude inmobiliario. La segunda denuncia se presentó en la comisaría de Granollers...

—¿Significa eso que las víctimas eran de Martorell o Granollers?

—le interrumpí.

—No tiene por qué. Significa solo que la víctima acudió a esa comisaría. Y no voy a dar detalles personales... ¿Sigo?

—Sigue.

—La segunda denuncia se presentó en la comisaría de Granollers. La mujer aseguró haber conocido y mantenido una relación sentimental con Francisco entre diciembre de 2015 y marzo de 2016. La estafó prometiéndole viajes que nunca hicieron. La tercera se presentó en la comisaría del distrito de Nou Barris, Barcelona. La mujer refirió haber salido con Francisco entre abril y julio de 2016. De nuevo, el engaño fueron los viajes falsos. La cuarta y la quinta denunciaron a la vez porque son amigas. Es decir, solo una de ellas se lio con Francisco, pero las estafó a las dos asegurándoles que irían de viaje los tres juntos. Denunciaron en la sede del distrito de Gràcia. La novia explica que salió con Francisco entre noviembre de 2015 y julio de 2016. La última es la de Esther, que, como sabes, se presentó en octubre de 2016.

—Son seis mujeres si contamos a la amiga.

—Esas son las que habían denunciado cuando Ricardo arrancó la investigación. Cuando tú publicaste la historia de Esther en *El Periódico*, denunció otra más.

—¿Hay una séptima?

La séptima mujer

La vida de Valentina cambió una mañana de junio de 2012 cuando se dirigía a pie a un trabajo que adoraba. Era enfermera en la unidad de cuidados intensivos del Hospital Clínic de Barcelona. Aquel día un ciclista la embistió lateralmente cuando se disponía a cruzar un paso de cebra de la avenida del Paral·lel, en el barrio del Poble-sec. Un contenedor colocado demasiado cerca del carril bici y del paso de peatones hizo imposible que Valentina y el ciclista se vieran hasta que fue demasiado tarde. El cuerpo de la enfermera, empujado por la fuerza del impacto, describió una trayectoria semicircular y cayó pesadamente de nuevo sobre la acera. Su cabeza se abrió contra el bordillo.

Tuvo que haber gritos esa mañana en la avenida de los teatros musicales, horas antes de que comenzaran los espectáculos. Y seguro que fueron muchas las imágenes de ciudadanos temblorosos con el teléfono pegado a la oreja y la vista pendiente de detectar entre los coches la sirena de una ambulancia que no llegaba y pendiente también de no mirar el cuerpo inmóvil de Valentina. Cuesta no imaginar cerca de allí la figura encogida del ciclista sentado en el suelo y con las dos manos en la cabeza, rodeado de piernas de personas erguidas, rechazando la ayuda que estas le ofrecían. Seguro que eso fue lo que ocurrió durante los minutos siguientes al accidente, aunque Valentina no vio nada de aquello. Ingresó inconsciente en la misma planta de cuidados intensivos del Clínic a la que se dirigía a pie una mañana más. Atendida por sus compañeros, velada noche y día por su familia.

La fractura craneal era tan grave que nadie daba un duro por ella. Parecía cuestión de tiempo que el resto del cuerpo siguiera el ejemplo de un cerebro que amagaba con rendirse. Pero sucedió lo contrario y el cerebro acabó siguiendo el ejemplo de un cuerpo que no se rindió. Sobrevivió. Tras dos semanas en coma, sumida en una oscuridad de la que no pudo sacar nada, abrió los ojos. Fue reconociendo poco a poco la sala de la uci y, después, deduciendo que ella ocupaba una de las camas de los pacientes que atendía diariamente.

La conocí muchos años después de aquel accidente y gracias al sargento Miquel. Valentina aceptó que nos viéramos en una cafetería del Eixample. De bellas facciones y cabello rubio, me saludó desde una de las mesas de la terraza del local, muy cerca de un carril peatonal, uno más de los que la ciudad había ganado a los coches. Como Esther, me pidió que usara un nombre falso. Puso una condición: el nombre que eligiera no debía comenzar por la misma letra que el de su identidad real. Para proteger la intimidad de la séptima mujer que denunció por estafa a Francisco Gómez Manzanares en una comisaría de los Mossos d'Esquadra escogí el nombre de Valentina.

—¿Qué había cambiado cuando despertaste en el Clínic dos semanas después?

—Una parte de mi cerebro había muerto, se habían destruido millones de conexiones neuronales. Reconocía el diagnóstico de los

médicos porque había cuidado de pacientes que habían pasado por traumatismos similares. Pero una cosa era comprender la teoría y otra, mucho más dura, vivirlo en carne propia.

—¿Cuánto tiempo seguiste ingresada tras despertar?

—Más de dos meses. Salir del Clínic era solo el principio. Ya estaba en casa, pero volver a trabajar de enfermera era una posibilidad remota. Me gustara o no, tocaba aceptar que entonces lo que debía afrontar era una recuperación agotadora y seguir un tratamiento con medicación fuerte. Tomaba fármacos antipsicóticos diariamente que me dejaron aturdida durante casi tres años. Muchos de mis amigos entendieron con dificultad qué me sucedía. Se fueron apartando y me fui quedando cada vez más sola. Acabé metiéndome en una aplicación de contactos para encontrar gente con quien poder hablar.

—Y encontraste a Francisco...

—A David, sí. Él me hacía sentir normal. Volvía a tener a alguien que me escribía por WhatsApp o que me llamaba por teléfono para interesarse por mi día a día. A él se lo conté todo, mi vida entera. Y él me contó la suya, o la que él decía que era la suya.

—¿Qué te contó?

—Lo que ya sabes, que se llamaba David, que era sargento de Salvamento Marítimo, que había nacido en Barcelona, que era hijo de unos padres poderosos. Me dijo que ahora estaba en una base de salvamento en Galicia porque le habían abierto un expediente y tendría que estar un tiempo destinado allí.

—¿Cuándo tuvisteis la primera cita?

—El 26 de diciembre de 2013, quedamos en Barcelona. Tardó más de una hora en presentarse.

—En 2013 estaba en la cárcel... A Cataluña llegó en 2015, quebrantando una condena.

—Conmigo se citó en las navidades de 2013. Estoy segura.

—Tuvo que ser durante un permiso penitenciario.

—¿Y en la cárcel puedes tener teléfono móvil?

—No puedes. Él sí lo tenía.

—A mí me llamaba constantemente.

—En la primera cita con Esther hizo lo mismo que contigo: llegar tarde. Creo que en realidad él ya estaba por la zona, merodeando, asegurándose de que habías venido sola...

—Posiblemente... Recuerdo que acabé llamándole para decirle que si no aparecía, me marchaba. Respondió que estaba muy cerca, pero que le daba vergüenza presentarse porque no tenía el aspecto que imaginaba: la fotografía de su perfil en Badoo era falsa, confesó. Cuando quise saber por qué, me soltó que tenía una cara conocida, ya que su padre era un político renombrado. Le dije que me daba igual y David se presentó a los pocos minutos. Estuvo encantador. Hablamos durante horas. Lo extraño fue que, cuando le recordé que se hacía tarde y que había quedado con mis padres para celebrar el día de Sant Esteve, se ofendió. Mucho.

—¿Lo hacía a menudo... lo de ofenderse?

—Constantemente. Se agarraba a cosas que no tenían mucha importancia para enfadarse mucho.

—¿Cuándo volviste a verlo?

—Era una relación a distancia. Nos vimos cinco o seis veces y siempre transcurrían muchos meses entre una cita y la siguiente. —Una periodicidad compatible con los permisos penitenciarios que iba recibiendo—. En realidad, no me importaba mucho porque, como te decía, él siempre estaba ahí a través del teléfono. Me fui enamorando y, según decía, él sentía lo mismo.

Valentina hizo una pausa. Se recogió el pelo con una mano y dio un sorbo al té, que se enfriaba en la taza.

—¿Cómo te engañó?

—Me ofreció algo que a mí me ilusionaba: encontrar algo que hacer con mi vida. Él sabía que yo no podía volver a trabajar de enfermera y, como me encantaba la moda, me propuso montar un negocio de ropa en un local que era propiedad de su padre en el Passeig de Gràcia. La idea me entusiasmó.

—¿Diseñó ese plan para estafarte?

—De forma cuidadosa. Él participaría como socio inversor y yo llevaría la tienda. Mi propio negocio de ropa en el Passeig de Gràcia. Me explicó que antes de abrirlo teníamos que hacer una inversión inicial en cursos de gestión y comprar un *software* para llevar las cuentas. Le di el dinero que me pidió. No se detuvo ahí. A las pocas semanas se inventó que a su madre le habían diagnosticado un cáncer de forma repentina y que estaba ingresada en un hospital de Madrid. Quería traerla cuanto antes a Barcelona y me pidió que adelantara el dinero de su traslado. Y por último está también lo del viaje.

—¿Dónde era el viaje?

—A Nueva York. Lo gestionó su supuesto mejor amigo: Fran.

—Ya...

—En un espacio corto de tiempo, me acabó sacando 18.000 euros.

—Esther, otra de las víctimas, me dijo que lo más duro no era el dinero, sino descubrir que toda la relación había sido un engaño...

Valentina se quedó callada unos segundos.

—Es un tío muy inteligente y yo, después del accidente, era perfecta para él: carne de cañón... Hizo conmigo lo que quiso. Me insultaba cada dos por tres...

—¿Que te insultaba?

—Me llamaba zorra.

—¿Por qué?

—Porque decía que me había conocido en Badoo y que seguro que me había follado a todos los tíos que habían hablado conmigo. Decía tonterías... supongo que para controlarme.

—¿Controlarte? ¿Desde Galicia?

—Con esto. —Valentina cogió su teléfono y lo levantó unos centímetros de la mesa—. Me preguntaba dónde estaba y con quién estaba. A todas horas. No podía perder de vista el teléfono porque se enfadaba si no respondía enseguida.

—¿Cuándo cambió? ¿Cuándo se convirtió en un tío agresivo?

—Era las dos cosas al mismo tiempo. Desde la primera cita, el seductor que me escuchaba y el maltratador que enloqueció cuando le dije que tenía que marcharme. Era una forma de someterme, de anularme, de lograr que obedeciera cada vez que me pedía dinero. No porque fuera asustadiza, sino porque él había logrado asustarme poco a poco. ¿Sabes qué hacía? Me decía que me habían visto con un hombre por Barcelona y no era verdad: «No intentes engañarme porque tengo contactos en todas partes y puedo vigilarte y averiguar desde Galicia qué estás haciendo en cada momento». Incluso aseguró haber contratado a un investigador privado para seguirme a todas partes. «Aunque no lo veas, está ahí.»

—¿Cómo saliste de esa?

—Al ver que no había ni tienda de ropa, ni madre enferma, ni viaje a Nueva York. Le pedí mi dinero y ya no volví a saber de él... hasta que leí tu noticia.

—Eso fue en abril de 2017. —Cuando entrevisté a Esther por primera vez—. Pasaron años...

—Sí, solo mi familia supo cómo había acabado la historia con el hombre que había conocido en Badoo.

—¿Por qué no lo denunciaste?

—Porque hasta que supe que había engañado a otras, sentía demasiada vergüenza. Y tenía miedo. Después de lo que había luchado tras el accidente para volver a ser yo, ¿cómo iban a creer mis amigos que estaba curada, que volvía a ser yo, si me había dejado engañar tan absurdamente?

A Valentina le sorprendió un llanto que no supo detectar a tiempo. Sacó un pañuelo de papel del bolso, se secó las lágrimas y me contó que al descubrir que había más mujeres que habían sido enredadas por David se animó a denunciarlo porque creyó que ya no tenía de qué avergonzarse.

—Mi hermano estaba leyendo *El Periódico*. De repente, lo dobló, se levantó y se sentó a mi lado. Me pidió que no me asustara, pero que había leído algo que tenía que ver. Era una noticia sobre un estafador, me avanzó. Abrió el diario y colocó sobre mi regazo el reportaje que habías escrito. Allí estaba la cara de David. Tuve un ataque de ansiedad. Pero cuando me calmé, decidí que yo también lo denunciaría y llamé a los Mossos d'Esquadra. Para mí fue muy importante esa noticia. Por eso he aceptado que nos viéramos.

—¿Y tú qué crees? ¿Eres la misma que antes del accidente?

—La esencia es la misma. Y aunque las secuelas siguen ahí, he aprendido a compensarlas. Una parte de mi cerebro estará siempre muerta y la otra parte tiene que continuar evolucionando para asumir sus funciones. Eso me agota, me canso mucho antes que el resto de la gente. Eso es todo. Lo más duro fue aceptar que no volveré a ser enfermera de la uci.

—¿Y Francisco? ¿Te ha dejado secuelas?

—Cuando alguien en quien confías mucho te hace tanto daño, siempre queda una cicatriz. Es normal. A mí lo que me asustaba era que por su culpa no fuera capaz de volver a creer en nadie. Si eso sucedía, habría ganado. A este hijo de puta solo se le vence cuando vuelves a confiar en alguien.

Poco después de saber que Esther lo había denunciado, Francisco mutó por última vez. Dejó el uniforme de sargento de Salvamento Marítimo y saltó definitivamente dentro de la fantasía del F. C. Barcelona, un plan que incubaba desde hacía tiempo. A las víctimas que enredaría a partir de entonces ya no les contó que era rescatador sino un destacado miembro del cuerpo técnico blaugrana que se desplazaba con el primer equipo —una coartada destinada a justificar ausencias largas como antes lo habían sido los viajes transoceánicos, los campeonatos de Fórmula 1 o los destinos en las bases de Fomento — y que era un hombre de la máxima confianza de los padres de Messi y Neymar, a quien encomendaban los encargos más personales. A una de las mujeres a las que ya sedujo como técnico del Barça le mandó un fotomontaje en el que aparecía Messi retratado en su comedor junto a varias fotografías de futbolistas del Barça en la pared. En una de esas instantáneas, enmarcadas y colgadas supuestamente en el salón del mejor futbolista de la historia, salía él. Un embuste destinado a dar verosimilitud a la ilusión de que formaba parte del círculo más estrecho del argentino. A otra mujer la citó junto a uno de los principales accesos al Camp Nou y la saludó desde el interior del recinto, al otro lado de la verja. Vestido con la ropa oficial, le soltó que debía terminar un asunto y que saldría enseguida. Como había hecho años atrás uniformado de piloto y con el aeropuerto de Bilbao de telón de fondo, se aseguró de que lo viera abandonando las instalaciones del Barça, representando que dejaba atrás su lugar de trabajo. La verdad era que había pagado el precio de la entrada al museo. Quizá este oficio carecía de la épica de los anteriores, pero chorreaba glamur por los cuatro costados y lo dotaba del estatus social que anhelaba. Desconozco si era de gran utilidad para impresionar a sus víctimas, pero sospecho que a él le entusiasmaba. También en esta vida postrera siguió usando el alias de David.

Esta metamorfosis sucedió en paralelo a la persecución que inició el cabo Ricardo, que arrancó el caso revisando las seis denuncias que se habían recogido contra el estafador en comisarías de los Mossos d'Esquadra. Todas presentadas durante los últimos dieciséis meses: desde que Francisco rompió el tercer grado en la prisión de Burgos en junio de 2015 y hasta que fue denunciado por Esther, en octubre de

2016.

Al superponer las fechas de los romances, asomaban dos datos interesantes. El primero era que solo había estado aparentemente «soltero» en el mes de octubre de 2015 y en el de agosto de 2016. Aunque lo más probable era que ese tiempo también hubiera estado activo seduciendo a mujeres que no llegaron a denunciarlo. El segundo era que Francisco había estado saliendo al mismo tiempo con las víctimas número 3 y número 4. Es decir, era un tipo capaz de simular varias relaciones sentimentales a la vez.

Podían sacarse más conclusiones sobre sus víctimas. Todas eran mujeres que tenían más de treinta y cinco años y menos de cuarenta y cinco. Eran solteras y se habían inscrito en alguna red social de contactos para encontrar pareja. Tenían una trayectoria profesional decorosa y disponían de un poder adquisitivo medio. De esta coincidencia podía inferirse que Francisco no las escogía al azar, sino que las seleccionaba. Una lectura más atenta al contenido permitía averiguar que su estafa preferida era la de los viajes. En algunos casos eran a Canarias. En otros, más ambiciosos, escapadas a Nueva York. Que solo una lo denunciara por fraude inmobiliario, que le había reportado un beneficio mucho mayor que la suma del resto —40.000 euros—, podía deberse simplemente a que solo le había funcionado con ella, pero no significaba que no lo hubiera intentado con las otras. Esther, sin ir más lejos, había dejado claro que durante las tres citas que compartieron, Francisco había intentado las tres cosas: viajes, casas y coches caros. El relato de todas ellas permitía asimismo deducir que tenía un *modus operandi* definido. Seducía a las víctimas, fingía que había formado con ellas una pareja de verdad y les proponía negocios. En cuanto ellas lo entregaban, él se esfumaba. Y cuanto sabían de él era un nombre y empleo falsos y un número de móvil; siempre usaba teléfonos de prepago con líneas que no conducían a su identidad real.

Para tratar de localizarlo Ricardo envió requerimientos a la Dirección General Tráfico y al Servei Català de Trànsit para saber si cámaras con lectores de matrícula ubicadas en peajes o en controles de velocidad habían detectado el Audi A5 que conducía. Tal vez recorría el mismo trayecto cada día. O podía estrecharse su radio de acción. Agua. Ninguno de los intentos sirvió de mucho. Solo había sido captado por lectores de matrícula del peaje de la AP-7 entre

Zaragoza y Barcelona.

Tampoco buscarlo por su nombre de verdad daba fruto alguno. Todo lo contrario: acrecentaba la sensación de estar buscando a un fantasma. Porque en el mundo de la delincuencia no es extraño el uso de una identidad falsa, pero es insólito prescindir de la auténtica. Francisco Gómez Manzanares no era un ciudadano normal. Ni tenía contratos de alquiler, ni línea telefónica, ni vehículo, ni tarjeta de crédito. Por descontado, tampoco tenía un perfil con su identidad real en ninguna red social: ni Facebook ni Instagram ni Twitter. No constaba en ningún lugar. No existía. Ricardo, que jamás había perseguido a un delincuente parecido, se preguntó qué clase de soledad rodearía al estafador.

Buscaban a un fantasma, pero en el relato de sus víctimas abundaban los lugares comunes. Es decir, se trataba de un hombre proclive a repetir estrategias que le resultaban útiles y a regresar a sitios conocidos en los que se sentía seguro. Por ahí los investigadores intuyeron que tenían otro cabo del que tirar después del fiasco del coche. Eso implicaba montar vigilancias y fiarlo todo a un golpe de suerte: que acudiera a uno de los puntos controlados durante las guardias. Para decidir por dónde comenzarlas, escogieron un restaurante chino que, según explicaban varias mujeres, le encantaba. Era el Palacio Mandarín.

Los policías acudieron al establecimiento y hablaron con los dueños. Traían una fotografía de Francisco y se la mostraron. Casi estuvieron a punto de acompañar con mímica la pregunta que hacían. «Este señor, el de la foto, ¿come aquí? ¿en estas mesas?» Los chinos negaron con la cabeza. No es algo infrecuente. A los occidentales les cuesta distinguir a los asiáticos, y a los asiáticos, a los occidentales. Daba igual. Tocaba «tronchar» el local. Durante semanas, por turnos, el grupo del cabo Ricardo merodeó de paisano por los aledaños del Palacio Mandarín por si aparecía un Audi A5. Guardias eternas que pasaron suspirando por un coche con el que acabaron soñando los catorce miembros de la unidad de investigación. Tedio entre bocatas, botellines de agua y bolsas de frutos secos. Francisco nunca apareció, a pesar de que se hicieron turnos que cubrieron todas las franjas: mañanas, tardes y fines de semana.

Sin autorización judicial para pinchazos telefónicos ni redes sociales que pudieran investigar por su cuenta, los policías estaban a

oscuras. Las semanas pasaban. También los meses. Cada vez quedaba más lejos la promesa a Esther y el cabo Ricardo había empezado a intuir que tendría que acabar dándole la razón al sargento Miquel. Identificarlo había sido solo la parte sencilla. Dedicar tantos esfuerzos a perseguir a un espectro implicaba desatender a otros vecinos de la zona que habían denunciado, sobre todo, robos en sus domicilios, un tema angustioso que disparaba la sensación de inseguridad. A eso se refería el sargento Miquel cuando me subrayó que el resto de unidades de investigación locales tendrían sus motivos para no emplearse a fondo con las estafas de Francisco.

Ricardo se consoló pensando que habría emigrado a pastos más verdes al saber que Esther había sumado otra denuncia contra él. Pero cuando la investigación de los Mossos estaba a punto de entrar en fase de hibernación a finales del invierno de 2017, saltó una alarma en la Dirección General de Tráfico: el Audi A5 había cambiado de dueño. Francisco acababa de venderlo a un concesionario de coches de lujo ubicado en el distrito de Les Corts, en Barcelona. Fueron a preguntar.

Al propietario del negocio de compraventa de coches no le hizo mucha gracia la visita del cabo Ricardo. Era un hombre de unos cincuenta años que vestía traje de comercial y que se puso tan a la defensiva como su cabello, peinado estratégicamente para burlar la deforestación capilar. Lo primero que hizo fue dejar claro que él se había limitado a cerrar una transacción legal, que su cliente tenía la documentación en regla del Audi A5 y que había abonado en metálico la diferencia que había con el coche que compró.

—¿Con el coche que compró? —preguntó Ricardo.

Francisco no había venido a vender su coche, aclaró el propietario, había venido a cambiarlo por otro, un BMW X6 de color plateado.

—¿Y a qué nombre está el coche nuevo?

El dueño respondió sin necesidad de consultar la documentación: al de su madre, traía una fotocopia de su DNI. Consciente de que eso no era ilegal pero tampoco del todo normal, el hombre comenzó a mostrarse más colaborativo. Explicó que la de Francisco no había sido una venta caliente, que había venido varias veces y había probado varios modelos. También se había interesado por modelos BMW Mini para su hermana. Añadió que Francisco siempre iba vestido con ropa oficial del F. C. Barcelona y que se presentó como un trabajador del

primer equipo de fútbol.

—¿Trabajador del Barça? —le cortó Ricardo, que descubrió así la última transformación del impostor.

El vendedor se encogió de hombros y describió a Francisco como un tipo más hablador de lo normal y, recordando un chisme que ya había olvidado, comentó que Francisco y Charly Rexach coincidieron, pero no se saludaron. Ricardo le miró sin entender nada. El comerciante se explicó mejor. Para cerrar la compra del BMW X6 había tenido que acompañar a Francisco a una oficina bancaria para ingresar el dinero y el estafador se había pasado ese trayecto vanagloriándose de su papel en el club blaugrana. Lo curioso es que Francisco no necesitaba jactarse de nada para adquirir ese coche, porque iba a pagarlo como un cliente normal. Sin embargo, tantos alardes estuvieron a punto de meterlo en un apuro. Al entrar al banco, se dieron de bruces con Charly Rexach, exjugador del Barça, número dos de Johan Cruyff y un prohombre del club. «Mira, Rexach, salúdalo», le espetó el vendedor, saturado de tanta palabrería. Pero Francisco se quedó tieso, fingió no haber oído nada y no haber visto a Rexach, a quien tenía a un par de metros. El propietario intuyó que era un farsante, pero no insistió porque lo único que a él le interesaba era cerrar la venta. Ricardo le preguntó si Francisco tenía que volver a firmar algo, pero el vendedor respondió que no.

—Pero ¿te dejó algún teléfono? —repreguntó.

El comerciante asintió.

—Pues llámale. Dile que ha entrado un Mini como el que buscaba su hermana... y si accede a venir no te preocupes, que lo estaremos esperando afuera.

El hombre sopló con fuerza, se alisó el traje, dio media vuelta y se metió dentro de un despacho con cristales de pecera en busca del teléfono fijo. Ricardo lo siguió a distancia. Sacó una carpeta con documentación, puso el dedo sobre una ficha y, con el auricular sobre la oreja, marcó un número. A través del cristal, devolvió la mirada al policía, que lo observaba expectante. A los pocos segundos, colgó el teléfono. Francisco no respondió. El hombre salió de la pecera e invitó al cabo a marcharse.

La visita al concesionario no había sido en vano. Impidió que el caso hibernara porque confirmaron que seguía en Barcelona, reveló que ahora fingía trabajar en el Barça y puso un nuevo coche en el

punto de mira: el BMW X6 de color plateado. El cabo reiteró las peticiones a los organismos de tráfico y contactó con el F. C. Barcelona para averiguar si les constaba que la nueva matrícula usara alguno de sus aparcamientos. Administraciones y club respondieron negativamente. Revisó por último los talleres de la ITV porque, según el vendedor, al coche le tocaba pasar la revisión mecánica pronto. Tampoco hubo suerte.

El grupo de Ricardo, escaso de convicción, trasladó las exasperantes vigilancias del Palacio Mandarín a la Ciutat Esportiva del F. C. Barcelona. Ahí había quedado también la primera vez con Esther y, si ahora decía trabajar para el club, tenía sentido que citara allí a nuevas víctimas.

La guardia del sábado 11 de marzo la hicieron Ricardo y otros dos agentes. Ricardo y un compañero esperaban en el interior de un coche y el tercer policía, de paisano, merodeaba por la zona de aparcamiento de la instalación del club blaugrana en Sant Joan Despí. Hacia el mediodía, cuando daban la jornada tan perdida como las quemadas junto al Palacio Mandarín, entró en el *parking* un todoterreno plateado. Era un BMW X6, que además se acercaba a la posición de Ricardo. Los policías contuvieron la respiración hasta que la ventanilla lateral del coche estuvo a su altura y vieron en su interior a un hombre con gafas Ray-Ban que hablaba por teléfono a través de un pinganillo. Era Francisco.

Los policías arrancaron el coche y comenzaron a seguirlo con el corazón acelerado. Avanzaron detrás del BMW X6 unos cuantos metros hasta que Francisco se arrimó a un hueco de la acera para terminar la conversación telefónica. Los policías pisaron el acelerador, cruzaron el coche para bloquear al BMW X6 y salieron impulsados por un golpe de adrenalina. «¡Policía!» Ricardo abrió la puerta, lo agarró por el brazo, lo sacó del vehículo y lo derribó al suelo para esposarlo. «¿Es usted Francisco Gómez Manzanares?», preguntó. Francisco, con el pinganillo en la oreja, le miró a través de las gafas de sol y se quedó mudo unas décimas de segundo, durante las que Ricardo no supo en qué estaba pensando. Después dijo: «Sí».

Ricardo lo esposó y se apartó unos metros dejando al estafador sentado sobre la acera, junto al todoterreno plateado, vigilado por los compañeros. Con la respiración entrecortada, llamó a su jefe.

El sargento Miquel sintió una punzada de orgullo. Lo admitiera o

no, tenía mucho que ver con una unidad de investigación pequeña y sometida a la cercanía gravitacional de Barcelona, acostumbrada a retirarse cada vez que un caso gordo estalla bajo su jurisdicción.

El calabozo

Minutos después de ser detenido, un coche logotipado recogió al estafador en la Ciutat Esportiva y lo trasladó en el asiento trasero hasta la comisaría de Sant Feliu de Llobregat. Detrás de la mampara y con las manos esposadas, Francisco tal vez tomó conciencia durante el trayecto de que la fuga que había iniciado en Burgos acababa de terminar. El vehículo rodeó la sede policial y se dirigió al acceso de la planta subterránea, donde se encuentra el área de custodia de detenidos. Conductor y copiloto apagaron el motor y salieron del coche. Los dos portazos inauguraron un silencio intenso. A los pocos minutos, regresaron, lo agarraron por el brazo y lo ayudaron a salir.

El área de custodia de detenidos constaba de tres espacios. En el primero lo cachearon, cada pierna por separado. Las manos subieron por el tronco, recorrieron los brazos y el cuello. Vaciaron los bolsillos y pusieron en una bolsa de plástico dos teléfonos móviles y el pinganillo, unas llaves, una cartera llena de efectivo pero sin tarjetas y las gafas de sol Ray-Ban modelo Aviator. Ricardo llegó en ese instante, revisó el interior de la bolsa de plástico y le informó de que sus pertenencias se quedarían guardadas en una de las taquillas. En el siguiente espacio pasó por un control de metales y le tomaron las huellas dactilares, escaneando su dedo índice. El programa informático que barre las bases de datos de todos los cuerpos policiales no tardó en dar con él: «Aquí está: Francisco Gómez Manzanares». Avanzaron hacia el último espacio. Ricardo comenzó a leerle los derechos mientras dos agentes de cuclillas le quitaban los cordones de las zapatillas y el cinturón del pantalón. Le explicó que tenía derecho a recibir la asistencia de un abogado, que tenía derecho a no declarar, que tenía derecho a hacer una llamada en presencia de los policías para informar de que había sido arrestado y dónde se encontraba. Francisco escuchó en silencio, dando a entender que no iba a declarar. El cabo le preguntó de nuevo si estaba seguro de que

tampoco quería llamar a nadie. Estaba seguro.

No había abierto la boca en ningún momento. Ni siquiera para pedir que le aflojaran las esposas. Nada. Lo cual era un engorro para un investigador que había estado horas imaginando cómo sería y que quería hablar con él. Así que mientras finalizaba el trámite de su ingreso en el calabozo, intentó tirarle de la lengua.

—Ahora te van a caer todas las denuncias en cascada, ¿eh, máquina?

Francisco esta vez reaccionó y levantó la vista del suelo para fijarla en el policía que minutos antes se le había echado encima en la Ciutat Esportiva. Un instante que hizo creer al cabo que había picado. No era así. El estafador apartó la vista de nuevo, sin mostrar ninguna emoción. El policía se dio por vencido. La puerta de los calabozos se abrió y el estafador entró en una celda equipada con un poyete de cemento sobre el que reposaba un colchón escuálido y una letrina en la esquina. Respiró la humedad de aquel sótano mal ventilado y notó el peso de la luz blanca sobre la coronilla.

Ricardo salió al aparcamiento a esperar la llegada de la grúa municipal, que arrastró el BMW X6 de color plateado hasta la comisaría. Antes de ponerse con el atestado, revisó a fondo el vehículo. En el maletero halló un neceser del Barça en el que guardaba un cepillo de dientes y una colonia, una mochila con una muda entera de ropa, balones y gorras del F. C. Barcelona y una caja de botellas de vino Corazón Loco, producidas por Andrés Iniesta. Al ver aquello, pensó que las herramientas que usaba para estafar parecían las de un vendedor de tres al cuarto.

Terminó el papeleo y, antes de marcharse a casa, sintió la necesidad de bajar a verlo por última vez. Preguntó si durante esas horas había dado algún problema o había pedido alguna cosa. Le respondieron que no. El policía lo observó atentamente, a través de los barrotes, y se dio cuenta de que no era como lo había imaginado durante esos seis meses. En un calabozo que huele como huelen los calabozos y alimentado por el *catering* de los reclusos —bollería industrial, bocatas y botellines de agua— el impostor estaba enjaulado junto a sí mismo. Ricardo pensó que ni siquiera era guapo, que tenía ojeras demasiado pronunciadas para su edad, que su pelo estaba teñido sin gracia y que había perdido en cuestión de horas el vigor del conductor del BMW X6 que hablaba por el pinganillo.

El domingo 12 de marzo, al mediodía, cuando Francisco llevaba más de veinticuatro horas encerrado en el calabozo, los barrotes de su celda se abrieron y un agente le informó de que iban a proceder a su traslado para dejarlo a disposición de la justicia. De nuevo esposado, agarrado del brazo, tomó asiento tras la mampara de otro coche patrulla. El viaje hasta el juzgado duró menos de un cuarto de hora. Del vehículo lo condujeron hasta las dependencias donde los arrestados esperan su turno para declarar ante el juez de guardia. Antes de subir a la sala de vistas, recibió la asistencia de un abogado del turno de oficio.

El letrado todavía recuerda bien que ese mediodía, en los calabozos judiciales, conoció a un cliente desorientado, tan retraído que apenas se comunicaba, que solo negaba con la cabeza cuando se le preguntaba cómo quería plantear una defensa que debían preparar en pocos minutos. Un pobre diablo de ojos ausentes que parecía arrastrar una depresión salvaje y estar cruzando en ese instante el valle de su enfermedad. El abogado trató de animarlo sin éxito y achacó aquel estado a que el arresto policial es un trámite duro que a menudo deja tocadas a muchas personas. Francisco ingresó en prisión provisional y durmió en la cárcel de Brians esa misma noche.

Lo sorprendente para el jurista sucedió días después, cuando se reencontró con él en el centro penitenciario catalán para ultimar el papeleo de su traslado a una prisión del País Vasco, donde cumpliría el resto de la condena que había interrumpido para fugarse a Cataluña. El cliente con el que topó ese día era un hombre seguro de sí mismo, que aguantaba la mirada y que incluso tenía un punto de chulería. Una transformación inversa a la que presenció el cabo Ricardo al observarlo abatido en su celda después de haberlo visto al volante del BMW X6.

Era como si el breve espacio de tiempo transcurrido entre la reunión del juzgado de Sant Feliu de Llobregat y la de la cárcel de Brians 2 hubiera bastado para reponerlo completamente del golpe que significó su arresto. Se había reseteado. El abogado abandonó la prisión contrariado. Y no pensó que en poco tiempo había estado frente a dos versiones contradictorias del mismo hombre, pensó que había defendido a dos hombres distintos.

El Francisco que escapó de la prisión de Burgos y campó a sus anchas por Cataluña durante dos años no era un estafador rehabilitado, era un estafador escarmentado. Mientras el primero no quiere regresar a una celda y no reincide para evitarlo, el segundo no quiere regresar a una celda y reincide con más cautela para evitarlo. Los errores del pasado enseñaron a Francisco que las posibilidades de mantenerse en libertad se multiplicaban si se centraba en engañar a víctimas ante las que se presentaba como un paracaidista del que nada sabían. La principal diferencia entre esta última etapa catalana y las anteriores es que Francisco aquí no se estableció en ninguna comunidad como había hecho en Vitoria, Barcelona, Ourense y, sobre todo, Soraluze o Zaragoza. Aquí se convirtió en un depredador experimentado que abandonaba la itinerancia solo para morder, que entraba y salía de las vidas de mujeres enamoradas que nunca sospecharon que cuando no lo veían estaba con las otras. Por eso en esta última vida de David, Francisco se convirtió en el «estafador de mujeres». Porque solo estafó a mujeres. Hasta entonces había embaucado a cualquier ser humano. A partir de 2015, presionado por las circunstancias y animado por las aplicaciones de citas, limitó el perfil de sus objetivos a solteras y concentró su estrategia en la seducción.

Contó para ello con la desgana de las autoridades que no se inmutaron cuando saltó la alarma de su quebrantamiento de condena en Burgos. Habría podido cambiar las cosas que las audiencias provinciales de Zaragoza o San Sebastián —cuyas sentencias no habían sido satisfechas— ordenaran a los cuerpos policiales esmerarse en dar con él. O que la Policía Nacional o la Guardia Civil, al recibir la orden de búsqueda y captura, se interesaran más por el asunto. Algunas víctimas de este último período catalán llegaron a identificarlo en una comisaría de los Mossos d'Esquadra pocos meses después de fugarse. Tampoco la policía catalana o los juzgados que recibieron las denuncias, a pesar de saber que un tipo con ese historial y huido de la cárcel corría por Cataluña, se alarmaron. Un síntoma evidente de un contexto social que no comprendía el alcance real de las lesiones que causaba. También de la descoordinación entre cuerpos policiales y, sobre todo, entre los cuerpos policiales y el sistema judicial. Por culpa de la desidia, o a causa de la sobrecarga de trabajo,

las autoridades dieron dos años de margen al estafador y este los invirtió provechosamente en llevar a cabo una cacería de mujeres que, en muchos casos, además de ruinas económicas, sufrieron graves daños psicológicos. Y no se detuvo hasta que al cabo Ricardo se le puso entre ceja y ceja encontrarlo.

Le pregunté muchas veces al policía por qué se obsesionó con este caso. Ricardo aguantó con paciencia los diversos interrogatorios a los que le sometí sin terminar de comprender qué estaba buscando exactamente ni por qué las respuestas que daba me sabían a poco.

Lo que yo buscaba era saber qué motivos, si los había, habían activado en Ricardo el factor humano que siempre marca la diferencia, el que provoca que un estafador al que han denunciado en comisarías de media España sea capturado por una unidad de investigación de la periferia de Barcelona y por la estafa más insignificante que ha cometido, los 840 euros de los viajes a Canarias y a Donostia con Esther. El resto de denuncias recogidas por los Mossos eran todas más graves, pero no activaron ninguna búsqueda. Quizás yo buscara demasiado y al preguntar una y otra vez a Ricardo acabé provocando respuestas demasiado dispares. O quizás en la suma de todas esas conversaciones, que terminaron incluyendo por qué se hizo agente de los Mossos d'Esquadra, por qué le gustaba observar a las personas o por qué se identificó con el dolor de Esther, está la respuesta que ansiaba.

En 2004, a punto de cumplir los treinta, Ricardo conducía un taxi por una Barcelona infestada de anuncios sobre las oposiciones al cuerpo de Mossos d'Esquadra: se buscaban hombres y mujeres dispuestos a ser policías para desplegar el cuerpo por todo el territorio catalán. Después de ocho años trasladando a ciudadanos de un rincón a otro de la ciudad, hablando con ellos a través de un espejo retrovisor rectangular, aceptó que estaba cansado de trabajar de taxista y siguió las instrucciones de aquella publicidad institucional. Se inscribió a las siguientes oposiciones y aprobó. Al ingresar en el Institut de Seguretat Pública de Catalunya (ISPC) de Mollet del Vallès para comenzar los nueve meses de formación para ser agente de los Mossos d'Esquadra, se dio cuenta de que ya no necesitaba preguntarse si había sido o no una buena idea estudiar aquellos módulos de electrónica, o haber rehusado ir a la universidad a cursar óptica, o haber perdido el tiempo en el servicio militar, o haber dejado escapar tantos años esperando la

luz verde de los semáforos de la Gran Via de les Corts Catalanes. Las dudas retroactivas que rondaban siempre, tomara la decisión profesional que tomara, desaparecieron porque notó que estaba justo donde debía estar. Casi un año después, se puso por primera vez el uniforme y lanzó la gorra al aire como graduado de la promoción de 2005.

Para hacer el año de prácticas antes de ser policía a todos los efectos, la mayoría de sus compañeros eligieron un lugar rural y tranquilo para aprender sin meterse en follones. Ricardo, quizás porque había llegado tarde al cuerpo, buscaba un lugar metropolitano y agitado para aprender sin esquivar ningún follón. Escogió l'Hospitalet de Llobregat, porque pocos destinos garantizaban guardias más intensas. Los flujos migratorios de la globalización estaban diluyendo el primer éxodo del sur de España que anidó en la ciudad hacía más de medio siglo y generando un nuevo conglomerado social que añadía capas de extracción sudamericana y magrebí. Un hormiguero del que emergían lenguas y culturas desconocidas, también conflictos nuevos, estimulantes para policías en busca de experiencia.

También escogió l'Hospitalet porque en la escuela había corrido el rumor de que convenía evitar Barcelona a toda costa, una ciudad sumida en el caos del despliegue. En 2005, el Govern de la Generalitat afrontaba el capítulo más delicado de la implantación de los Mossos: tomar el control de la capital después de casi dos siglos de tutela de la Policía Nacional —o bajo los múltiples nombres con los que regímenes distintos se habían referido al organismo estatal encargado de la seguridad en las grandes ciudades españolas y que el PSOE refundó como Cuerpo Nacional de Policía, una acción destinada a apartarlo del franquismo que no bastó para impedir que muchos barceloneses siguieran viendo en la jefatura de la Via Laietana la vieja sede de la Brigada Político-Social franquista, un agujero negro de torturas salvajes que sufrieron comunistas, anarquistas, separatistas o simples universitarios durante la dictadura—. Aunque Franco llevara casi treinta años en su tumba y los funcionarios de la Policía Nacional tuvieran poco o nada que ver con sus predecesores, se admitiera o no públicamente, la sombra del caudillo planeaba sobre aquel despliegue de los Mossos en la capital de Cataluña. Como lo hacía la necesidad de la Generalitat de dotarse de un cuerpo propio y mostrar que sus

agentes no solo iban a hablar en catalán sino que, por encima de todo, iban a ser diferentes, ignorando que a veces a los policías les toca hacer cosas impopulares. En ese contexto, no resulta difícil creer que el traspaso de historiales delictivos entre un cuerpo y otro fuera deficiente. El mayor Josep Lluís Trapero, que construyó piedra a piedra los servicios de investigación de los Mossos, tuvo que ordenar a varios agentes que se hicieran con los pósteres públicos de las caras de criminales y terroristas más buscados que colgaban en las comisarías de la Policía Nacional para procurarse un primer archivo. Muchos delincuentes, como Francisco, aplaudieron con las orejas el despliegue: de la noche a la mañana pasaron de ser sospechosos habituales a completos desconocidos. Un cóctel insalubre de sombras del pasado, de aspiraciones nacionales, de políticos inseguros y de un relevo sin información que los Mossos tuvieron que beberse bajo la lupa de ciudadanos que los miraban con el mismo desdén: gandules sin vocación, sospechosos de buscar la confortabilidad de la plaza de un funcionario. Había que evitar Barcelona a toda costa.

Ricardo debutó como agente de seguridad ciudadana en l'Hospitalet y, al acabar las prácticas, entró en la unidad de investigación. Tal vez tardara demasiado tiempo en percatarse de que podía ser policía, pero enseguida supo que quería ser investigador: observar a las personas era la parte que más le gustaba de su trabajo. Vestido de paisano, se estrenó persiguiendo a rateros de poca monta, aprendiendo en los chaflanes el oficio de ver sin ser visto, a armarse de paciencia en vigilancias que podían durar turnos enteros. En 2009, ascendió a cabo como responsable de robos violentos en la comisaría de Gavà. El mismo encargo que desempeñó cuando fue trasladado al distrito del Eixample de Barcelona, donde recaló tras una breve estancia en Badalona que ocupó casi enteramente en grabar con una videocámara y de incógnito pases de droga protagonizados por la infantería del clan de los Manolos. Tanto en Gavà como en el Eixample, sepultado por las denuncias de ciudadanos que afirmaban haber sido asaltados por ladrones que daban tirones o que sacaban la navaja para pedir la cartera, Ricardo descubrió algo: era bueno detectando mentiras.

Las cifras de robos violentos en aquellas comisarías, sobre todo en la de la plaza de Espanya de Barcelona, eran muy malas. Semanalmente se denunciaban cincuenta robos violentos en el

Eixample de los que, por más empeño que pusiera el grupo de Ricardo, se resolvían menos de diez. Su trabajo era desesperantemente anodino: tomar declaraciones a las víctimas y mostrarles fotografías de carteristas reincidentes que no capturaban en el tiempo restante. Ricardo se propuso hacer algo para revertir aquella dinámica deprimente: averiguar cuántas de aquellas denuncias eran falsas. Releía las declaraciones y cuando alguna olía a relato ficcionado citaba de nuevo al denunciante. Frente a frente, con la denuncia en la mano, a Ricardo le bastaban unas pocas preguntas para lograr que el denunciante que había mentido confesara. Afloró una cifra nada despreciable de personas que habían recurrido al embuste para cobrar el seguro. Las empresas cubrían los materiales que habían sido robados violentamente, pero no los que habían sido hurtados, sustraídos aprovechando un descuido del dueño. Aquello había empujado a los ciudadanos a acudir a las comisarías a convertir los hurtos que habían sufrido en robos violentos que no se habían producido. Una montaña de casos falsos que condenaban a los policías a perseguir ladrones que no existían.

El cabo que recogió la denuncia a Esther y se encarnizó con detener a Francisco era un policía de vocación tardía, un investigador con pasado de taxista al que le gustaba observar a las personas y que era bueno detectando cuándo mentían. También era un hombre divorciado.

Meses después de separarse, el entorno de Ricardo comenzó a preguntarle si había rehecho su vida. Y ya no dejó de hacerlo. Con el tiempo, el cabo se dio cuenta de que su entorno lo que en realidad estaba preguntando era si volvía a tener pareja. Como si dejar de estar solo y rehacer su vida fueran la misma cosa, y la segunda sin la primera resultara inconcebible. Cuando conoció a Esther, una mujer divorciada que había intentado rehacer su vida y había caído en manos de un hombre que se aprovechaba de la presión social que atosiga a los solteros, y sobre todo a las solteras, se identificó con ella. Vio enseguida que ella no mentía.

Ricardo me explicó que había llegado a la conclusión de que Francisco era bueno seduciendo porque era hábil eligiendo a las mujeres que querían ser seducidas. Sus víctimas eran fuertes, casi todas con estudios superiores y trabajos de responsabilidad. Algunas muy guapas. Pero estaban solas y estaban cansadas de estar solas.

Francisco espiaba sus perfiles por Facebook o Instagram antes de lanzarse, buscando casaderas de más de cuarenta años, consciente de que la presión social haría el resto del trabajo.

Entre sus víctimas más recientes también había solteras que querían ser madres y que, hartas de buscar pareja, lo habían intentado en solitario acudiendo a clínicas de reproducción asistida, en las que habían encontrado un fracaso sin paliativos que las había asomado al abismo de la depresión. Porque fracasar en un centro de fertilidad había significado someterse a tratamientos hormonales que desencadenaron tormentas de una pena infinita y acabar descubriendo en su ropa interior que la regla, tras días de rezos con la mano sobre el vientre, había bajado, ignorando sus esperanzas. Un mensajero brutal y sangriento del desconsuelo que las devolvía a la realidad de una vida de acoso ambiental por no haber creado una familia, del apremio interno de un reloj biológico incrustado en los ovarios. Su entorno se emparejaba y se reproducía. Ellas solo envejecían. Envenenadas por un instinto maternal al que no podían silenciar, comenzaban a confundir el deseo de tener hijos con la necesidad de escapar del desgaste de no poder tenerlos. Y cuando ya ni siquiera podían distinguir de cuál de las dos causas nacía su tristeza, Francisco les decía que su pesadilla había terminado. «No te preocupes, ya no necesitas ninguna clínica de fertilidad. Ahora estás conmigo.» Frente a ellas simulaba la mayoría de llamadas a su madre, a su hermana modelo y a la hija de esta, su sobrina, la niña de sus ojos. Todas conversaciones inventadas que usaba para presentarse como un hombre cariñoso en busca de una familia. Con ellas también eligió nombres para los hijos que nunca tendrían. Y mantuvo relaciones sexuales sin anticonceptivos. No porque quisiera dejarlas embarazadas, sino porque le daba igual el futuro de mujeres de las que había planeado fugarse. Tampoco me consta que lo lograra en ningún caso. A las que querían ser madres, Francisco les sacó más dinero que al resto. También les dejó más secuelas.

Casi todos mentimos, aunque la mayoría lo hacemos jugando con los silencios, explicándonos a medias, dando a entender cosas que no llegamos a verbalizar del todo, dejando a los demás un espacio para que sobreentiendan que somos más importantes de lo que somos. Francisco va mucho más lejos. Él confecciona trolas con propósitos más infames, pero, como decía el cabo Ricardo, también necesita eso:

alguien que quiera creer.

Tercera parte

7

Vitoria

La infancia

El juez de la horca

El abogado Federico Saracíbar tomó el relevo de todas las defensas de oficio que se activaron con cada una de las denuncias que Francisco cosechó en Barcelona. En el despacho que tiene en el centro de Vitoria comenzó el segundo viaje que hice a la capital alavesa en busca de más información acerca de quién era el estafador, de qué lo había convertido en lo que era. Otro intento que inicié casi por impulso y sin un buen plan.

Al saber de mi presencia a través de su secretaria, Saracíbar me dejó en reposo un rato largo en la sala de espera. Después, tal vez porque no le gustaba la idea de tener a un periodista mezclado con sus clientes, aceptó recibirme. Detrás de una mesa imponente y sentado junto a un ventanal contra el que golpeaba la lluvia, me preguntó qué quería. Era un hombre de voz y modales finos, que me observaba con curiosidad. Me sentí convincente al exponer las razones que me habían traído desde Barcelona y lo decisiva que podía ser su colaboración para profundizar en el caso del estafador. Me dejó hablar tanto que tuve tiempo de felicitarme por la audacia de hacer seiscientos kilómetros sin haber pedido cita. Pero al terminar mi discurso, Saracíbar me informó de que ya no era el abogado de Francisco. Educadamente, me dejó claro que no iba a compartir información conmigo acerca de un cliente al que ya no representaba.

Oírlo me sentó como una patada en la entrepierna y debió de notarlo. Quizás por eso, antes de que saliera de su despacho, me lanzó un cable inesperado: me propuso llamar a Olga Rodríguez, una colega con la que se había cruzado hacía poco y con la que había charlado casi por accidente de Francisco. «Fue la primera abogada que lo defendió», añadió.

Olga Rodríguez no solo había sido la primera abogada de Francisco, también había sido una de las mejores amigas de una de sus hermanas, la bella Ramitos. Aceptó defenderlo la primera vez que se metió en problemas porque para ella Francisco seguía siendo Paquito y porque, por encima de todo, seguía siendo el hermano de su amiga. Fue un caso que, además, ganó. El único juicio que Francisco no ha perdido. Lo que me contó Olga telefónicamente no estaba escrito en ningún documento y sucedió a principios de los noventa. Todas las condenas que había hallado en la Audiencia de Vitoria —por enredar en talleres mecánicos, engañar a pasteleros, prometer trabajos inexistentes o minicadenas andorranas— pertenecen a juicios posteriores al que vivió junto a Olga. En la sesión que afrontó esta letrada por cariño a la familia Gómez Manzanares o por nostalgia de su infancia, Francisco supo qué era sentarse en un banquillo de acusados. Olga guarda un recuerdo nítido de aquella causa, casi treinta años después.

—Fue por un delito que cometió al entrar de empleado en la empresa de paquetería SEUR. Algunos clientes comenzaron a recibir pedidos incompletos que habían pasado por las manos de Francisco. Eran envíos de dinero en efectivo. Lo curioso es que los paquetes estaban precintados y, aunque todos sabían que había sido él, nadie supo exactamente cómo había podido coger el dinero. Nos tocó un juez muy severo. Lo llamábamos «el juez de la horca». Era un hombre que había suspendido varias veces las oposiciones a fiscal, pero había acabado aprobando las de juez. Un togado con alma de acusador. No pudo condenar a Francisco. La empresa SEUR no se personó en la causa y la fiscalía retiró los cargos porque aceptó que faltaban pruebas para demostrar cómo había manipulado los paquetes. Aún recuerdo las palabras del juez de la horca: «Lo absuelvo en virtud del principio acusatorio, pero sé que usted es culpable».

A la joven Olga, el desenlace del primer juicio de Paquito le dio una alegría porque estaba convencida de su inocencia. No tardó en

cambiar de opinión. En cuanto le pasó la factura. Dada la relación de amistad, le cobró una parte minúscula de sus honorarios, pero ni eso estuvo dispuesto a pagar. Harta de esperar a que se dignara a saldar la deuda, acabó reclamándole el dinero. Francisco respondió ofendido que hacía meses que había pasado por su casa a pagar la factura. Según su versión, había traído el dinero en un sobre que había entregado en mano a la mujer de la limpieza. Una versión que desmintió la empleada, que negó haber recibido ningún sobre y menos haberse quedado ella con ese dinero, tal como insinuaba Francisco. Esa misma tarde, Olga lo hizo venir a casa, a dar la cara. Se presentó acompañado de su hermano mayor. Paquito, mirando a los ojos a la pobre limpiadora, la acusó sin remilgos: «No mientas, no digas que no vine y te di a ti el dinero en mano». La mujer se echó a llorar. La letrada tuvo que interrumpir aquello y dejar que se fuera en circunstancias similares a las que habían ofendido al juez de la horca: sabiendo que mentía.

—¿El de SEUR fue el primer delito?

—Fue el primero que acabó en un juzgado. Llevaba tiempo enredando, desde que salió del Samaniego. Salía de un lío y se metía en el siguiente. ¿Sabes que de adolescente engañó a sus suegros?

—¿Tuvo una novia formal?

—Cuando pegó el estirón dejó de ser un chico obeso y se convirtió en un joven espigado de ojos azules. Se echó novia enseguida, una joven de Vitoria. Se metió a sus suegros en el bolsillo. Los invitaba a comer y les pagó un viaje a los cuatro. El yerno ideal, hasta que el padre de la chica descubrió que Paquito le había robado un talonario y había estado pagando con su dinero.

Olga hablaba rápido y me interesaba cada palabra. Tan concentrado estaba en tomar nota que apenas hice preguntas. Aunque admito que algunos de los diálogos que aparecen aquí podrían no ajustarse a la literalidad de lo que decía porque no tuve tiempo de anotarlo todo, la conversación reproducida sí es fiel a su contenido, que acabó sobrevolando la historia de su antigua amiga, Ramitos. Y el recuerdo que guardaba Olga de los padres de Francisco.

—Era una familia con muchos problemas. Muchos. La madre era un cielo, pero el padre era malo como un tizón. Y Paquito se crio con él. Uno de sus hermanos me contó hace años que terminó detenido por abusos sexuales a menores.

—¿Su padre? ¿Por abusos a menores?
—Eso me dijo.
—Pero ¿existen pruebas de esa detención?
—No tengo ni idea.

El abandono

No era ningún secreto para el vecindario de Vitoria que vio crecer a Francisco a finales de los setenta que este nació años después de que una enfermedad psicológica feroz consumiera a su madre. Tampoco que esa patología mantenía a la mujer casi siempre encerrada en el frenopático de Las Nieves. Ambas cosas, sumadas al hecho de que Francisco había nacido a más de diez años de distancia del quinto hijo que engendraron el ama de casa y el panadero, dio pábulo a rumores crueles que corrieron por las escaleras de vecinos y que especulaban acerca de cómo había sido concebido Paquito. No existe ni una sola prueba de estas habladurías. De lo que sí hay recuerdos compartidos es de que Paquito y su hermana Ramitos —once años mayor que él— eran como dos gotas de agua. Y de que la chica, muy a su pesar, tuvo que comportarse como su madre durante los primeros años de vida de Paquito.

Su padre la sacó de la escuela a la fuerza cuando todavía era una niña para que cuidara del pequeño y atendiera el resto de labores del hogar: limpiar, cocinar y sostener las paredes de una casa que se caía a pedazos y de la que los hermanos mayores huían en cuanto podían. Fue casi un arresto domiciliario que interrumpió la vida que habría podido tener Ramitos. Sus amigas, entre las que se encontraba la futura abogada de Francisco, Olga Rodríguez, no aceptaron que Ramitos dejara la pandilla de forma tan repentina, que se hubiera evaporado del día a la noche, y acudieron a menudo a buscarla. Pero cada vez que llamaban al timbre y se abría la puerta se recortaba a contraluz la figura hostil de un hombre serio que respondía que la chica tenía faena y que no podía salir a jugar.

De niña, Ramitos era muy guapa. Pero al crecer se convirtió en una mujer que cortaba la respiración. Cuando todavía era una adolescente, terminó huyendo de aquella morada triste y buscando un

futuro que solo supo encontrar en clubes que le pagaban por quitarse la ropa. Como el de la calle de Santiago, a las afueras de la ciudad, a donde los mismos jóvenes del barrio que habían rondado a la muchacha tiempo atrás acudían a contemplarla desnuda por el precio de una consumición y sin preguntarse por qué bailaba. Emprendió un viaje a ninguna parte acompañada del alcohol. Murió el 12 de agosto de 2012, cerca de Bilbao. La noticia está recogida en una esquela que pasó desapercibida en Vitoria porque ya hacía más de treinta años que la bella Ramitos se había marchado sin dejar rastro.

Francisco era demasiado pequeño para entender qué había pasado con su hermana. Pero no para olvidarla. Con la huida de Ramitos, se quedó en manos de un padre ausente. Los vecinos lo describen como un niño solitario, apocado y obeso, que pasaba demasiadas horas solo en la calle y que echaba de menos a su madre.

Así lo recordaba también Olga. O Carlos, un hombre que había crecido en la misma calle que Francisco y que lo conocía bien. Di con él a través de uno de los negocios estafados a finales de los noventa. Me llamó por teléfono cuando creí que ya no lo haría. Carlos no estaba de acuerdo con la versión «incompleta» que los periodistas daban sobre su antiguo vecino. Quise dejar claro que no era fácil completarla.

—Se centra todo en sus estafas, pero nunca se explica por qué es como es.

—Me han dicho que lo conociste bien de pequeño.

—Éramos vecinos. Yo era amigo de uno de sus hermanos, el penúltimo. Pero no quiero que pongas mi nombre bajo ningún concepto.

—No te preocupes. No eres el único que exige anonimato. ¿Qué nombre quieres?

—Me da igual.

—¿Carlos?

—Carlos.

—Creía que ya no llamarías.

—A ver si sirve de algo.

—Que sepas que he intentado averiguar cuanto he podido sobre la infancia y adolescencia de Francisco. Pero solo he reunido piezas mal conectadas que apuntan a que fue un niño criado dentro de una familia numerosa y humilde.

—¿Humilde? —repitió Carlos en tono irónico.

—Sé por qué lo dices. He hablado con la abogada que defendió a Francisco la primera vez que se metió en problemas. Lo interesante es que esta primera letrada aceptó aquel caso porque había sido muy amiga de una de las hermanas de Francisco. Guarda una memoria exactísima de toda la familia. Aunque no he tenido modo de confirmar lo que cuenta. Y son cosas muy duras, la verdad. Por eso me alegra tanto que hayas decidido llamarme.

—¿De qué hermana era amiga?

—De Ramitos.

—¿De Ramitos? —repreguntó como si acabara de responder lo que esperaba.

—Eso dijo.

—Entonces entiendo que te parecieran duras las cosas que te contó. Pero son verdad. Yo vi bailar desnuda a Ramitos. Éramos unos chavales, pero sabíamos dónde actuaba e íbamos a mirarla.

—¿Por qué crees tú que Francisco es como es?

—Porque no tiene remordimientos. Nadie los tuvo con él. Su concepción del bien y del mal es distinta a la nuestra. Es una víctima de sus circunstancias que decidió inventarse un mundo de fantasía y que al final se le fue de las manos.

—¿Su padre lo maltrató? —pregunté con las palabras de Olga Rodríguez «era malo como un tizón» y «detenido por abusos sexuales a menores» retumbando en la cabeza.

—Del panadero se decían cosas raras. Pero no puedo decir que lo maltratara porque lo desconozco. No puedo contarte más.

Sobre los supuestos abusos sexuales a menores, pregunté al Cuerpo Nacional de Policía y a la Ertzaintza. Ambas búsquedas fueron negativas. No constaba la detención del padre de Francisco. Tampoco hallé ninguna sentencia contra él. Quizás porque el caso no llegó a juicio. Quizás porque no era verdad que fue arrestado por abusos. Si había ocurrido, no fui capaz de encontrar documentos que lo demostraran. Sí di con otra persona que contaba lo mismo que Olga Rodríguez: la dueña de un negocio de alimentación al que tanto Francisco como su padre acudían casi a diario. Esta vendedora, que ya había traspasado la tienda de ultramarinos, no hablaba bien de su padre, porque lo sufrió durante años. Tanto que acabó prohibiéndole la entrada en el establecimiento cansada de padecer hurtos y de

aguantar sus triquiñuelas. Lo declaró *persona non grata* el día que lo descubrió con una lata de espárragos escondida en el bolsillo.

Paquito también rondaba a la vendedora y trataba de engatusarla con trucos similares. «Que me llevo esto y luego paso y te lo pago... Siempre andaba contando historias, muy persuasivo, poniendo caritas para liarte... Al final, aunque sabía que no iba a pagarlo, dejaba que se saliera con la suya porque Paquito sí me daba pena.» Como Carlos y como Olga, ella lo describe como un chico que, a diferencia del resto que andaban con la pandilla, siempre iba solo, arrastrando a su paso miradas vecinales que se preguntaban qué habría visto Paquito en el interior de aquella casa, qué habría vivido dentro de una familia descompuesta, junto a un padre al que los comercios del barrio atendían —los que lo atendían— con una mano sobre la caja registradora.

Sin que le preguntara acerca de los abusos, la mujer sacó el tema. Según recordaba, fue arrestado en su domicilio por la Ertzaintza. «La noticia salió en la edición de Vitoria de *El Correo Vasco*. Fue muy comentado en el vecindario, al parecer engatusaba a menores de edad a cambio de regalos o de dinero y abusaba de ellos en el trastero que había en la parte superior de la finca.»

En la hemeroteca de *El Correo Vasco* tampoco supe encontrar la noticia de la que hablaba la vendedora, que no recordaba una fecha aproximada, ni siquiera un año, de cuándo se publicó. Si se publicó.

La visita

Solo localicé a uno de los cuatro hermanos de Francisco que siguen vivos. Solicité hablar con todos, aunque ni siquiera puedo estar seguro de que llegaran a recibir tales peticiones. Me pareció más correcto tratar de dar con ellos que llamar al timbre de la casa familiar de Vitoria en la que, al parecer, seguía viviendo el padre. El hermano que encontré tenía una pequeña empresa que se anunciaba en internet facilitando una dirección postal y un teléfono fijo. Medité llamar pero lo descarté. Intuí que colgaría enseguida. Pensé que había más opciones de que hablara conmigo si se lo pedía cara a cara.

Vivía en un complejo residencial, a las afueras de Vitoria, un

laberinto de cincuenta casas. Aparqué junto a la suya, salí del coche y comenzó a llover. Me acerqué a la puerta del jardín, protegido por una valla. Toqué el timbre exterior. Por una ventana de la planta superior asomó un hombre de unos sesenta años que se parecía a Francisco. Mucho. Me preguntó qué quería. Le respondí quién era. Se enfadó.

—Mira, yo a él no lo conozco.

—Usted es su hermano.

—Sí, pero no lo conozco. No te voy a poder decir nada. Él y yo nunca vivimos juntos.

—Si quiere hablamos sin que su nombre conste.

—Es que no sé nada. Lo siento.

—Insisto porque necesito contrastar algunas cosas que me han contado sobre Francisco.

—Lo siento.

—Serán solo cinco minutos.

—Es que no puedo ayudarte.

En ese instante, la lluvia arreció. La cortina de agua casi hacía imposible mantener los ojos abiertos y sostener la vista alzada hacia la ventana desde la que voceaba el hermano de Francisco.

—¿Puede abrirme y al menos terminamos de hablar a cubierto?

El hermano frunció el ceño identificando aquella petición como lo que era: una trampa. Se metió en el interior de la casa y reapareció por la puerta principal para abrir automáticamente la puerta del jardín. No me invitó a entrar. Lo que hizo fue acompañarme hasta a un porche lateral. El diálogo que sigue presenta un aspecto más cuidado que la conversación que mantuvimos los dos que, a pesar de su amabilidad, fue abrupta y desorganizada. Al regresar al coche, a salvo del chaparrón, grabé una nota de audio para no olvidar nada.

—Mi padre era panadero. En una panadería que se llamaba Gorbea. El chico, como dices, estudió en el colegio Samaniego. Pero lo dejó a los catorce o quince años y enseguida comenzó a meterse en problemas.

—¿En SEUR?

—En SEUR tuvo el primer trabajo. Se ve que faltó dinero. Lo llevaron al psicólogo, pero sirvió de poco. Tendríamos que haber hecho algo entonces, tratar de enderezarlo.

—¿Por qué decía que no había vivido con él?

—Porque cuando nació yo ya me había marchado de casa. Mi

padre entonces tenía cuarenta y cinco años y mi madre ya estaba muy delicada de salud. Este chico solo ha traído desgracias. A todo el mundo le gustaría que le preguntaran por su hermano porque es famoso por algún buen motivo, porque se ha convertido en un artista o en un futbolista. Pero no por esto. Este tema ha sido muy duro para todos. Es una patada a toda la familia. No queremos que nuestras parejas o nuestros hijos, que ni siquiera lo conocen porque no lo han visto jamás, tengan que sufrirlo.

—¿Solo ha traído desgracias?

—Su vida entera es una mentira. Siempre mentiras. Siempre fantaseando. Que si mis padres eran millonarios, que si tenían mansiones. Mis padres son muy humildes, no tenían nada.

—¿Crees que podrá rehabilitarse?

—Eso creíamos cuando salió de la cárcel la última vez, que iba a cambiar, que estaba rehabilitado y que había aprendido la lección. Le quedaba poco para cumplir la condena, tenía el tercer grado y había encontrado un trabajo [en Burgos] de panadero, curiosamente igual que mi padre. Pensamos que ya estaba. Pero, de repente, desapareció. Otra vez. Nos sentimos frustrados y engañados. Lo siguiente que supimos fue que lo habían arrestado de nuevo en Barcelona y que había vuelto a estafar a varias personas. Con cuarenta y cinco años ya no va a cambiar. Una persona ya no cambia a esa edad.

—¿Le preguntasteis por qué había huido a Barcelona?

—Dijo que había vuelto a las andadas porque lo trataron muy mal, que el director de la prisión de Burgos lo puteaba. Hablé con una trabajadora social. Creí en lo que decía, pero supongo que también sería mentira. Se ha pasado más de diez años de su vida en la cárcel. O huyendo de la policía. Algún problema tiene en su cabeza. No es normal. Se va a perder toda la vida. Tendrían que hacerle un estudio, tratarlo los psiquiatras, intervenir sobre las fantasías que tiene.

—¿Podrías preguntarle si quiere hablar conmigo?

—No querrá.

—¿Vuestro padre tuvo problemas con la justicia?

—Mi padre no ha hecho nada. Mi madre está en silla de ruedas. Está en un psiquiátrico. Y mi padre tiene noventa años. Ahora ya no quiere saber nada de él, pero sigue siendo su hijo y de vez en cuando va a verlo a la cárcel. Y si me pide que lo acompañe, pues voy también y le llevamos ropa. Mis hermanas, sobre todo una, está más pendiente.

—¿Vuestro padre no fue denunciado por algún delito? —Ni en esta segunda ocasión tuve el valor de preguntarle directamente por los supuestos abusos a menores.

—A mí no me consta que mi padre haya hecho nada. Aunque la vida de una persona es muy larga —añadió de un modo enigmático.

—¿Por qué Francisco hace tanto daño a sus víctimas?

El hermano me miró y, supongo que para lograr que me fuera de una vez de su casa, no lo defendió.

—Es un cabrón. Pero no puedo decirte nada más porque sabes más cosas tú que yo.

La entrevista

Hacer un libro sobre el estafador sin entrevistar al estafador no tenía mucho sentido. Ninguno. Tenía que preguntarle a él sobre todo lo que había pasado. Pero seguía encerrado en prisión y no había modo alguno de llegar hasta él a menos que me incluyera como una de sus visitas. Algo que no iba a hacer. Desde el diario, y con el sello de *El Periódico*, le envié varias cartas por correo para preguntarle si aceptaría una entrevista. Nunca respondió. A través de su actual abogado, Ibon Infante, que tomó el relevo de Saracíbar, abandoné la vía epistolar y probé una segunda manera de contactarlo. Escribí cinco preguntas que mandé por correo a Infante y que este aceptó leer de mi parte a Francisco durante uno de sus encuentros mensuales en la cárcel de Nanclares de la Oca (Álava). Eran estas:

1. ¿Hay algo de lo que se ha publicado que no se ajuste a la verdad y desearías aclarar?
2. ¿Hay algún denunciante que no haya relatado los hechos por los que has sido condenado tal y como sucedieron?
3. ¿Por qué decidiste fingir que eras policía, piloto de avión, de Fórmula 1, miembro de Salvamento Marítimo o del F. C. Barcelona?
4. Todas las personas estafadas, sobre todo las mujeres, dicen que si pudieran preguntarte algo sería que por qué lo hiciste. ¿Qué

responderías?

5. ¿Por qué no quieres hablar con periodistas?

Francisco rechazó responderlas y añadió que no entendía esa insistencia después de las cartas: si las había ignorado era porque no tenía ningún interés en comunicarse conmigo. Infante, que al principio se había mostrado esquivo cada vez que lo llamaba al despacho, acabó sintiendo curiosidad por el pasado de su cliente. Sus respuestas al teléfono pasaron de ser monosilábicas a formar parte de una conversación en la que el abogado también hacía preguntas. Un día me animé a explicarle que dos personas de Vitoria, que no se conocían entre ellas, me habían contado por separado que el padre de Francisco fue arrestado por abusos sexuales tiempo atrás. Le dejé caer que podía ser algo relevante en la vida de su cliente, algo acerca de lo que este querría opinar. O desmentirlo, por lo menos. Infante accedió a preguntárselo. El letrado me comunicó a través de un correo que tampoco en esa ocasión el estafador había querido abrir la boca.

El Francisco con el que se encontraba cada mes Infante era un hombre «cordial», «amable» y «simpático». Un tipo que parecía estar en sus cabales, que creía que había sufrido condenas demasiado severas porque había pasado más años a la sombra que un asesino y que daba la impresión, y esto era solo un juicio de su abogado, de llevar tal acumulación de noches de celda entre pecho y espalda que había perdido las ganas de estafar.

Fue el propio Infante, posiblemente agotado ante mi terquedad, quien me sugirió poco antes de cerrar este libro que le escribiera una última carta transmitiéndole de nuevo las preguntas que quería hacerle y el motivo por el cual yo creía que era importante que las respondiera. Me pareció una buena idea.

> *Te escribo esta carta a sugerencia de tu abogado, Ibon Infante, que además ha tenido la amabilidad de entregártela. Este es el último intento de que aceptes una entrevista o de que respondas alguna de las preguntas que han surgido escribiendo un libro que habla de ti.*
>
> *A lo largo de tres años, he entrevistado a decenas de personas que afirman haber sido estafadas por Francisco Gómez Manzanares. En Vitoria, Ourense, Soraluze, Eibar, Zaragoza, Burgos y Barcelona.*

Al escucharlas, me asalta siempre la misma duda: ¿todo era mentira o había una parte de verdad? Es decir, algunos dicen que creyeron que erais amigos —como Rosana o Chema— y otras —las mujeres a las que sedujiste— cuentan que se enamoraron de ti y que siguen sin poder aceptar que no sintieras nada por ellas, que todo formara parte de un plan para quedarte con su dinero.

La segunda pregunta es si eres consciente del dolor que han provocado esas mentiras. No solo hay familias que se han quedado en la ruina, también hay personas que no logran olvidar el daño emocional que les causó haberse cruzado con David, mujeres que aseguran que jamás podrán superarlo. Se sienten traicionadas, humilladas, avergonzadas y, en algunos casos, dicen también que las maltrataste psicológicamente.

La tercera pregunta es si te arrepientes de algo, o de todo. Y si te arrepientes, y es verdad que tienes parte del dinero escondido, también quisiera saber si tienes intención de usarlo para compensar a alguna de tus víctimas.

La cuarta pregunta es por qué elegiste esta vida, qué motivos te empujaron a fingir que eras alguien que no eras y si te sentías más a gusto dentro de David que de Francisco. Lo que he averiguado acerca de tu pasado remite a una infancia muy dura, a una madre enferma y a un padre complicado que incluso, dicen, fue detenido por abusos sexuales a menores. Desconozco si aquí está la explicación a cuanto ocurrió después.

La quinta pregunta es si cuando salgas de la cárcel tratarás de reinsertarte o, como ha ocurrido hasta ahora, volverás a estafar.

Soy consciente de que no quieres que escriba este libro. Pero créeme, no lo hago por incordiar. Al cubrir tu caso para El Periódico*, sucedió que cuanto más sabía lo que habías hecho, más quería saber. Al principio, me interesó el caso y noté que lo hacía movido por la fascinación que despertaba un estafador que se había inventado una identidad a la que cambiaba de uniforme. Después, me puso furioso descubrir que con esa identidad se llevaban a cabo estafas que no eran solo económicas sino sobre todo emocionales, algo que, para desesperación de las víctimas, nadie parece tener en cuenta, tampoco el Código Penal. Y al final, sentí que tenía que comprender de qué iba todo esto, porque creo que nadie actúa así sin un buen motivo. Tal vez esté equivocado, tal vez no haya ninguna explicación. No lo sé. Es*

la sexta y última pregunta: ¿por qué has decidido actuar así?

Yo estoy dispuesto a escucharte y a poner por escrito tus respuestas, sin alterarlas. Creo que es importante que te expliques y creo que hacerlo no te va a perjudicar; al contrario, quizás te ayude. Si decides no responder, este libro siempre echará de menos tu versión de la historia.

Un saludo,

Guillem Sánchez

Tampoco sirvió de nada. Según me contó Infante, Francisco ni siquiera quiso coger la carta. La imagen que reprodujo mi cabeza al oírlo, la del estafador negándose a tocar el papel que le entregaba su abogado al saber quién la enviaba, me sorprendió. Tal vez me guardara rencor. Varias de las noticias que escribí en *El Periódico* acabaron formando parte de los sumarios que se instruyeron contra él. No le ayudaron. Además, cometí un error. Algunos de los nombres falsos que usé para proteger la identidad real de las mujeres no eran nombres escogidos al azar. Eran los nombres que Francisco usaba para referirse a su hermana modelo imaginaria y a su sobrina.

Cuando las víctimas me pidieron que usara otro nombre en el diario, yo les propuse usar esos nombres. Una forma de mandarle entre líneas un mensaje al hombre que las había engañado siguiendo el mismo código que él había usado con ellas al decirles que su mejor amigo, el que gestionaba la compra de acciones y los viajes que no existían, se llamaba Fran. Fue una mala idea, que él captaría.

Francisco afirmó en una declaración judicial que conocía la existencia de un grupo de WhatsApp de víctimas de Barcelona creado por «un periodista» en el que se habían fraguado algunas acusaciones, que calificaba de montaje. Que supiera de la existencia de ese chat me incomodó. Era solo un grupo que creé para que algunas víctimas pudieran ponerse en contacto y ayudarse entre ellas. Sigo sin saber cómo llegó a enterarse.

O quizás nada de esto tuvo importancia. Y a Francisco el grupo de WhatsApp, las noticias de las causas y los nombres falsos no le importaban lo más mínimo y su negativa se debió a que no quería hablar con la prensa. Cualquier periodista haciendo su trabajo y explicando quién era y qué hacía le estaría impidiendo seguir siendo

quien quería ser y seguir haciendo lo que quería hacer.

Para mí era un problema. Uno grande. ¿Cómo iba a terminar un libro sobre alguien con quien no había hablado todavía? Hasta que encontré a Rocío, pensé que la respuesta a esa pregunta era que no podía hacerlo.

Rocío era una de las mujeres estafadas en Barcelona. Aunque no lo sepa, es la que ha hecho posible este libro. No porque me contara algo nuevo sobre cómo enredaba Francisco. De hecho, mientras oía cómo la había estafado tuve la estomagante sensación de haber entrado en un bucle: la vida de Francisco era un corolario de tramas casi simétricas y de mentiras que se repetían incesantemente. Rocío lo había conocido a través de una aplicación de citas. Quedaban dos o tres veces por semana. Siempre iban al cine y a comer a un restaurante del Maremagnum. La estafó prometiéndole un viaje a Nueva York. Le pidió una entrada de 1.300 euros. En cuanto trincó la pasta, se puso enfermo —dolor en la tripa— y esgrimió «pruebas médicas que no pintaban bien». Al final, Francisco bloqueó su número de teléfono. Rocío ha hecho posible este libro por lo que hizo justo a partir de ese instante.

Rocío tenía el atractivo de las mujeres de extrarradio. Rasgos duros que no dejaban de parecerme bellos, ojeras de fumadora y el cabello sujetado en una coleta hecha a desgana que solo la hacía más interesante. También tenía el desparpajo de las buscavidas nacidas en distritos postales austeros. Ella rompió el muro del bloqueo telefónico que sellaba las relaciones que Francisco daba por amortizadas. Hizo algo que nadie había hecho jamás: encontrarlo después de ser estafada y preguntarle por qué la había engañado. Lo logró descargando en su teléfono móvil la aplicación de la compañía telefónica que usaba David y registrándose con el número desde el que este la había bloqueado. En la aplicación, tal vez por un error informático, apareció el nombre de Francisco Gómez Manzanares como usuario de la línea. Rocío metió ese nombre en Google y averiguó quién era: un estafador. Después, contactando con la compañía telefónica, y haciéndose pasar por Francisco —a través de un amigo—, enredó a la operadora para que accediera a recordarle cuántos números tenía a su nombre Francisco Gómez Manzanares. La trabajadora se los facilitó. Rocío escribió a Francisco y le hizo todas las preguntas que yo le habría hecho. Miento: le hizo más preguntas de las que yo le habría hecho.

Lo más increíble es que guardaba el chat de la charla que mantuvo con Francisco durante la madrugada de agosto de 2016. No tuvo reparos en mostrármela. Lo que leí me dejó sin aliento. Era un interrogatorio que había pillado desprevenido al estafador. Aunque Francisco hubiera accedido a que yo lo entrevistara, difícilmente habría respondido con la mitad de sinceridad que, en algunos momentos concretos, muestra con ella. El combate por WhatsApp fue larguísimo. Al principio, el estafador se negó a luchar y amenazó con represalias por haber logrado ese número haciendo trampas, pero acabó entrando al trapo.

Una de las cosas que le sacó Rocío fue una cifra. La cifra. No tiene ningún valor legal, aunque es el único indicio que cuantifica la fortuna que ha amasado estafando: «tres millones de euros».

Rocío no profundizó en esa cantidad de dinero porque a ella lo que le interesaba era saber si la relación que compartieron había sido completamente falsa. Tan perseverante fue su búsqueda que, después de varias horas, acabó encontrando una rendija para colarse en su cabeza.

ROCÍO: ¿Qué te importa a ti?

FRANCISCO: Nada.

ROCÍO: ¿Ni un sentimiento?

FRANCISCO: Así me hicieron.

ROCÍO: ¿Sentiste algo por mí? Contesta. Necesito saberlo.

FRANCISCO: ¿Qué más da eso? ¿Importa?

ROCÍO: A mí sí. Yo confiaba en ti.

FRANCISCO: Te confundes tanto... A mí el dinero me la pela.

ROCÍO: Ya. A ti te la pela todo.

FRANCISCO: Sí. Aunque no lo creas. Ya me jodieron mucho en esta vida.

ROCÍO: Ya, pero yo no. Yo no te he hecho nada. Y estaba enamorada. Jode a los que te jodieron, no a los que les importas. Y no me has contestado todavía y quiero saberlo: ¿sentiste algo por mí?

FRANCISCO: Si no hubieses denunciado...

ROCÍO: ¿Qué querías que hiciera? No me devolvías el dinero.

FRANCISCO: Que ya vale, que no vas a conseguir nada. Me acabo de comprar un coche de 170.000 euros, imagínate para qué quiero mil euros. Es un poco absurdo. No voy a entrar en detalles.

ROCÍO: En cuanto te di el dinero no volví a verte.

FRANCISCO: Bueno, que no me interesa seguir con esta discusión tonta.

ROCÍO: Sigues sin contestar: ¿sentiste algo por mí?

FRANCISCO: Tú has accedido al registro de mis llamadas. ¿Esperas que crea a alguien que hace eso?

ROCÍO: Yo lo único que quería era hablar contigo. Mientras estabas conmigo, ¿quedabas con otras?

FRANCISCO: Te diré una cosa. Estoy enseñado a poder vivir en cualquier sitio tranquilamente sin problema ninguno. Anteriormente lo hice durante

siete años [Los que transcurrieron desde que se dio de fuga de Ourense y hasta que fue capturado en Zaragoza]. Imagínate si quisiera vivir tranquilamente en cualquier ciudad de España o de Europa.

ROCÍO: Pues qué felicidad, siempre de un lado a otro. Hasta que te pillan.

FRANCISCO: Cuando se adquieren conocimientos sobre el tema, solamente hay que aplicarlos.

ROCÍO: ¿También tienes treinta y seis años?

FRANCISCO: Cincuenta.

ROCÍO: Cuarenta y dos, lo ves. Eres un mentiroso. Nacido en Álava.

FRANCISCO: Te confundes.

ROCÍO: Claro, los periodistas se lo inventan todo.

FRANCISCO: Jajajajaja, te sorprendería.

ROCÍO: ¿Más todavía? Desde luego eres un fuera de serie. Y lo haces muy bien. Siempre te dije que guardabas mucho rencor dentro de ti y que eso no era bueno.

FRANCISCO: No empieces.

ROCÍO: Allá tú y tu vida. Toda una gran mentira. Nadie te querrá así.

FRANCISCO: No lo quiero.

ROCÍO: Porque no eres capaz de querer. Ese es tu problema.

FRANCISCO: Así me hicieron.

ROCÍO: Nunca te quiso nadie. Vaya... pobrecito. Uno puede hacerse y no ser solo lo que han hecho con él.

FRANCISCO: No sabes nada de la vida.

ROCÍO: Prefiero creer en algo más que en cosas materiales. Dime una cosa: ¿tú eres feliz? ¿Tienes amigos? ¿Alguien que te importe? Eres una persona y no creo que no te importe nada.

FRANCISCO: Tengo amigos. Soy huérfano. No tengo a nadie. ¿Eso no lo sabías?

ROCÍO: No, eso no.

FRANCISCO: Pues ya te lo digo.

ROCÍO: Si tienes amigos... alguien te importará entonces...

FRANCISCO: Tengo seis idiomas. Una carrera. Conocimientos varios. Soy un guerrero.

ROCÍO: Ya, si listo eres un rato.

FRANCISCO: Superviviente. Me enseñaron desde los once años.

ROCÍO: ¿A hacer esto?

FRANCISCO: Te aseguro que yo no hago nada. A veces interesa que te cuenten un cuento para dormir. Es vender humo.

ROCÍO: Yo no lo entiendo. ¿Y los sentimientos? ¿No sientes?

FRANCISCO: No. No lo hago.

ROCÍO: ¿No te enamoras de las chicas? Eso es imposible.

FRANCISCO: ¿Chicas? Pero ¿tú quién te crees que soy?

ROCÍO: Ni idea.

FRANCISCO: Hablo con ellas por el móvil y paso de ellas... Ni siquiera quedo con ellas. Porque a mí no me interesa. Cuando salgo por la noche veo cómo son...

ROCÍO: Nunca sabes cómo es una persona si no la conoces.

FRANCISCO: Eso os pasa a las personas que miráis pero no veis. Mira a los ojos. Yo sé hasta cuando dudan.

ROCÍO: Yo miro el interior.

FRANCISCO: Mientes. A veces te odias a ti mismo por saber tanto. La verdad duele.

ROCÍO: Ya... pero tú crees saber y no puedes saber lo que siente la otra persona.

FRANCISCO: Te confundes. Otra vez.

ROCÍO: No, tú no sabes lo que yo he sentido.

FRANCISCO: Tú no sentiste nada.

ROCÍO: Eso es lo que tú piensas.

FRANCISCO: Tú quedaste conmigo por soledad.

ROCÍO: ¿Ves? Estás equivocado. A mí me encanta la soledad.

FRANCISCO: Realmente tienes tres amigas. Y te sientes sola aburrida. Y utilizas a las personas. Igual que ellas a ti. Es bueno hacerse esa reflexión.

ROCÍO: Yo buscaba amor, quizás me falla la autoestima. Yo nunca te utilicé.

FRANCISCO: Eso lo dirás tú.

ROCÍO: Sé sincero: ¿cómo te llamas? ¿Francisco? ¿Fran? ¿Cómo tengo que llamarte?

FRANCISCO: Pues me llamo Francisco David para tu información.

ROCÍO: Nunca me conociste. No se conoce a las personas en tan poco tiempo. Es más fácil juzgar que conocer. ¿Qué viste en mis ojos?

FRANCISCO: Tristeza. Soledad.

ROCÍO: ¿Lo ves? A veces no se ve todo.

FRANCISCO: No eres mala tía.

ROCÍO: Tú sí lo has sido conmigo. Pero yo no te guardo rencor, no juzgo, cada uno tiene su historia.

FRANCISCO: ¿Te sientes bien diciéndome eso?

ROCÍO: ¿Crees que has sido bueno conmigo?

FRANCISCO: ¿Qué más da eso?

ROCÍO: A ti todo te da igual. ¿No te importa nada de esta vida?

FRANCISCO: No. Nada.

ROCÍO: La vida es maravillosa.

FRANCISCO: ¿Tú crees?

ROCÍO: Claro. A veces es una mierda. De eso hay que aprender y ver lo bonito.

FRANCISCO: Sí. Pero ¿cuál es la realidad?

ROCÍO: La que tú quieras. Uno se crea la realidad. Hay que intentar ver las cosas buenas. Tienes un plato de comida y hay quien no puede comer.

FRANCISCO: Si supieras la mierda que hay en el mundo... Engañan, mienten, roban... ¿Y a mí me llamas estafador? Jajajajaja.

ROCÍO: Tú eres un *number 1*.

FRANCISCO: Yo soy un peón.

ROCÍO: Menudo peón.

FRANCISCO: Te lo aseguro.

ROCÍO: El problema es que en este país no se hace nada. ¿Has trabajado alguna vez?

FRANCISCO: He trabajado toda la vida. No te pases.

ROCÍO: ¿En lo tuyo? ¿De qué has trabajado? Si llevas toda la vida con esto... en las fotos de joven estabas más gordo. No te reconozco.

FRANCISCO: Quizás no sea yo.

ROCÍO: He dormido contigo. Eres tú.

FRANCISCO: Jajajajaja... en tus sueños.

ROCÍO: En mis pesadillas.

[Francisco manda un emoji que saca la lengua y guiña un ojo]

ROCÍO: ¿Te has enamorado alguna vez de alguna chica? Guapa soy, ¿no? Y estoy buena un rato, ¿eh? ¿Por qué no sientes? Eres una persona, como todo el mundo. Alguna vez te habrás enamorado.

FRANCISCO: Porque no creo en nada. Ni en nadie.

ROCÍO: ¿Y por qué no pruebas a creer? Tienes miedo de que te hagan daño. Así la vida no vale nada. Si no crees en nada ni en nadie. No tienes hermanos.

FRANCISCO: No tengo familia.

ROCÍO: ¿Amigos? ¿Y tus apellidos de dónde salen, de una familia adoptada?

FRANCISCO: Oye, no hables de mi familia.

ROCÍO: Solo pregunto. Mis padres son lo mejor que he tenido en esta vida. Valen más que tu coche de 170.000 euros.

FRANCISCO: Pues cuídalos.

ROCÍO: Eso hago.

FRANCISCO: Yo no tengo a nadie.

ROCÍO: Porque no quieres. Solo quieres coches y dinero. ¿Sabes? Creo que empecé a gustarte y por eso te fuiste. ¿Tus padres eran mayores?

FRANCISCO: Deja a mis padres.

ROCÍO: ¿Los querías o no?

FRANCISCO: No todos tenemos la misma vida.

ROCÍO: Lo sé. Por eso no te juzgo. Solo te digo que te asombres por las cosas bonitas de la vida.

FRANCISCO: Eso hago. Pero el ser humano eclipsa lo bonito.

ROCÍO: Sí, pero todos los seres humanos tienen alma, mira hacia dentro, no se ve con los ojos...

FRANCISCO: Ábrelos bien.

8

La cárcel

El presente

El libro

A este libro le faltan los testimonios de dos mujeres. Contar por qué no están aquí es quizás el mejor modo de relatar las secuelas que dejan las estafas sentimentales.

Escribí por primera vez sobre Francisco Gómez Manzanares el 8 de abril de 2017. La noticia que se publicó en *El Periódico* se tituló «El estafador que seducía a las mujeres». A aquella noticia la siguieron muchas más con nuevas víctimas en las que Francisco apareció ya identificado bajo el previsible mote de «el estafador de mujeres».

Nunca habría publicado ninguna si Silvio, su compañero de batallas del salón de juegos de Eibar, no hubiera llamado a la redacción de *El Periódico*. Silvio leyó un breve en ese diario acerca del arresto en Cataluña de un hombre que se hacía pasar por rescatador de Salvamento Marítimo para estafar a mujeres. A pesar de que la información se había redactado a partir de un comunicado de los Mossos d'Esquadra y no contenía nombres ni apellidos, reconoció a su viejo amigo en el modo de actuar del tipo que los Mossos habían detenido en Cataluña y me contactó para pedirme que averiguara si ese estafador se llamaba Francisco Gómez Manzanares. Dos días más tarde, le devolví la llamada para confirmarle que, efectivamente, el tipo capturado se llamaba así. Y también para preguntarle por qué lo había intuido. Silvio me habló del Urko, de Rosana, de Elsa y de

Soraluze. También de que durante esa etapa vasca Francisco había fingido ser piloto de aviones aéreos y después piloto probador de Fórmula 1. Y de que sabía que a algunas víctimas, para engatusarlas, las citó en el aeropuerto de Bilbao.

Aquella secuencia que describió Silvio me hechizó: el impostor saliendo de la terminal vestido de piloto, con la gorra bajo el brazo. Una imitación tan exacta de la trama de *Atrápame si puedes* que di por hecho erróneamente que el estafador del que hablaba Silvio se había inspirado en una película que yo, además, adoraba. Me enganché a la historia. Después conocí a Esther y al resto de víctimas y descubrí el lado siniestro de las estafas sentimentales.

Al publicar el primer reportaje, la edición digital se llenó de visitas, también de comentarios machistas que yo no había previsto. Estos eran algunos: «Que las mujeres prueben de su propia medicina», «ya está bien que haya hombres así, tendría que haber más», «por fin igualdad», «lo siento por las mujeres pero hay que ser muy tonta para caer en algo así», «con las tonterías que tienen en la cabeza muchas mujeres, que aparezca alguien así y las estafe es casi justo». Había más. En definitiva, jaleaban la existencia de un hombre que se comportaba —eso decían— como las mujeres habían hecho siempre o las llamaban estúpidas por entregar su dinero a un tipo de quien, en el fondo, no sabían nada. En el espacio para «comentarios» de la edición digital suelen decirse cosas que nunca se dirían en persona y que el usuario que los escribe olvida que siempre acaban leyendo los afectados. Esther y las otras mujeres me llamaron dolidas al verlos. No supe qué decirles, salvo que era frecuente que los protagonistas de las noticias salieran magullados en los comentarios y que, en ningún caso, de estos debía deducirse que representaran lo que habían sentido la mayoría de lectores, que habían sido muchos.

El caso despertó enseguida el apetito de las cadenas estatales. La Sexta y Cuatro le dedicaron sendos programas de *Equipo de Investigación* y *En el punto de mira*. El programa que presenta Glòria Serra obtuvo una de las audiencias más altas de la temporada. Participamos Esther, el cabo Ricardo y yo. Esther apareció con la cara difuminada y la voz distorsionada, el cabo Ricardo pidió que se ocultara su rostro en la grabación y a mí me entrevistaron sentado en un taburete, dando la espalda a la redacción. Fue extraño ver cómo la información de Francisco saltaba del papel a la televisión.

En septiembre de 2019, una editorial me propuso escribir un libro. Lo primero que hice fue contactar a Esther y al resto de víctimas. Quería hablar con ellas antes de aceptar, porque un libro no es una noticia y porque las necesitaba para que me lo contaran todo bajo la protección de un nombre falso. Estuvieron de acuerdo y las entrevisté de nuevo. Este libro comienza con el encuentro que mantuve con Esther.

El grueso del primer borrador, que acabé en junio de 2020, estaba sustentado en gran parte en el testimonio de ella y el de otras dos mujeres. Justo después de enviarlo a la editorial, una de ellas me llamó de noche, presa de un ataque de ansiedad, y me rogó que eliminara su parte. Dijo que el libro removería heridas que no estaban sanadas, que jamás iba a superar lo de Francisco y que no deseaba ver publicadas sus palabras, describiendo la parte más íntima de lo que había sufrido. Le recordé nuestro acuerdo y le advertí de que ya no disponía de tiempo para rellenar el inmenso agujero que dejaría. Se disculpó por avisar tan tarde, pero suplicó que se borrara su entrevista. Me comprometí a hacerlo.

Expliqué lo ocurrido a la editorial, que comprendió mi decisión de detener la publicación. Pedí tiempo para averiguar si podía salvarlo sin esa parte, algo que intuía complicado. La editorial lo pensó durante un par de días y resolvió desprogramar el libro del catálogo de lanzamientos y cancelar mi contrato. Me tocó devolver el dinero del anticipo.

Semanas después, apareció una segunda editorial interesada en el estafador y dispuesta a publicar el libro y a darme el tiempo necesario para reescribirlo. Quería aceptarlo, pero la crisis abierta con este testimonio no se cerraba borrando su parte. Me había pasado los últimos tres años intentando buscar a víctimas de Francisco, pero no las había encontrado a todas: Elsa, la de Soraluze, nunca quiso hablar conmigo y a otras, como Celia, la de Zaragoza, ni siquiera pude localizarlas. Había sorteado el obstáculo que supuso contar la trayectoria de Francisco sin entrevistarlas contactando con testimonios de su entorno, entrevistando a policías y abogados, revisando atestados y sentencias o recuperando información publicada en medios locales. En el libro aparecían bajo identidades falsas y se habían alterado sus profesiones o los nombres reales de sus lugares de trabajo. Pero me inquietaba demasiado no saber si eso bastaría. Decidí

sacarlas también a ellas del libro.

Fue doloroso eliminar el primer testimonio, pero lo cierto es que, sin ella, el libro, después de hacer obras mayores en su estructura, se mantenía en pie. Sin embargo, al suprimir al resto de mujeres con las que no había podido contactar lo que desapareció fue la historia de Francisco. Su vida. Ya no había libro. La idea de no publicarlo me alivió durante algún tiempo. Luego dejó de parecerme la elección correcta. Me pasé el verano de la pandemia dudando. Me jodía no poder publicar una historia que creía que tenía que saberse. Al fin y al cabo, eso es lo que hacen los periodistas: contar lo que ha pasado. Acepté la propuesta de la segunda editorial.

Eliminé el grueso de los detalles íntimos que averigüé sobre las mujeres a las que no había contactado y ceñí sus casos a la trama. El libro resucitó. Sigo sin saber si tomé la decisión correcta.

Cuando se acercaba la fecha de entrega acordada con la segunda editorial, cayó el segundo testimonio: otra mujer, tan importante como la primera y como Esther, me pidió llorando que también borrara su entrevista. Tampoco podía negarme. Abrí el documento de Word, seleccioné su capítulo y apreté el botón de suprimir.

Acudí a hablar con Esther, a explicarle lo que había sucedido, a compartir con ella si creía que valía la pena seguir adelante. Para ella dejar de publicarlo no era una opción. Porque al no hacerlo me estaba olvidando del resto de personas que habían colaborado. Eran tan víctimas como las que no quisieron hablar conmigo y habían revelado secretos incómodos con el propósito de que sirviera para evitar futuras damnificadas y para dejar claro por qué carecían de sentido comentarios como los que aparecieron en la edición digital del diario. No habían accedido a contarlos para que se quedaran conmigo, encerrados en la memoria del teléfono o en garabatos de las libretas. Era la promesa que les hice antes de cada entrevista que contiene el libro, que serviría para meterme hasta el fondo de lo que son las estafas sentimentales, para denunciar que no solo arrebatan dinero. Tenía razón.

A una semana de entregar el borrador definitivo a la segunda editorial, moviendo el texto arriba y abajo con el ratón, echando de menos las entrevistas a los dos testimonios de mujeres que faltaban, me acordé de todos los que no habían querido hablar conmigo. También de que algunos de los que lo hicieron acotaron qué partes

podían saberse y cuáles no. Era un libro demasiado censurado, que menguaba en lugar de crecer a medida que se aproximaba su fecha de impresión. Y solo había un modo de arreglarlo: dejar por escrito aquí que ese vacío, impuesto por el miedo, la culpa y la vergüenza, es el que deja a su paso un estafador que tampoco quería que se escribiera este libro.

Las estafas sentimentales

Investigar a Francisco para el diario trajo cosas buenas. Personas como Valentina supieron que no habían sido las únicas víctimas y dejaron de sentirse culpables. Las noticias, y el eco que tuvieron en el resto de medios de comunicación, tal como recordaba Esther, amplificaron la alerta sobre quién era, haciendo más complicado que siga destrozando vidas en el futuro si elige reincidir cuando salga de la cárcel, y sobre cómo actuaba, previniendo sobre timadores similares que siguen en activo y lejos de cualquier radar. El caso de Francisco Gómez Manzanares también debería ser útil para forzar un debate acerca de las estafas sentimentales, delitos que para el Código Penal se reducen al fraude económico, menospreciando el alcance real de sus mentiras. Un debate no solo jurídico: los comentarios en las noticias que insultaban a Esther o a Rosana también dejaron claro que queda trabajo por hacer socialmente para que se comprenda el daño que provocan. Yo no era capaz de entenderlo antes de conocerlas a ellas. La primera vez que una compañera, Júlia Pérez, me habló de las estafas sentimentales, recuerdo que reaccioné encogiéndome de hombros y preguntando esto: «Pero nadie las obliga a prestar el dinero, ¿no?».

También trajo cosas malas. Convertirlo en noticia volvió a conectar a algunas de las mujeres con una experiencia traumática. No bastaba con proteger su identidad, porque lo que ellas deseaban era lo mismo que el estafador, aunque por motivos opuestos: pasar página, que el nombre de Francisco Gómez Manzanares se olvidara de una puta vez y para siempre. Lo contrario de lo que perseguía yo, entonces y ahora, que en este libro añado nuevas páginas que reconstruyen su vida. No he sido capaz de resolver este dilema, conciliar el derecho al

olvido con la voluntad de informar sobre un problema grave, que puede repetirse, que puede atrapar a nuevas víctimas. Tampoco es nuevo. Cualquier periodista acaba descubriendo tarde o temprano que hay algo peor que los errores que provoca la falta de información, peor que las denuncias, peor que el miedo que nace de forma irracional al enojar a personas peligrosas: que hacer este trabajo a veces puede añadir dolor a personas que solo son noticia porque han sido pasto de la desgracia.

Después de haberme sumergido en los últimos años en decenas de casos de abusos sexuales a menores y de haber entrevistado a centenares de personas que los habían sufrido, me ha sorprendido descubrir que, a diferencia de las víctimas de la pederastia, que exigían anonimato pero querían destapar lo que ocurrió en su infancia, muchos de los timados por Francisco —no la mayoría— preferían que todo permaneciera oculto. Imagino que guarda relación con la percepción social acerca de las estafas sentimentales y con el desconocimiento de las terribles secuelas que pueden ocasionar.

Sobre cómo actuaba Francisco Gómez Manzanares, por qué hacía tanto daño y qué empujaba a algunas víctimas a optar por el silencio, hablé con los psicólogos Kieran McGrath, experto en violencia, y Miguel Ángel Raya, especialista en adicciones. También con Sheila Queralt, perita en lingüística forense, y Selva Orejón, experta en identidad digital, a quienes además envié la conversación que Francisco y Rocío mantuvieron por WhatsApp.

Sheila Queralt analizó el lenguaje que Francisco usa con Rocío y concluyó que era un abusador que quería herirla, avergonzarla y humillarla con el propósito de situarse en un escalón jerárquicamente superior. Para la lingüista, Francisco es un manipulador que aprovecha cada fallo de la víctima para burlarse de ella. Persigue la construcción de un marco mental distinto al real repitiendo ideas como que él es mejor que ella o que es ella quien la insulta a él, quien no está bien de la cabeza, quien está equivocada. También es un hombre que se refugia en el victimismo, un lugar desde el que justifica cada uno de sus actos, convenciéndose de que se ha visto obligado a actuar como lo ha hecho, como si tomara sus decisiones por necesidad o porque eran la única alternativa.

Selva Orejón se interesó por el caso de Francisco en cuanto publiqué las primeras noticias en *El Periódico* y vino a verme a la

redacción para saber más de él. Es directora ejecutiva de onBranding, una empresa que ha atendido a varias de las mujeres heridas por otros dos estafadores similares: Albert Cavallé (Barcelona, 1982) y Rodrigo Nogueira (Pontevedra, 1976). Orejón ha certificado judicialmente conversaciones a través de redes sociales que se han entregado como prueba en los juicios. A Cavallé, apodado el «estafador del amor» porque el mote de «estafador de mujeres» ya estaba cogido, la mayoría de los ciudadanos a menudo los confunden con Francisco. Cavallé es más joven, más atractivo, no ha impostado oficios, no ha usado nombres falsos y las estafas que ha cometido han sido casi todas en forma de préstamos que no ha devuelto. Nogueira ha ido saltando de una relación a otra, usando a las mujeres para que lo mantengan y llenando sus casas de patrañas. Orejón ve muchas similitudes entre este último y Francisco. Cuando los pones contra las cuerdas, ambos cambian de humor y reaccionan a la defensiva, de forma agresiva. Si no, son afables, aparentan que siempre están ahí si los necesitas. Son capaces de generar atracción en las personas. Para evitar dar explicaciones, también fingen que están enfermos. Una diferencia que descubre Orejón entre ambos es que Nogueira, cuando se ve desenmascarado, deja de mentir. Francisco no puede detenerse ni entonces.

Orejón define a Francisco como un gran adulador que seduce entregando lo que haga falta. Durante la relación, la parte que no percibe la víctima es que Francisco se comporta como si estuviera sacando arena bajo el suelo que pisa ella y la estuviera arrastrando bajo el que pisa él. Cuanto más hunde a la víctima, más se eleva él. Es un narcisista capaz de deslumbrar que esconde una autoestima bajísima, que está completamente desconectado de su realidad, escindido de sus emociones y de las de sus víctimas, a quienes ve como perdedores. Vive encapsulado dentro de su actuación.

Kieran McGrath, tras escucharme durante una hora hablar de cuanto había reunido acerca de Francisco y de las cosas que le contó a Rocío, apuntó que lo más probable es que Francisco no sea capaz de crear lazos afectivos con las personas a su alrededor porque le habían privado de ellos durante la infancia. Lo cual no significa que no sea capaz de simularlos. Sabe hacerlo, y muy bien. Pero los finge para utilizarlos en su beneficio. Me dijo una última cosa: al dominar a sus víctimas puede sentir placer. No es infrecuente que los hombres de

esas características se ensañen con las mujeres.

Miguel Ángel Raya se leyó uno de los últimos borradores de este libro. Lo primero que me dijo fue que había puesto «cara» a todos los protagonistas porque le recordaban a pacientes que había tratado: la historia de Francisco remite a patrones relacionales que, sin tanta intensidad, se dan en la sociedad. Roles de abusador y abusado interpretados por otros personajes. Para Raya, Francisco encaja en el perfil de los psicópatas más complicados de tratar. Un depredador sin empatía. Se comporta como el coronavirus: infecta a las víctimas y, a través de estas, también a su entorno mientras es asintomático. Tiene sentido que quienes más miedo han tenido a hablar, quienes más culpables se sienten, sean las mismas a quien Francisco usó como un canal a través del que estafar a sus seres queridos. También que eso sea más complicado de sobrellevar bajo la presión social que imponen los pueblos como Soraluze. El psicólogo comprende las razones de todas las que han rechazado aparecer en este libro, pero también señala que negar lo sucedido complica su recuperación. Aceptarlo, como Valentina, la enfermera que aseguró que el único modo de vencerlo era volver a confiar, o como Rosana, la única que ha querido usar su nombre real, sí permite avanzar en la dirección correcta. Para Raya, experto en adicciones, con la ludopatía de Francisco, que no basta para explicar su conducta ni para justificarla, aflora la única debilidad que no puede ocultar. Una secuencia despierta, sobre todo, el interés del psicólogo: la de Francisco peleándose con la tragaperras Gnomos del Urko, una alegoría del empeño que sus víctimas invirtieron en tratar de comprenderlo a él.

Queralt, Orejón, McGrath y Raya coinciden en que Francisco, por encima de todo, es un seductor, porque para él los sentimientos que están en juego no son de verdad. O en las palabras que el propio Francisco usó con Rocío, no cree en nada ni en nadie. Para estos profesionales, en la infancia puede hallarse la causa de una personalidad sin empatía («así me hicieron») y de una distorsión cognitiva que le hace percibir el mundo como un entorno hostil («si supieras la mierda que hay en el mundo... Engañan, mienten, roban... ¿Y a mí me llamas estafador?») y a las mujeres como una amenaza («cuando salgo por las noches, veo cómo son»). En consecuencia, es posible que sus acciones no se deban a una voluntad congénita de hacer el mal. Carlos, el vecino que lo vio crecer, lo explicó con sus

palabras: «No tiene remordimientos porque nadie los tuvo con él».

Ibon Infante, su actual abogado, no esgrimió durante el último juicio ningún tipo de trastorno como eximente. Infante no lo hizo porque no cree que Francisco sufra ninguna perturbación, ni siquiera a pesar de su adicción a las tragaperras, de la que se ha tratado en la cárcel. Salvo la jueza de Vitoria que aceptó en los años noventa como eximente incompleta un posible «trastorno de conducta con personalidad múltiple», ninguna otra sentencia ha incluido atenuantes por patologías psicológicas. Y esta única condena, dictada a finales de esa década, deja claro que el presunto desorden no altera su «capacidad intelectiva y volitiva». Es decir, en el supuesto de que fuera cierto que Francisco se disociara en David, para esta jueza, la única que acepta parcialmente esa posibilidad antes incluso de que pusiera nombre a su *alter ego*, Francisco seguía siendo consciente de lo que hacía.

El cabo Ricardo, a quien mostré también la transcripción de Rocío, se limitó a señalar que solo una pequeña parte de las personas que sufren trastornos delinquen y que lo primero que hacen los delincuentes, a diferencia de los perturbados, es justificar sus actos. Subrayando con un bolígrafo el trozo en que Francisco le dice a Rocío que ella también se aprovechó de él («utilizas a las personas igual que ellas a ti»), el policía concluyó que lo que está haciendo ahí el estafador es «buscar una justificación». «Es un vividor, es un jeta, nada más.»

Según todos los indicios, Francisco tiene dinero guardado en algún sitio, pero no ha devuelto voluntariamente ni un euro a sus víctimas. Cuando los Mossos lo arrestaron en marzo de 2017, hacía pocos días que su última víctima le había entregado en efectivo 80.000 euros que no tuvo tiempo de gastarse. A su abogado no le consta si ese dinero está escondido.

El delito de estafa es el que más ha crecido en los últimos años, sobre todo en el entorno virtual. Cuerpos policiales como los Mossos d'Esquadra o la Policía Nacional lo perciben ya como una de las principales amenazas. Estafadores que se hacen pasar por cobradores del gas para saquear a ancianos, por abogados que representan a familiares que acaban de sufrir un accidente, por prohombres que construyen pirámides financieras sin cimientos, como las de Madoff, por mujeres que buscan amor desde un país del este o por empleados

bancarios que logran datos personales que piratas informáticos usan para vaciar cuentas corrientes. Internet ofrece un mundo nuevo de posibilidades que los criminales aprovechan. Las estafas sentimentales, al calor del avance de las aplicaciones de citas —Tinder emergió en verano de 2012—, no han dejado de multiplicarse. Cavallé y Nogueira actuaban al mismo tiempo que Francisco. Entre los tres han dejado más cadáveres emocionales que cien maltratadores machistas, pero solo han pagado judicialmente por el dinero sustraído. Equivocadamente, se les ha equiparado a la figura del «don juan».

Entre las primeras sentencias y las últimas sí subyace una evolución en la percepción de la justicia que parece tomar consciencia de que las estafas sentimentales son mucho más que delitos económicos. La jueza Rosa Aragonés, que redactó la condena por estafar a Esther —840 euros, la cantidad más baja de la etapa catalana —, tuvo en cuenta que Francisco se había «aprovechado» de la «depresión» que sufría ella a consecuencia de su divorcio y, tras comprobar la reincidencia del estafador, lo castigó a tres años de cárcel. Es una valoración inexistente en los textos anteriores y la condena proporcionalmente más dura. Francisco sigue sin comprender cómo ha podido ser penado de manera tan severa por la estafa más leve de las que ha cometido. La misma que, además, activó a Ricardo y promovió una detención que era urgente. Francisco es un estafador febril, capaz de sacar cantidades astronómicas en relaciones cada vez más fugaces. Y en la primavera de 2017, cuando fue arrestado, estaba desbocado. Había perfeccionado su olfato para detectar víctimas propicias, para observarlas con detenimiento, para descubrir sus vacíos y para ofrecerles exactamente lo que estaban buscando. Ya fuera un compañero, una casa, un viaje o dinero fácil. O un hijo. Detrás de cada engaño, un sueño frustrado.

La puerta

Entre la primavera de 2019 y la de 2020, Francisco Gómez Manzanares afrontó los juicios por estafar a mujeres como Esther, Valentina o Rocío. Esos procesos fueron lo más parecido a un encuentro que he tenido con él. Una cita que él no podía burlar y

donde yo finalmente pude verlo en directo. Antes de que llegara al primero de todos, mientras lo esperaba junto a la puerta de la sala de vistas de la Sección Séptima de la Audiencia de Barcelona, me di cuenta de que, resultara apropiado o no, estaba nervioso. Y casi avergonzado del esfuerzo que había invertido en viajar por media España y en imaginarlo vestido de aviador, de piloto de fórmula 1, de rescatador de Salvamento Marítimo o de técnico del F. C. Barcelona, metido dentro de David, estafando. Después de tanto tiempo persiguiendo su pasado, poder coincidir con él en el presente era también una forma de escribir un final.

Llegó esposado, con las muñecas anudadas a la espalda, agarrado por dos agentes de los Mossos d'Esquadra que lo acercaban a paso lento a la sala a través de un corredor iluminado por la luz lateral de una cristalera interior. Vestía unos pantalones vaqueros desgastados, una chaqueta de chándal y unas zapatillas deportivas Converse. Se había dejado el pelo largo, mucho más largo que en las fotografías. Mantuvo en todo momento la mirada perdida en las baldosas, un gesto que repetiría en los traslados posteriores y que intentaba evitar el contacto visual con las que creyeron que eran su novia.

El juicio de Esther fue meses más tarde del que se celebró en la Audiencia de Barcelona y tuvo lugar en la Ciutat de la Justícia. La jueza, dado que Esther había pedido que se protegiera su identidad durante la declaración e iba a responder a las preguntas protegida por un biombo que impedía que ella y Francisco se vieran de nuevo, la llamó para que entrara y se colocara detrás de la pantalla y vetó la entrada a la prensa mientras declaraba por enésima vez cómo había sido engañada. La «prensa» era yo, no había más periodistas. Esperé en el pasillo hasta que sospeché que la declaración tenía que haber terminado y que se habían olvidado de mí. A riesgo de llevarme una reprimenda, golpeé la puerta de la sala y comprobé que así era. Entré cuando el juicio estaba a punto de terminar. Me senté en una de las primeras hileras de butacas, justo detrás de Francisco, que estaba de pie junto a un micrófono sujetado por un trípode, a punto de terminar su turno. Levantando el móvil pedí permiso para sacarle una fotografía de espaldas. La jueza dijo que no. Bajé el teléfono y saqué una libreta y un bolígrafo. En aquella sala casi vacía, el estafador aguantó quieto la cascada de pruebas que descargó la Fiscalía y, cuando le preguntaron si quería rebatir algo, se acercó al micrófono y

dijo solo esto: «Incierto». No pude anotar nada más en la libreta.

La jueza dio la vista por terminada. Una pareja de agentes se llevó a Francisco, que me miró un instante antes de salir por una puerta lateral. No abrió la boca. No volví a verlo. Busqué en el diccionario la definición exacta de «incierto». Ponía «no cierto, no verdadero».

Actualmente cumple condena en Nanclares de la Oca. Las últimas penas suman castigos de reclusión hasta después de 2030. Ha pasado más de doce años en la cárcel, un lugar al que pertenece más que a cualquier otro desde que por culpa de sus pecados dejó de ser de Vitoria para no ser de ningún sitio; y estar en prisión, o hacer lo posible por no estarlo, se convirtió en la única parte real de una vida incierta al servicio de arruinar a las personas que se cruzaron con él. Si a Rocío le dijo la verdad, y yo creo que lo hizo, ha amasado tres millones engañando, el triple de lo que le atribuyen las cantidades probadas. No es descabellado que las más de cincuenta víctimas que lo han denunciado —todas de clase media, entre sus objetivos no hubo nunca personas ricas— representen también la tercera parte de la cifra total. No ha habido otro estafador sentimental tan voraz como Francisco.

Tiene derecho a rehabilitarse y a llevar una vida normal cuando recupere la libertad. Según todas las personas que lo han conocido, volverá a estafar. Una anécdota reciente, la última que he sabido de Francisco y que tuvo lugar a finales de 2020, resulta descorazonadora. Es la siguiente: Francisco y un trabajador de su prisión charlaron un rato amigablemente. Al despedirse, como si el reo ignorara que se encontraba privado de libertad desde marzo de 2017 por estafar fingiendo que era, entre otras cosas, un miembro importante del F. C. Barcelona, le dejó caer al empleado que, si estaba interesado en ir al Camp Nou, podía conseguirle buenas entradas. Tal vez un tratamiento psicológico como el que reclama su hermano cambie las cosas. No lo sé. En esta historia apenas hay certezas.

Es legítimo interpretar que la hermana modelo que se inventó Francisco es la bella Ramitos y que odia el alcohol porque ella murió alcoholizada, que las largas charlas que fingía con una madre a quien se lo contaba todo son las que habría deseado tener con la mujer que se tragó el manicomio de Las Nieves después de traerle al mundo, que la sobrina por la que decía preocuparse son todos los hijos de sus

hermanos que no ha conocido, que la familia poderosa con la que amenazaba a sus víctimas representa la membrana afectiva de la que ha carecido. O que en los coches caros, el tinte de pelo, el ejercicio físico compulsivo, la ropa de marca, la relación imaginaria con deportistas o cantantes y los uniformes de policía, piloto o rescatador buscaba un estatus que intuye imprescindible para no pasar desapercibido. Que estafaba para pagar ese disfraz porque sin este Francisco piensa que no es nadie, que es peor que nadie, un recuerdo del más escandaloso de los abandonos, el de unos primeros años de vida en los que fue invisible para el resto del mundo, una realidad insoportable de la que debía disociarse. Que por eso nació David: una realidad soportable.

Es legítimo interpretarlo así, aunque también lo es creer que Francisco ha construido tal fantasía con la finalidad exclusiva de estafar. Que es plenamente consciente de sus actos porque así se lo confesó a Rocío: «Te aseguro que yo no hago nada. A veces interesa que te cuenten un cuento para dormir. Es vender humo».

El único hecho no sujeto a interpretaciones es que siendo David estafó a muchas personas. No solo las arruinó, también las hizo sentir indescriptiblemente estúpidas. Y culpables. Muchas de ellas siguen fustigándose por no haberse dado cuenta, atrapadas en un círculo infinito de reproches que solo se hacen a sí mismas y que ahogan su autoestima. A algunas víctimas, además, las usó como un instrumento para infiltrarse en círculos familiares que destrozaba: si costaba perdonarse el hecho de haberse dejado engañar, costaba mucho más haber propiciado el ataque a sus seres queridos. Tampoco admite ninguna discusión que con las mujeres fue mucho más lejos. A Esther, Valentina, Rocío, Estefanía, Rebeca, Elsa, Celia y al resto, también a muchas que siguen encerradas en discos de memoria digital con la sonrisa de hielo, las devoró. Las sedujo para controlarlas, engañarlas, asustarlas, despreciarlas, anularlas y vaciarlas. Simuló que se había enamorado de ellas, que las rescataba de las presiones sociales que persiguen a los que no crean familias, y las dejó en el más absoluto de los desamores: el corazón roto, el sabor más puro de la traición en la garganta y la capacidad de confiar descuartizada. Con ellas fue un villano sin compasión.

A Francisco me acerqué fascinado por sus disfraces. Tres años más tarde, sentí que necesitaba alejarme de él, agotado de hurgar en

las heridas que provoca. Al final del último de los tres viajes que hice a Vitoria comprendí que ya no era capaz de seguir. Ese día, poco antes de admitir que había llegado la hora de regresar Barcelona, quise volver a la calle en la que se crio, donde aún vivía su padre. Dejé el coche en un *parking* cercano y, sin saber muy bien qué estaba haciendo, caminé hasta aquel paso estrecho de nueve portales, de bloques de ladrillo rojo y balcones de metal habitados por familias que seguían siendo trabajadoras, aunque no las mismas que vieron crecer a Paquito. En las dos ocasiones anteriores había terminado marchándome de allí sin tocar el timbre de su piso, porque no me atreví a preguntarle a un hombre de noventa años, probablemente senil, si en aquella casa estaba la explicación de por qué su hijo se había convertido en lo que era.

Después de mirar el interfono un buen rato, me di cuenta de que seguía prefiriendo no pulsarlo. También de que no quería irme sin llamar. Decidí darme más tiempo. Merodeé frente al portal durante varios minutos, dando círculos por las dos aceras, las mismas que había pisado Paquito, deteniéndome a ratos para levantar la mirada hasta su ventana. Y ocurrió. Un vecino salió de su portal y, en un acto reflejo, corrí para impedir que la puerta se cerrara, la sujeté a tiempo y me colé en la finca. Como un autómata, subí por las escaleras, planta a planta, hasta alcanzar el rellano adecuado. Me coloqué frente a la entrada del domicilio. Con los nudillos golpeé tres veces la madera de la puerta y esperé, en silencio. Oí un ruido que indicaba que había alguien dentro. Pensé que no tenía derecho a hacer lo que estaba haciendo. La puerta se abrió. Apareció una mujer en chándal que me miró y que trató de sonreírme descubriendo una dentadura maltratada por la miseria. A su espalda, se recortó a contraluz la silueta de un anciano que avanzaba con dificultad en mi dirección. Supe que era la misma silueta que cincuenta años atrás había prohibido salir a jugar a la hermana del estafador cada vez que sus amigas venían a liberarla un rato de su arresto domiciliario. Le dije al padre de Francisco quién era y qué estaba haciendo allí. Al escuchar el nombre de su hijo, el hombre agarró la puerta con un gesto firme, que a mí me pareció eterno, y la cerró.

Láminas

38 Conexión a internet | http://www.elperiodico.com

DOMINGO 9 DE ABRIL DEL 2011

el Periódico

eP Cosas de la vida | SOCIEDAD

Embaucador hiperactivo

El timador del amor

Francisco Gómez ha sido detenido en 16 ocasiones por estafar a mujeres

Se desconoce la cifra real de víctimas de un hombre que se inventaba su vida

GUILLERMO SÁNCHEZ
BARCELONA

Francisco Gómez (David Barceló para sus víctimas) es un estafador hiperactivo. Y en los últimos años ha desplegado su talento para el embaucamiento en Cataluña. Seduce a las mujeres para quedarse con su dinero. Lo hace fabricando mentiras que clava en el corazón [redacted] una de las engañadas, retrata al personaje con pinceladas de dos escenas reales que hablan por sí solas. Son estas:

En la primera, [redacted] y David estaban sentados en la terraza de una cafetería, junto a ellos había un niño con síndrome de Down. David deslizó esta frase: «Todos son todo el dinero que dan los beneficios de las empresas de mi padre a una asociación dedicada a esta enfermedad». En la segunda, David, tras saber que [redacted] había intentado sin éxito ser madre en solitario a través de la reproducción asistida, le promete que con él podrá tener hijos sin necesidad de la fecundación artificial. «Tendrás dos, y estarás embarazada antes de Navidad». A [redacted] al recordar este último, se le escapa alguna lágrima.

UN ESTAFADOR DE ALTOS VUELOS / David Barceló usó el mismo nombre pero otro apellido en el País Vasco. Entonces no se hizo pasar por sargento de Salvamento Marítimo destinado en Galicia, como fingía ser en Barcelona. Entonces simulaba ser piloto de una compañía aérea. A algunas de las mujeres que engatusó incluso las citaba en el aeropuerto. Venían a buscarlo y salía de la terminal con el uniforme de piloto, con la gorra bajo el brazo.

Fue desenmascarado por Silvio, un hombre a quien intentó robarle más de 30.000 euros. Aunque su especialidad han sido siempre las mujeres, «tomaba el pelo a todo el que se le acercara porque no tiene amigos», aclara Silvio. «No le he visto romper un matrimonio persiguiendo sin descanso a la mujer hasta convencerla de que tenía que dejar a su marido. El objetivo era aislarla para estafarla cuando recibiera la mitad del [illegible]

> [redacted] VÍCTIMA
>
> «Me dijo que me quedaría embarazada antes de Navidad. Es un manipulador, una mala persona»

Esther VÍCTIMA

> «No paraba de decir que a él no le gustaban los rollos de una noche porque buscaba algo serio»

Silvio VÍCTIMA

> «Al final hundía psicológicamente a las mujeres para desorientarlas y escapar sin ser denunciado»

En junio del 2010 fue condenado en San Sebastián por estafar medio millón de euros a 10 personas con otras tantas trampas. El *Diario Vasco* publicó ese día su nombre real, Francisco Gómez Manzanares (Vitoria, 1974), en una noticia acertadamente titulada *Un estafador de altos vuelos*. En el 2008 ya había sido juzgado en Ourense por liar a otra mujer a la que convenció para montar una agencia de viajes. Desde 1994, ha sido detenido 16 veces por estafas cometidas en Vitoria, Eibar, Soraluze, Barcelona, Madrid o Zaragoza. Nadie sabe a ciencia cierta cuántas víctimas ha dejado en el camino.

LA TRAMPA / Francisco no tiene trabajo. «Pero deberías darle una medalla por ser el más currante». La frase es de Silvio, que destaca la atracción enfermiza de un hombre por el dinero. Gracias a las ficciones laborales en el cuerpo de submarinistas de Salvamento o en la flota de vuelos comerciales, podía simultanear numerosas relaciones sentimentales. Justificaba sus largas ausencias escudándose en las obligaciones del supuesto trabajo. Pero siempre estaba con las otras.

El cortejo de Francisco se basa en confundirlas diciendo «todo lo que quieren oír las mujeres», explica Esther, otra de sus víctimas. «No paraba de hablar de su madre, y de su sobrina, y de que a él no le gustaban los rollos de una noche porque buscaba algo serio». Mide más de 180 cm, tiene los ojos azules y «no es feo». Si a eso se le suma un rendimiento sexual aceptable y una jerga incesante que abotarga cualquier mente, la combinación casi siempre retoña ganadora.

Mientras ellas creen que han encontrado pareja, él propone viajes e inversiones para comprar un piso a medias. «Tenía dos móviles, ambos de propago, y nunca me dejaba acercarme a ellos», recuerda [redacted]. Siempre pagaba en efectivo, le gustaba llevar un fajo grotesco de billetes de 50 euros. Toda la documentación que podía delatarlo la guardaba en una cartuchera que mantenía celosamente [illegible]

La primera noticia sobre Francisco Gómez Manzanares que se publicó en *El Periódico* y que forma parte de las causas judiciales.

Acreditación falsa de Salvamento Marítimo.

Contrato que firmaron Mariano y Francisco en el hotel Royal de Barcelona.

48 Sociedad — DOMINGO 14 DE MAYO DEL 2017 — el Periódico

LA INCREÍBLE HISTORIA DE UN EMBAUCADOR

Tras el fantasma del Barça

El estafador de mujeres, que fingía ser miembro del cuerpo técnico del club, fue detenido en la Ciutat Esportiva ■ **Los Mossos** descubrieron que Gómez no vivía en el mundo real

GUILLEM SÁNCHEZ
BARCELONA

Francisco Gómez Manzanares, el camaleónico estafador que se inventa vidas para engañar a sus víctimas –acumula 24 denuncias–, en su última etapa profesional se centró en fingir que era un miembro del equipo técnico del FC Barcelona. Continuamente barnizaba su impostura con nuevas mentiras. **«Llegaré tarde porque saldré a correr con Luis Enrique»,** le dijo a una de sus víctimas. **«Hablaba de Pep Guardiola y de su mujer como si fueran amigos íntimos»,** recuerda.

A todas las mujeres les regaló prendas y balones firmados por Messi, Neymar y Suárez (las firmas las hacía él). Iba siempre vestido con ropa oficial de entrenamiento, se hacía selfis dentro del campo y se grababa vídeos accediendo al estadio. A ninguna de las víctimas con las que ha contactado este diario pareció impresionarle su relación con el equipo blaugrana.

Y el FC Barcelona, consultado por EL PERIÓDICO, no piensa tomar cartas judiciales en este asunto, por un posible delito de usurpación, porque tiene **«temas judiciales»** más urgentes. A él sí parecía

▸▸ En el Camp Nou ▸ Francisco Gómez Manzanares, en una foto que envió a una de las mujeres.

que su hijo Francisco había ido con-

tenían que buscar un BMW X6, de color plata.

Los policías escudriñaron las pistas que daban las mujeres que le habían conocido. A Esther la citó la primera vez en una cafetería de la Ciutat Esportiva de Sant Joan Despí. A otra la llevaba a comer a un restaurante chino de las afueras. Optaron por montar guardias en el restaurante. Nunca apareció. Eligieron trasladar las guardias a la Ciutat Esportiva del Barça. Aunque estas tendrían que hacerse durante el fin de semana, cuando había partidos del fútbol base.

Se cruzó con los policías

La mañana del sábado 11 de marzo, Sáez y su compañero, tras casi medio año imaginando lugares en los que podría estar Gómez Manzanares, entraron en el aparcamiento de Sant Joan Despí y se cruzaron con un BMW X6 plateado. Cuando las ventanas de ambos coches se alinearon, reconocieron la cara de Gómez, con las gafas de sol y el pinganillo del teléfono en la oreja. Esperaron a que aparcara, salieron del coche y, finalmente, pudieron ponerle las esposas. **«No se resistió. Fue como si tuviera asumido que tarde o temprano lo detendrían»,** recuerda Sáez.

En la comisaría de Sant Feliu, el cabo entró para interrogarlo. Había transcurrido muy poco desde su detención. Pero en ese tiempo, el estafador **«ya no era el mismo»** que conducía vanidoso el BMW X6, ahora se notaba que usaba **«tinte para el pelo»** y parecía **«más viejo».**

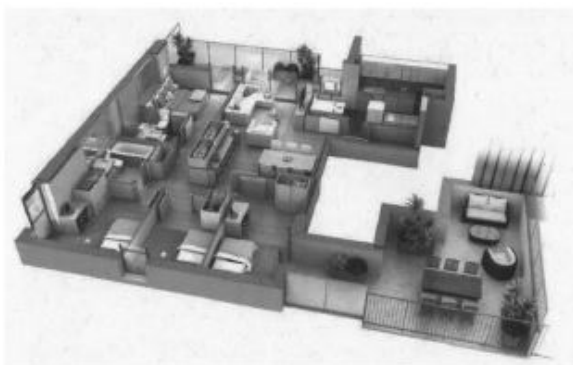
Francisco durante su etapa de supuesto técnico del Barça en una fotografía publicada en *El Periódico* incluida en los sumarios.

Fotomontaje en el que el estafador simula que aparece en un retrato del salón de Messi

Francisco con dos mujeres de Eibar, cuando tenía treinta años.

Rosana y Silvio (de espaldas) junto al salón de juegos Urko.

Tres de los coches que condujo. El Audi A5 durante su última etapa en Barcelona y el Mercedes y el Ferrari que lució por Euskadi y fueron intervenidos en Zaragoza.



Planos que utilizó con alguna de sus víctimas para llevar a cabo las estafas inmobiliarias.

Francisco, con el pelo largo, declara durante uno de los últimos juicios celebrados en la Audiencia de Barcelona.

integran, conforme establece el art. 28 del Código Penal, siendo prueba de cargo suficiente para enervar la presunción de inocencia que le ampara.

El acusado compareció al juicio oral preso por otras causas, y sólo contestó a las preguntas de su letrado defensor, reconociendo la relación con la [redacted], y que la conoció a través de páginas de contactos, admitiendo también que se vieron varias veces, saliendo a comer o a cenar. Niega el acusado haber recibido dinero de la [redacted]

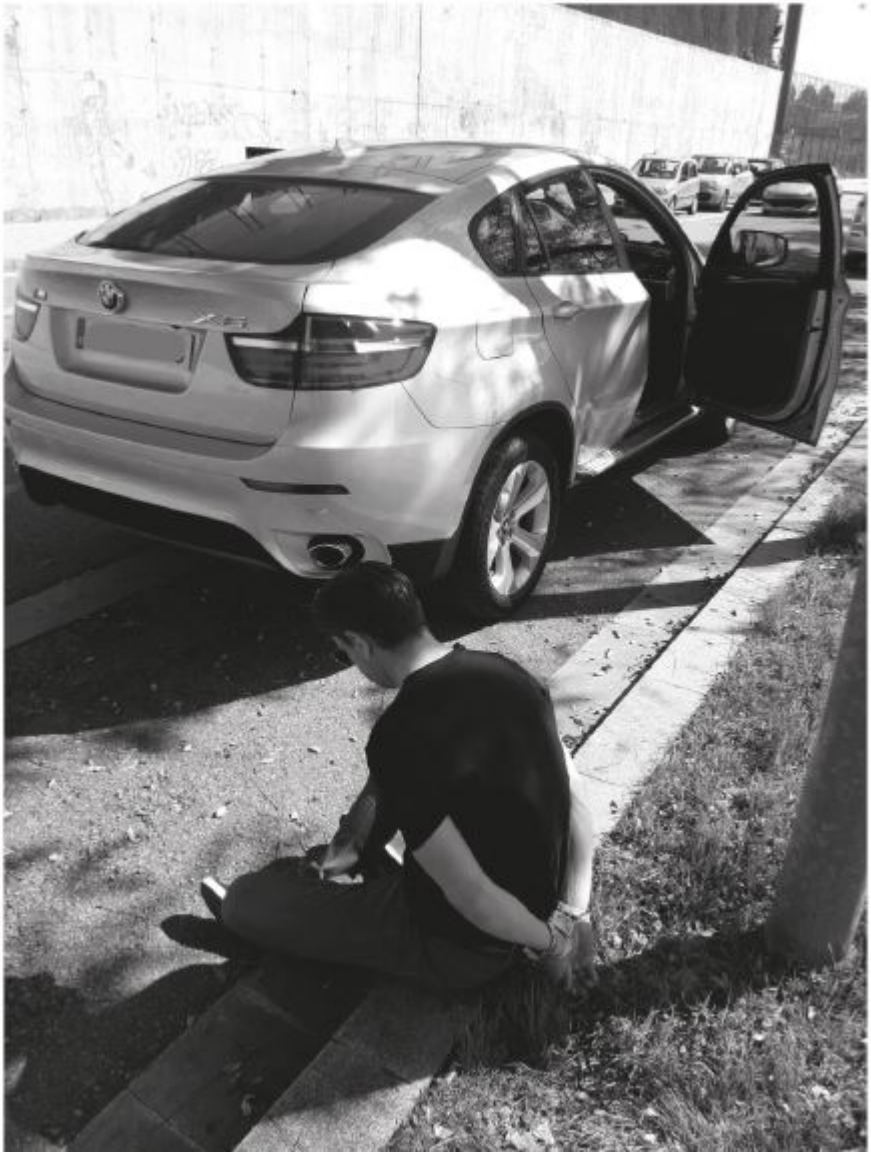
Explica el acusado que cuando le dijo a la [redacted]s que no podía quedar, ella le dijo "te vas a enterar". Para el acusado la [redacted] actúa por despecho.

En este caso la prueba de cargo se ha producido con todas las garantías mediante la declaración de la víctima, [redacted]

Esta explica que conoció al acusado por una página de contactos, y quedaron varias veces, que se presentó como David, y como una persona con contactos, afirmando que su padre pertenecía a la junta directiva del Barça, y que trabajaba como rescatador en el puerto.

Explica la [redacted] que se acababa de divorciar y estaba saliendo de una depresión. Que el acusado aprovechó esta circunstancia, ganándose su confianza mostrándose como pareja.

La sentencia de Esther valora el hecho de que la mujer sufría una depresión.



Francisco arrestado en la Ciutat Esportiva.

El estafador
Guillem Sánchez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la colección y de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la cubierta, Burtoo / Getty Images

© Guillem Sánchez Marín, 2021

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2021

ISBN: 978-84-9942-983-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!